



ABRIR CAPÍTULO PRIMERO TOMO I

CAPITULO SEGUNDO

La Revolución Romana
del otoño de 1848

SUMARIO

2. 1. PREVISION HISPANA DE UNA CRISIS EN ROMA

Temprana previsión y consulta al gobierno de Gonzalez de Arnao (384) - Oferta de la isla de Mallorca (386) - Confusión y anormalidad romanas en máximo grado (390) - El ministerio de transición Soglia-Fabbrì (394) - Petición pontificia a la República Francesa (399) - Un *ferragosto* demasiado pacífico para ser tranquilizante (401) - Llega Martínez de la Rosa el español del Estatuto Real (405) - El vapor *Lepanto* pronto apetecido por el gobierno romano (413) - La intendencia y disciplina españolas en entredicho (416) - Rosmini y Rossi como últimos recursos del Papa (419) - Rossi asesinado en el *Cortile* de la *Cancellaria* (424) - Pronunciamiento ante el Palacio del Quirinal (428) - Una incógnita sin nombre se cierne sobre Palacio (439) - La ausencia del *Lepanto* una fatalidad histórica (441) - NOTAS (445).

2. 2. LA HUIDA DEL PAPA A GAETA COMO DUELO HISPANO-FRANCES

Génesis de la decisión de la fuga (461) - Embozada rivalidad entre los embajadores (465) - Pío IX peregrino protegido por la pistola de Spaur (472) - En Nápoles y de incógnito a falta de naves salvadoras (475) - Aparente victoria de D'Harcourt sobre Martínez de la Rosa (477) - El Conde de Spaur corre a Nápoles (479) - El Duque D'Harcourt marginado y desairado (480) - Llega a Gaeta el rey Fernando II (483) - La rectificación único futuro posible (485) - Gaeta: sede provisional para una Curia reorganizada (489) - Fernando II anfitrión generoso pero interesado (492) - La isla de Malta cortés oferta británica (494) - Austria la gran ausente (495) - La misión francesa de Mr. de Corcelles (496) - Continúa el cerco diplomático francés (501) - Obligada oferta de asilo del rey Carlos Alberto (503) - España a falta de naves identidad de principios (504) - NOTAS (510)

2. 3. ¡ESPAÑA POR EL PAPA!

La revolución romana a través de rumores y confusiones (524) - La muerte de Rossi ensayo general de solidaridad (527) - La ofensiva en pro de la acción en la prensa moderada (528) - Palabras de la Reina en la solemne apertura de las Cortes (538) - Configuración del ultramontanismo en la Iglesia (540) - Los ultramontanos y católico-liberales en España (545) - Narvaez y Brunelli en trance de sinceridad (553) - Rogativas públicas en el Reino en favor de Pío IX (558) - Un muestrario de religiosidad popular (562) - Las Pastorales de los obispos al pueblo fiel (566) - Exposición del Episcopado español a Pío IX (579) - Donoso Cortés contextualizado (583) - Donoso Cortés en la órbita del catolicismo francés (586) - Donoso Cortés un católico intransigente (589) - Visión de los sucesos de 1848 de Donoso Cortés (596) - La crisis romana en

ESPAÑA Y LA HUIDA DEL PAPA

el debate parlamentario (599) - ¡La dictadura del sable! para salvar a Pío IX (603) - Campaña intervencionista de *La España* (610).

NOTAS (617).

Mientras en Madrid no se había culminado todavía en su plenitud el proceso del solemne reconocimiento de Isabel II por la Santa Sede, en Roma el proceso revolucionario de la primavera y verano del '48 es atentamente seguido por el celoso Encargado de negocios español Gonzalez de Arnao quien recordando dramáticos episodios de los Papas en la época napoleónica y sobre todo captando el clima de zozobra de la Curia se le ocurre sugerir a su gobierno la conveniencia de que al Papa se le brindase asilo en tierra española.

El gobierno de Narváez accede de inmediato y de forma concreta y precisa a la sugerencia poniendo algunas naves a disposición de Pío IX, oferta oficializada con la llegada a Roma en el mes de agosto de Martínez de la Rosa como primer embajador español ante el Papa tras la reconciliación. Lo que se había ideado seguramente como un gesto de hidalguía española sin demasiada diligencia en hacerla operativa en cuanto a reserva de navíos, la revolución romana de noviembre va a convertir la oferta fatalmente en perentoria necesidad (2. 1.).

La huida de Pío IX que sigue coloca al ilustre romántico poeta y figura del liberalismo español en el centro del drama pontificio desde la jornada clave del pronunciamiento del 16 de noviembre. Martínez de la Rosa se suma a la misión protectora del Papa y eventualmente a la solución de su asilo en España de acuerdo con su gobierno pero también con un sentido del honor muy personal, todo ello en rivalidad con el embajador francés d'Harcourt que se mueve en la misma onda de intereses e instrucciones que el español (2. 2.).

La repercusión de la fuga papal es un acontecimiento sensacional que remueve estratos de tradición europea muy profundos, más allá por supuesto de los sentimientos filiales del catolicismo. España en cualquier caso se conmueve y el gobierno moderado asume y lidera la gestión política y religiosa de esta conmoción. Al tiempo que nace la resolución política, objeto fundamental de estudio de este trabajo, la nación católica ora a Dios, vitorea al Papa y reinterpreta el acontecimiento a la luz de los sucesos del año que acaba y todo ello teñido en un providencialismo cristiano bastante ambiguo en el conjunto de los escritos episcopales.

En todo caso, en la tendencia más conservadora y católica del partido moderado crece el número de los que empujan al gobierno a una participación activa en la restauración papal, a una con otros estados católicos y si preciso fuere con las armas, a fin de arrebatarse a los rebeldes romanos el milenarismo Estado pontificio (2. 3.).

2. 1. PREVISION HISPANA DE UNA CRISIS EN ROMA

SUMARIO: Temprana previsión y consulta al gobierno de Gonzalez de Arnao (384) - Oferta de la isla de Mallorca (386) - Confusión y anormalidad romanas en máximo grado (390) - El ministerio de transición Soglia-Fabrizi (394) - Petición pontificia a la República Francesa (399) Un *ferragosto* demasiado pacífico para ser tranquilizador (399) - Llega Martínez de la Rosa el español del Estatuto Real (405) - El vapor *Lepanto* pronto apeterido por el gobierno romano (413) - La intendencia y disciplina españolas en entredicho (416) - Rosmini y Rossi como últimos recursos del Papa (419) - Rossi asesinado en el *Cortile* de la *Cancellaria* (424) - Pronunciamiento ante el palacio del Quirinal (428) - Una incógnita sin nombre se ciente sobre Palacio (439) - La ausencia del *Lepanto* una fatalidad histórica (441) NOTAS (445).

"Los historiadores acostumbran definir como fuga el retiro de Pío IX, pero un papa no huye jamás, mucho menos un papa italiano" (1). En vano se afanan los hagiógrafos de Pío IX, incluidos los más probos de entre ellos, en escudriñar en el diccionario un sinónimo más honorable y digno que el término usual de fuga para calificar la decisión del Papa Mastai-Ferretti cumplida entre el 24 y 25 de noviembre del '48. Expresiones tales como retiro o tierra de por medio, en rigor, querrían ocultar el carácter de acto incontrolado y para muchos irresponsable de un Soberano, la señal inicial del hundimiento del poder temporal del Papado, atribuyendo por el contrario al pontificio gesto un halo de magnánime renuncia a la confrontación, movimiento táctico hábil del que habría de salir por supuesto muy victorioso.

Con mucha menos razón habríamos de renunciar al uso de la palabra fuga escudados en las superadísimas teorías medievales de dominio universal del Papa sobre los Reinos, haciendo así imposible su extrañamiento de punto geográfico alguno; argumento éste exhibido en aquellos días por ciertos medios de prensa y que tan sólo sirve para revelarnos más que la perduración de tal creencia en la

opinión católica la medida exacta de la conmoción y el estupor de la huida papal en los mismos medios (2).

Se trató efectivamente de una verdadera y auténtica fuga, lentamente acariciada aunque, como habremos de ver, ello no signifique que estuviera planeada en buena y debida forma. "Cuando llega el momento, papas y reyes, emperadores y presidentes de república, militares y burgueses, italianos y extranjeros, se apresuran todos a buscar un retiro ..." (3). Mucho más en el caso de este Soberano, máximo dirigente universal de la religión del Perdón y del Amor, responsable de una administración pública proverbialmente ineficaz y arcaica, Jefe de Estado carente de una oficialidad militar adicta con un ejército bien equipado y, sobre todo, un Soberano italiano que se había distanciado de la causa patriótica común a partir del perfil belicista que ésta había tomado justamente en razón de sus responsabilidades superiores de Príncipe de la Paz.

A Pío IX como a cualquier otro Pontífice le estaba vedado incluso el táctico uso alternativo de la zanahoria y el bastón; si fallaba el primer medio estaba irremediablemente condenado al fracaso y sus adversarios especulaban justamente con ello. Esto es lo que fatalmente habrá de suceder. Y cuando el Papa especulando sobre su eventual fracaso, en un estilo de hombre religioso lleno de referencias místicas, decía que "se ponía en manos de la Providencia", de tejas para abajo, quería decir muchas cosas, ninguna de ellas bien delineada y precisa, que podían ir desde la renuncia al cargo para retirarse a rezar a un convento hasta la huida de Roma fuera del alcance de los que limitaban su libertad de movimientos o de que en caso extremo no tendría otro remedio que confiarse a la desinteresada protección de las potencias católicas europeas.

La eventualidad de la huída papal como una de las posibles alternativas de la crisis romana constituía incluso antes del '48 y mucho más a lo largo de este año, hipótesis de trabajo digna de atención de las cancillerías europeas y de los observadores políticos más perspicaces, aunque, repitámoslo, su realización concreta dependiendo de tantas imprevistas circunstancias, llegado el momento, haya de dar muestras de total improvisación sencillamente porque su preparación fué discontinua y veleidosa al ritmo cambiante de los acontecimientos italianos y sobre todo romanos del año '48. La reconstrucción de la historia de esta preparación en lo que concierne a la participación del gobierno español, esperamos que deje claro este aspecto.

Dos cancerberos de la diplomacia europea tan experimentados como Lord Palmerston y el Príncipe de Metternich, ante el giro de los acontecimientos romanos de 1847, ya se habían planteado cada uno por separado la hipótesis de la huída y aunque en cada uno de ellos el ensayo liberal del Pontífice despertara sentimientos no solo diversos sino contradictorios - grata aunque desdeñosa sorpresa en el aristócrata whig y amargo escándalo en el otrora gendarme de Europa - el instinto político y la suprema razón del orden europeo hacía coincidir a ambos en el dictamen, de que por nada del mundo el Pontífice romano debiera abandonar la Ciudad Eterna (4).

La primera muy oscura y genérica evocación, si no de una eventual huída en el sentido material, sí al menos de huída hacia adelante detectada por nosotros, podría contemplarse en las palabras pronunciadas por el Papa el 11 de febrero ante la representación de oficiales de la Guardia Cívica; en las mismas, Pío IX al quejarse de las presiones de que era objeto en la cuestión de la incorporación de laicos al equipo ministerial, advertía: "Jamás consentiré en cosas contrarias a la Iglesia y a a los principios de la

religión y si se quisiera forzarme, si me viese abandonado, jamás cedería, sino que me pondría en manos de la Providencia" (5).

La efervescencia constitucionalista de los primeros meses del '48 en todos los estados italianos crearon tal ansiedad en el ánimo del Pontífice que en el mes de marzo pude éste creer muy próxima una situación límite que le pudiera obligar a abandonar el solio pontificio para cuya eventualidad debería asegurar las normas de un inmediato cónclave. Así, a los diez días de haber promulgado el *Statuto Fondamentale* estaba pronta la Carta Apostólica *In hac sublimi. De electione Summi Pontificis* (25 de marzo de 1848), documento que estaba destinado a permanecer secreto pero que entró en vigor de inmediato (6).

El nerviosismo y el pánico piononistas se habían acentuado hasta tal punto aquellos días que hubo de acceder también al alejamiento de los jesuitas de la propia Ciudad Eterna, sumiéndole tal decisión en una gran angustia. ¿olvidaba acaso que su inmediato predecesor Gregorio XVI había recurrido a semejante expediente extremo nada menos que cuatro veces a lo largo de su pontificado?

La difícilísima decisión de inhibirse o solidarizarse con la guerra nacional patriótica contra Austria anega otra vez el espíritu debitativo de Pío IX en el pesimismo más descontrolado, según puede desprenderse de alguna frase estampada en el borrador personal de la famosa Alocución del 29 de abril. Pío IX, situado entre su vocación de Padre universal de los pueblos y sus obligaciones de Soberano de un país en búsqueda de liberación, escribe anonadado: "¿qué puede hacer el Papa? No podrá otra cosa que orar en la humildad y el retiro" (7). Naturalmente que semejante ingenuo desahogo ha de desaparecer del texto

definitivo tras la última puesta a punto por la pluma del cardenal Antonelli.

Estos mismos sentimientos derrotistas volverán con mayor fuerza en las dramáticas jornadas finales de abril cuando se vea abocado ya de forma definitiva y taxativa a hacer pública su posición pacifista. Basta que por esos días se suceda la visita de un autorizado embajador con vitola de hombre moderado para que el Papa no pueda reprimir ni quiera impedir hacerle depositario de sus confidencias más amargas. El embajador holandés Liedekerke nos transmite en este sentido hondas y emocionantes palabras oídas de boca del Papa justamente la tarde en que el gabinete había puesto encima de la mesa del Soberano un **Memorandum**, firmado por todos los ministros incluido el cardenal Antonelli aconsejándole la vía de la solidaridad patriótica; fatban sólo cuatro días para la citada decisiva Allocución del 28 de abril. El Papa elevando la conversación al plano espiritual y místico le confiaba: "Es la mano de Dios que se extiende visiblemente sobre nosotros y cuando a El le place dar lecciones, éstas son grandes y terribles" (8)

Temprana previsión y consulta al gobierno de Gonzalez de Arnao

La primera y más temprana iniciativa española atenta a a las zozobras del Papa y de sus confidentes es debida a la decisión y clarividencia de Vicente Gonzalez de Arnao, primer Secretario de la embajada española en Roma, con rango a la sazón de Encargado de Negocios al no haberse incorporado todavía al frente de la legación el ya nombrado Martinez de la Rosa (9). Gonzalez de Arnao va a dar a lo largo de las peripecias de la fuga papal muestras de gran arrojo y fidelidad en el auxilio al Papa. Ya el tono de sus rapports

oficiales a Madrid a lo largo de los meses precedentes muestran una no disimulada antipatía a la causa de los patriotas romanos y una rendida devoción al Papa, seguramente algo más que lo razonablemente requerido en un obvio esfuerzo de sintonía con la línea política marcada por gobierno moderado de Narvaez. Pero todo esto es secundario frente al protagonismo histórico que adquiere su clarividente previsión al plantear a su gobierno la cuestión de la fuga papal en las tempranas fechas del mes de mayo (10).

"Desde los acontecimientos del 1 de mayo, S. Santidad no ha vuelto a salir a paseo fuera de su Palacio", observaba el Encargado de Negocios español. Este abrupto prólogo pretendía colorear el clima revolucionario generado por la Alocución del 29 de abril con una tensión ambiental jamás conocida en Roma al menos en el presente pontificado. "Diferentes personas allegadas al Papa me han asegurado (...) que se hallaba sin fuerza para oponerse a este especie de coacción", aunque el hombre "que conserva la confianza de S. Santidad" (el cardenal Antonelli) se esfuerce en precisar que dicha situación se refiere únicamente "a los negocios civiles". Apurada y demasiado hábil distinción, triste consuelo que poco o nada parece relajar al español más proclive a mirar las cosas de frente y convenir que parecen reunirse las condiciones para elevar a su gobierno una audaz e imaginativa propuesta.

"También me atrevería a suplicar a V. E. - le refiere al Duque de Sotomayor - se sirviese darme instrucciones acerca de un acontecimiento que no creo probable, pero para el cual ... desearía estar prevenido. Los revolucionarios demuestran cada día más audacia; todas sus tendencias son hacia el establecimiento de la República y a este fin dirigen todos sus esfuerzos para conseguir aquí la separación de los dos poderes. Sus exigencias pudieran ser tales que el Santo Padre negándose completamente, se viese en

la necesidad, para salvar su autoridad, de salir de Roma". A continuación aclarará que el precedente más inmediato de una fuga similar acaeció con Pío VII en los tiempos napoleónicos (11), en cuya circunstancia el Cuerpo Diplomático acompañó al Papa a su nuevo destino. Aplicándose a sí mismo la lección con resolución y franqueza, concluye, "mi conducta me parece sumamente sencilla y marcada" (12).

Oferta de la isla de Mallorca

Las instrucciones del gabinete Narvaez a tan importante sugerencia llegaron a Roma con extremada celeridad y no podían sino colmar de satisfacción al representante español. Fechadas el 3 de junio en unas jornadas - conviene no olvidarlo - en que se aceleraba la resolución pontificia del reconocimiento oficial de la Corona de Isabel II a través de la autorización remitida al Nuncio de S. Santidad en Madrid de que podía proceder a la presentación oficial y solemne de las cartas credenciales.

La conducta de Gonzalez de Arnao, según instrucciones del ministro de Estado Duque de Sotomayor, debería ajustarse a lo que ordenaban estas cuatro propuestas:

1/ "desde luego seguir a S. Santidad a donde quiera que se dirija porque el objeto de la misión de V. S. es esencialmente religioso".

2/ "hacer comprender tal especial consideración a los demás miembros del Cuerpo Diplomático extranjero y a los jefes del gobierno temporal de Roma" ya que "porque su representante acompañe al Papa, no prejuzga la

cuestión del ejercicio temporal sino que presta un homenaje de respeto al Jefe de la Iglesia".

3/ "la piadosa solicitud de la Reina ... no quedaría satisfecha si además no le diese con este motivo una muestra de especial consideración" que sería "un asilo seguro e independiente en este Reino Católico (...) juzgan(do) que ningún punto podría ofrecerse a S. Santidad más a propósito que la isla de Mallorca. La ciudad de Palma además de un clima sano y una campiña risueña que harían grata la residencia del Santo Padre reúne las circunstancias de una población religiosa y pacífica y de una posición independiente y segura, central y próxima a los Estados Romanos".

4/ la cuarta propuesta encarecida desde Madrid era una especie de precondición general para que las tres precedentes pudieran llevarse a cabo: el restablecimiento pleno de las relaciones ya que del mismo se seguiría que en "el apremio de las circunstancias" romanas, pudiera estar al lado del Papa no "un diplomático de poca categoría" sino un embajador "lleno de dignidad y de prestigio capaz por su posición de influir en las determinaciones de los demás individuos del Cuerpo Diplomático extranjero" (13).

Por lo demás, el gabinete moderado se apresuraba a dar seguridades de que en caso de un honroso asilo político al Papa en España "la independencia de su autoridad serán respetadas con religiosa veneración"; aunque alguien pueda argüir que tal genérica seguridad, sin la matización de que dicha independencia habría de extenderse tanto a lo temporal como a lo espiritual significa un lapsus, no grave todavía por lo prematuro de la cuestión, pero que en la eventualidad de una venida no meramente pasajera hubiera debido convertirse tarde o temprano en punto de obligada y delicada dilucidación.

Cuando el Encargado de negocios español se disponía a dar a conocer a S. Santidad la oferta de Madrid, éste vivía un conflicto institucional particularmente duro; hacía pocos días que se había patentizado la ruptura del Soberano con el ministerio Mamiani a raíz de la disensión sobre el discurso programático que éste leyó en el Parlamento. Gonzalez de Arnao aconsejado por la discreción ("para no llamar la atención" - advierte -), no quiso solicitar una audiencia particular ad hoc, prefiriendo esperar a la protocolaria visita que le correspondiera por turno con ocasión del segundo aniversario de la elección del Papa. La audiencia tuvo lugar el 20 de junio y Pío IX como en tantas otras ocasiones al conversar con un representante acreditado de algún estado católico se manifiesta sin rodeos: "Me añadió que se hallaba sin fuerza, que a pesar de las apariencias y del respeto que parecían tributarle, no gozaba de libertad alguna: "non sono libero", fueron las palabras de S. Santidad".

A continuación Gonzalez de Arnao pasó a cumplir con el honroso encargo de su gobierno leyéndole el despacho en la parte correspondiente a la oferta. "La satisfacción que demostró S. Santidad al oír esta comunicación excedió con mucho mis esperanzas. Enternecido y con voz conmovida me encargó expresar a S. Majestad su gratitud ...". A partir de aquí el Papa se prodiga en la conversación si cabe de forma aún más dierta: confiesa al español que también contaba con la oferta del Rey de las Dos Sicilias; se interesó por los buques españoles que hace algún tiempo habían anclado en la bahía napolitana; le preguntó a Gonzalez de Arnao el tiempo que necesitaba un buque de Civitavecchia a Mallorca, etc ... derivando la conversación sobre la impresión que esta isla le había producido con ocasión de una furtiva estancia en la misma a raíz de un viaje de joven monseñor a la lejana Chile (14).

Aunque en la conversación no se hablara expresamente de la pronta arribada de buque español alguno a aguas pontificias, este hecho estaba implícitamente supuesto en la oferta verificada. Lo que Gonzalez de Arnao sí volvió a urgir a S. Santidad fué la inmediata restauración de las relaciones plenas, asunto que la Curia ya lo había definitivamente resuelto e incluso comunicado a Madrid desde el 6 de junio y que sorprende que Gonzalez de Arnao estando en Roma todavía lo ignorase. Sabemos por lo expuesto más arriba que la ceremonia oficial de la presentación de credenciales tuvo lugar el 22 de julio en La Granja (15) y justamente este día el ministerio de Marina habría de cursar una Real Orden al Comandante del Tercio Naval de Barcelona a fin de que el vapor Lepanto se dispusiera para una importante misión en el Mediterráneo (16).

De este modo, la marcha de Martinez de la Rosa a Roma a fines de julio para ponerse al frente de la legación romana estaría precedida y avalada con el traslado del vapor Lepanto a Civitavecchia. La citada Real Orden fechada, según acabamos de señalar, justamente el día del protocolario acto de La Granja segoviana, aunque no pudiera cumplimentarse materialmente enseguida ya que el Capitán General de Cataluña por aquellos mismos días había encomendado a dicha nave otra misión militar - el traslado de soldados al cabo de Rosas - una segunda Real Orden del mismo ministerio de Marina del 6 de agosto conminaba a las autoridades navales de Cataluña para que se cumpliera el primer mandato real. Así, el 11 de agosto zarpaba de Barcelona el Lepanto para llegar en 52 horas al puerto pontificio de Civitavecchia el 14 de agosto.

El embajador español no había llegado todavía a Roma pero estaba a punto de hacerlo en un viaje mixto (17): hasta Marsella por tierra y seguidamente por mar para estar presente en la Ciudad Eterna el día 16 (18). El

diplomático español en la Roma conflictiva y semi-revolucionaria del verano del '48 podía crecentar su autoridad moral con el apoyo de un navío de guerra español a sus órdenes para el mejor servicio del Papa (19)

Confusión y anormalidad romanas en máximo grado

Las crecientes y continuas diferencias entre el gabinete Mamiani y el Soberano adquirieron un dramatismo extremo a medida que a lo largo del mes de julio llegaban del frente noticias de guerra confirmando el avance y victoria austriacos. Para el hombre fuerte del gabinete Mamiani, a pesar del malentendido doctrinal y estructural en que se movía el funcionamiento del gobierno laico constitucional, estaba dispuesto a seguir en su puesto sin renunciar a sus responsabilidades al menos por este motivo puntual.

Otra cosa era la nueva situación creada por la derrota sarda; ya no parecía tener sentido el seguir defendiendo una política de guerra; nadie en Italia con el Piamonte en desbandada en el campo de batalla podía soñar en asumir la lucha contra los austriacos. Así pues, el 19 de julio el gabinete presentó su dimisión que si bien pasó por un nuevo intento de remodelación el 29 de julio, al fin su disolución se hizo efectiva el 2 de agosto; estos titubeos obedecían sobre todo a la dificultad de Pío IX de poder sustituirlo. (20).

La derrota piamontesa contribuyó a cambiar en gran parte el clima de la opinión pública de toda Italia reforzando las posiciones extremas, en particular en los sectores patrióticos, dando alas a las tesis y a la

estrategia de los más radicales, sobre todo de los republicanos mazzinianos que ahora sí podían enunciar con fundamento la defección traidora de los Monarcas a la causa unitaria. En Roma no suceden las cosas de otro modo.

Los radicales de los Clubs patrióticos y Comités de apoyo de la guerra de la capital, temiendo un retroceso de las libertades y logros constitucionales y una modificación gubernamental sensiblemente favorable al gobierno eclesiástico, hubieran preferido prolongar la vida del ministerio Mamiani, transformándolo en un Gobierno Provisional de Salud Pública, propuesta que se adelantaron a presentar a las Cámaras el 19 de julio.

El Papa por su parte evidentemente que prefería el cambio de gobierno pero más porque sus relaciones personales con los actuales se hubieron resentido que porque tuviera ambiciosos planes ni cambios fundamentales en perspectiva; en realidad se carecía de todo plan y se vivía políticamente hablando al día. Pero un nuevo gobierno en este momento era una operación sumamente delicada y no era fácil ponerlo en pie mientras el constituido se aferrara a su puesto, insinuándose éste en más de una ocasión con discursos parlamentarios de amenaza y/o propuestas políticas que persistían en relanzar la Liga militar ofensiva.

Una de las claves explicativas de los males políticas de los Estados Pontificos estribaba en algún sentido en la falta de vida política organizada, de tradiciones constitucionales, en la excesiva personalización de los debates - en la hora presente Mamiani-Pío IX - así como en la falta de personalidades de recambio para hacer frente a la situación con auténtico sentido patriótico. Las negativas de unos, las excusas de otros, anegan al Papa en una preocupante angustia (21).

Fué ahora cuando se intentó por primera vez incorporar al prestigioso y experimentado político Pellegrino Rossi al ejecutivo. La tentativa fué tan adelante que al Nuncio en París se le encomendó preguntara al gobierno de la República si tendría alguna objeción en su designación habida cuenta de la condición de ex-embajador del rey Luis Felipe de Orleans ante la Santa Sede del candidato (22). La verdad es que el interesado puso una resistencia numantina en la designación: sus largos años de ausencia de Italia, su desgaste ante la Curia en la función diplomática últimamente ejercida, el saberse no bien visto por la izquierda, incluso el pretexto de la condición protestante de su mujer, ... ; con todo, si no llegó a dar el paso decisivo fué porque no logró agrupar junto a sí un equipo de colaboradores y políticos moderados para la tarea, aunque al final como razón formal de su negativa se alegó que había sido elegido diputado por Carrara (23).

El desencanto y la inhibición se apoderaron de los laicos adscritos a las ideas moderadas y tan leales al Pontificado como Minghetti, Pasolini, Farini, Galletti y hasta de eclesiásticos como el cardenal Ciacchi y el esclarecido prelado Corboli-Bussi, convencidos quizás, sobre todo los miembros del partido moderado, de que no era posible poner en pié un gobierno de algún credibilidad sin que en aquel clima exacerbado se prodigara un gesto público de solidaridad italiana más allá de la reconstrucción del propio poder romano.

Pero ¿cuál podía ser éste gesto que no tuviera cierta connotación de solidaridad con la guerra o la revolución? El mismo tema de las negociaciones de la Liga Italiana Confederativa de los Príncipes, en teoría materia no demasiado subversiva, en la medida en que se quería privilegiar en sus discusiones la cuestión de la independencia de Italia se empujaba al Papa a caer en la

contradicción tras su solemne toma de postura de abril en contra de la guerra contra el ejército austriaco, cuyas nuevas incursiones ahora mismo en Ferrara y Bologna relanzaban las discusiones (24).

Posición de firmeza tanto más difícil para Pío IX de perdurar en la misma cuanto que la Curia debía arrostrar protestas de la calle, crecientes amenazas de la Guardia Cívica y hasta emotivos ramalazos de su propio corazón sensible después de todo a la causa italiana en la hora de la desgracia (25).

Todo podía ocurrir en la Ciudad Eterna a partir del inicio de la arribada a la capital a partir del 25 de julio de la primera legión de voluntarios de la Guardia Nacional de Roma derrotada en Vicenza, hecho de armas al parecer de decisiva importancia para la derrota piemontesa. Según Liedekerke, la acogida popular fué tan clamorosa y entusiasta que difícilmente hubiera podido serlo de otro modo en caso de victoria (26). Esta recepción exagerada podía ser una táctica organizada o consentida por el agonizante gabinete Mamiani en complicidad con los clubs patrióticos más activos y con el Comité de apoyo a la guerra de la ciudad, como una oportunidad extrema y un procedimiento desesperado de apoyar la causa de la guerra.

Lo cierto es que los ex-combatientes romanos envalentonados en este clima se negaron rotundamente a aceptar el desarme y durante días el orden público apenas existió en la capital; valga como muestra el asesinato de un sacerdote Francisco Jimeno, hijo de españoles, distinguido periodista de *Il Labaro* e *Il Casandrino*, sensible a las nuevas corrientes políticas aunque escribiendo en dos periódicos opuestos al patriotismo radical (27). La Guardia Cívica cuyo primer aniversario de su creación se celebraba este mes de julio, lejos de velar por la seguridad ciudadana,

de sus rangos habían salido los más ardientes promotores de los desórdenes, anota con acritud nuestro embajador holandés (28).

Las noticias de la cierta derrota piamontesa en Custoza conocida en Roma el 31 de julio elevó la temperatura del ya cálido agosto romano a niveles de complot y de histeria hasta el punto de que corriera de boca en boca la palabra conjura. La derrota militar, convertida primero falazmente en victoria para provocar un mayor choc emocional de amargura no era sino el juego político de los clubs patrióticos ridiculizando el pacifismo pontificio ante la causa nacional para imponer su propia línea política (29).

El cardenal Soglia lo reconocía sin rebozo alguno en despacho al Nuncio en París. El presente gobierno - comentaba - había desaparecido o por complicidad o por debilidad o por insensatez (30). No resulta fácil explicar por qué la revolución romana del otoño no estalló en los calurosos días de fines de julio (31).

El clima de efervescencia de ciertas provincias no se crea que era menor. Los clubs y círculos patrióticos de ellas se movían al compás y dictado de los de la capital. Ravenna, En Faenza, Pesaro, Imola, etc ..., se crearon situaciones de tal impunidad que "ni los gobernadores se atreven a detener a los asesinos, ni los ciudadanos a acusarlos ni los magistrados a condenarlos" (32).

El ministerio de
transición Soglia-Fabbri

Ministerio de transición en el sentido más propio y fuerte del término, es decir, destinado

únicamente a ganar tiempo y calmar la irritación de los forjadores de la opinión pública de plazas y calles de Roma, en espera de dar paso a otro ejecutivo más activo y firme que restaurara el orden y la autoridad, la elección del Conde Eduardo Fabbri (1778-1853) ministro del Interior como hombre fuerte del equipo, respondía a esta necesidad de salvar las apariencias sin plantear exigencias políticas al Soberano.

Metido en política desde los primeros decenios del siglo con la república cisalpina y Murat, este septuagenario de débil salud sólo era un símbolo del liberalismo en razón de su pasado revolucionario por la participación en las revueltas de 1824 y 1831, habiendo conocido las cárceles pontificias. Pero desde el advenimiento del actual Papa había creído en el milagro de Pío IX y aceptó ser pro-Legado pontificio en Pesaro y Urbino cargo que actualmente ejercía (33).

El tímido e inocuo cardenal Soglia que como Secretario de Estado ejercía la presidencia del gabinete y, rectificando el método de Mamiani, volvía a fundir en una única cartera el ministerio laico y eclesiástico de asuntos exteriores, era el par que daba peso específico al ministerio. El resto eran políticos moderados de segunda fila cuya relativa insignificancia no auguraba otra cosa que el sometimiento a los planes de resistencia del Papa y de sus consejeros curiales, dispuestos ahora que la guerra declinaba a desentenderse del movimiento patriótico y a restaurar el Estado en el orden interno.

Sin embargo ningún gobierno posee el arte mágico de fabricar o elegir los acontecimientos; su sino está en someterse a la dura realidad de los hechos para dominarlos con peor o mejor fortuna. Vano era querer olvidar la guerra nacional cuando en toda la península se prodigaban campañas y

escritos que hacían vivir horas agitadas por el fracaso de Carlos Alberto contra el enemigo tedesco. El gobierno pontificio sufría el contragolpe de sus ambigüedades en el tiempo de la guerra con su actitud contradictoria de las proclamas pacifistas de Pío IX y el envío de voluntarios a la línea del combate.

Ahora el castigo era doble; por una parte los austriacos tras la victoria asegurada en el valle del Po se permitieron al menos dos veces penetrar en los Estados Pontificios con una intención, a despecho de las razones estratégicas avanzadas - necesidad de defensa por la espalda de su ejército avanzando hacia Lombardía y/o la preparación del ataque contra Venecia que resistía todavía -, de humillar al gobierno romano, exhibir impunemente su superioridad militar y amedrentar a los súbditos pontificios de las Legaciones. A su vez, en el otro extremo del espectro, la pasividad del Soberano y la falta de sensibilidad patriótica del gobierno refugiándose ante la nueva incursión alemana en territorio de soberanía propia en meras protestas diplomáticas, revelaba ante los patriotas un abandonismo vergonzoso, la complicidad al menos negativa al consentir que el enemigo actuara impunemente, ahondando así más todavía la sima entre el Papado y causa nacional.

El 6 de agosto a los poquísimos días de instalado el nuevo gabinete llegaban las inquietantes noticias del Norte con arrogantes proclamas del mariscal austriaco Welden manifestando planes de penetración en las Legaciones - apenas acabada la ocupación de Ferrara por el general Liechtenstein -, confirmadas de inmediato, cuando el 7 de agosto el citado general Welden se acercó a los muros de la ciudad boloñesa, obteniendo de la débil e interte autoridad de la ciudad permiso para ocuparla.

Esta injustificada e inútil exhibición militar era una auténtica humillación no sólo porque Bolonia era un foco de liberalismo patriótico con una conciencia antitedesca muy aguda sino porque esta parada militar se pretendía justificar en virtud de la ejecución del pacto de neutralidad de Austria con la Santa Sede que siguió a la derrota de los voluntarios romanos en Vicenza que justamente ya se habían retirado de Bolonia.

Esta extraña situación reavivó los ánimos probélicos de las Cámaras romanas y hasta de miembros del nuevo equipo ministerial, unánimes en considerar al menos esta vez la agresión austríaca como injustificada. Pero el gobierno y la Curia actuaron todavía con mayor irresolución y timidez que veinte días antes en el caso de Ferrara. Todo se redujo a formular una protesta diplomática firmada por el cardenal Soglia, pero no se quiso adoptar ninguna medida de carácter militar según llegaron a solicitarla el Consejo de los Diputados. El único gesto individual del ministro de Guerra Campello quien quiso aprovechar la ocasión para adoptar las primeras medidas de organización de un ejército, hasta la fecha todavía inexistente, mediante la publicación de un decreto "para que todos los pueblos se armasen" (34), decisión que le ocasionó un incidente desagradable con el Papa, le obligaron a presentar su dimisión.

Como era previsible, en Bolonia se organizó la resistencia activa contra el ocupante. Un subalterno incidente en plena calle entre los ciudadanos y la soldadesca extranjera, fuera fortuito o provocado por unos u otros, bastó para desencadenar la reyerta callejera que hirió la susceptibilidad de los soldados germanos exigiendo su oficialidad la entrega de rehenes como garantía de que se lavaría el honor militar humillado. La oferta del pro-Legado papal de constituirse él mismo en rehen fué suficiente para que las masas, pertenecientes a los sectores más humildes de

la población, se lanzaran a la calle a organizar la defensa cívica.

El episodio boloñés fue una nueva ocasión de brotes de patriotismo tumultuoso en muchas ciudades del Estado. El partido democrático y republicano no podía dejar de entusiasmarse ante el protagonismo de las masas populares en la defensa del honor nacional ofendido. Antiguos y nuevos voluntarios corrieron a la capital de las Legaciones, pero el gobierno nada de ello canalizó limitándose a seguir con gran preocupación el curso de los hechos y a tolerar tales manifestaciones. El Papa se cuidó mucho de elogiar la gesta resistente del pueblo boloñés; ya dijimos que tampoco accedió a forma de rearme o reorganización militar alguna y en cuanto al gesto de los parlamentarios romanos de dirigirse al embajador francés d'Harcourt a fin de solicitar los auxilios militares de la República Francesa, se hizo sin aquiescencia formal del Pontífice (35).

La iniciativa pontificia se tradujo en enviar al mariscal Welden una misión extraordinaria presidida por el cardenal Marini con algún ministro como miembro a fin de elaborar una convención que determinara la rápida retirada austríaca a la margen izquierda del Po a cambio del compromiso romano de no permitir asechanza alguna contra los alemanes. El acuerdo se cumplió satisfactoriamente. Pero era preciso apagar el rescoldo revolucionario de Bolonia. Las armas seguían en manos de los incontrolados quienes en la segunda quincena de agosto continuaron devastando la ciudad con robos, asesinatos y tropelías de toda suerte. La historiografía marxista actual afirma que si la explosión no terminó en revolución fué debido a la incapacidad política de los jefes democráticos para dar cohesión al aluvión de la multitud boloñesa (36).

Sea de ello lo que fuere, la autoridad y el orden se restauraron cuando a comienzos de septiembre llegó a la ciudad con poderes extraordinarios el cardenal Amat, legado de la ciudad y ausente por enfermedad en los días críticos, ayudándole en la reconstrucción Farini con responsabilidades de comisario, no sin la ayuda asimismo de diputados moderados que respaldaron la restauración del orden y la seguridad de la ciudad (37).

Quedaba a Fabbrì rendir un último servicio a la Corte pontificia asumiendo una responsabilidad política siempre delicada. El 26 de agosto el gabinete anunciaba la suspensión de las sesiones de las Cámaras hasta el 15 de noviembre. En realidad el Alto Consejo no había funcionado en todo el mes de agosto siendo en gran parte responsable de la ineficacia del trabajo parlamentario. Pero no era menos cierto que el Consejo de los Diputados había hostigado con pugnacidad al ejecutivo, manteniendo la llama del patriotismo y de la prosecución de la guerra. El gabinete supo buscar un pretexto técnico de que necesita tiempo para poner a punto proyectos legislativos, para que la vacación de dos meses fuera aceptada por los diputados sin dificultad mayor (38).

Petición pontificia a la República Francesa

A partir de la descripción antes efectuada de la precoz oferta española de asilo al Papa ya no son conocidas las preocupaciones de Pío IX y de la familia pontificia sobre su propia seguridad física y los decires de un eventual abandono de la cada vez más inquietante ciudad de Roma. El punto que ahora queremos recordar es la iniciativa de la propia Curia solicitando ayuda y protección a Francia.

El 14 de agosto S. Santidad formulaba al general Cavaignac jefe del ejecutivo la petición de un contingente de 2 a 3.000 hombres. Sorprendente en verdad que la mirada de Roma se dirigiera en dirección a la República, ejemplo y foco de los tumultos del '48. Pero no es menos cierto que a partir de los sucesos de junio la involución del régimen, precisamente por obra de Cavaignac, permitía semejante audacia, toda vez que la influyente y cualificada opinión de los católicos franceses habrían de crear las condiciones de poner en práctica su fidelidad a la Sede de Pedro.

La primera idea de esta petición partió de Mons. Fornari Nuncio en París quien a primeros de mayo conmovido ante las noticias de Roma había planteado a sus superiores tal hipótesis - la iniciativa del español Gonzalez de Arnao es sincrónica a ésta - adelantándose él mismo a formular eventualmente dicha petición al nuevo embajador de la República ante la Santa Sede D'Harcourt antes de que éste partiese para dicha misión a Roma (39).

La ayuda demandada a Francia era muy limitada y precisa en sus objetivos: se trataba de adelantar a Roma un modesto contingente de soldados para "mera protección de la ciudad" con el fin de salvaguardar el orden necesario y de ese modo "recoger el fruto de las instituciones otorgadas por Nos a nuestros pueblos" frenando así las pasiones de quienes querrían corromperlas con los excesos (40). Al punto fundamental de la petición se le añadían otros detalles significativos: se prefería que los soldados procediesen no del ejército regular sino de las antiguas guardias municipales, medida evidentemente precautoria destinada a dotarse de una fuerza que se quería no ganada a los ideales republicanos y revolucionarios, punto éste fundamental, por cuanto el segundo objetivo de tal contingente era constituirlo en ejemplo y núcleo de disciplina y acatamiento del propio ejército pontificio (41).

La respuesta del gobierno francés, a pesar de la manifiesta complacencia con que fué acogida, sería en un principio evasiva y al fin rotundamente negativa. En vano el Nuncio Fornari en sus entrevistas con el ministro de Asuntos Exteriores Bastide se esfuerza en minimizar la gravedad política de la petición valiéndose de la distinción entre un cuerpo expedicionario de intervención armada propiamente dicha y un destacamento limitado a la protección de la Ciudad Eterna (42).

París no lo entendió así y fundamentaba su negativa en razones de política exterior (compromiso adquirido con Londres de conjunta mediación entre Turín y Viena lo que implicaba de inmediato suspensión de cualquier otra iniciativa en la misma área) como de política interior, temiendo herir la sensibilidad de la mayoría republicana de la Asamblea que no aceptaría ver a soldados republicanos convertidos en "policías" de los movimientos y partidos patrióticos italianos afines a su ideología democrática y republicana (43).

Un ferragosto demasiado pacífico para ser tranquilizante

Por fin parecía que el ferragosto romano con su invitación al farniente imponía una tregua en el alucinante ritmo de los acontecimientos de los últimos meses, aunque toda impresión fuese demasiado frágil y en cualquier momento pudiese surgir la chispa. Según una circular oficial suscrita por el cardenal Soglia, gracias a la acción del gobierno se podía palpar una satisfactoria tranquilidad (44).

En realidad en el silencio somnoliento de aquel calor se estaba fraguando una mutación interna que

todavía no afloraba a la epidermis; como siempre ha sucedido en la historia las fuerzas profundas tardan en salir a la superficie. En Roma al igual que en otras ciudades de Italia surgía un nuevo equilibrio de fuerzas políticas: los moderados retrocedían y los demócratas y patriotas más radicales tomaban la situación en mano. Por de pronto en Roma ya no tenía sentido el grito que todavía en agosto se había podido oír en Bolonia "¡Italia y Pío IX!"; el slogan sustitutorio que el pueblo utilizaría a partir de ahora sería aquel de la más pura significación mazziniana "¡Italia y el pueblo!".

Ciertamente que en esta segunda mitad del '48 Italia avanza a ritmo revolucionario sensiblemente distinto al del resto de Europa. En ésta la definitiva y radical confrontación entre los despojos de la "primavera de los pueblos" y las fuerzas contrarrevolucionarias ya está teniendo lugar o sucederá antes de que finalice el año, con clara victoria de la reacción y el orden (Francia, Austria, etc ...).

En Italia el proceso es un poco más lento y la dramática dilucidación no ha de hacerse hasta bastante avanzado el año '49. La derrota de Custoza paradójicamente lejos de amedrentar a los patriotas y demócratas los sitúa en la primera fila del proyecto unitario, elevándolos al poder dado el desvanecimiento político de los moderados (45). La mediación franco-británica podía alimentar la esperanza de que el rumbo de la historia era reversible y de que se podía batir al Austria o arrancarle sustanciales ganancias territoriales.

Cuando en agosto tras la caída de Milán el rey Carlos Alberto símbolo de la esperanza nacional se bate en retirada, la izquierda italiana lejos de plegarse a la derrota no se aviene a la desmovilización general sino que

con actitud gallarda aunque demasiado voluntarísticamente cree llegada su hora. Los venecianos con Manin al frente deciden entonces proclamar el régimen republicano y popular que mantendrá enhiesta la bandera del honor y de la rebeldía en la ciudad de la laguna más que en ciudad italiana alguna (46).

En varias otras ciudades de Italia y sobre todo en las capitales de los Estados, los círculos patrióticos y los grupúsculos mazzinianos se adueñan de la situación. Piénsese en Livorno (ciudad del Ducado de Toscana) o en la revuelta callejera de Bolonia ya mencionada. En la misma Turín la derrota política del albertismo da paso a la audaz fórmula sustitutoria del giobertismo, pacto de este ex-moderado con los demócratas, siendo aupado al poder en diciembre (Cfr. 3. 2.). En Florencia en el mes de octubre surge el ministerio democrático de Montanelli-Guerrazzi con idéntica significación y, en fin, la revuelta romana de noviembre con la huída del Papa no tiene otra lectura que el cumplimiento de idéntico proceso de irrupción al poder de los demócratas radicales en los Estados de la Iglesia.

Este movimiento de doble mutación - retroceso de los moderados y avance de los demócratas - es un ineludible dato para el análisis de la revolución romana. Quizás fuera en esta ciudad donde el radicalismo democrático lo tuviera más difícil en razón del peso moral tan particular de la institución del Papado, además de que la psicología cosmopolita de la ciudad y la función social de acogida de extranjeros ejercida durante siglos, hacía del pueblo romano un colectivo patrióticamente inseguro, muy voluble y teatral en su forma de manifestar las filias y fobias, como lo venían demostrado sobradamente desde que Pío IX era Papa y lo seguirían demostrando a lo largo de los acontecimientos venideros, de tal forma que la credibilidad política de sus

grupos radicales (47) no era mayor que la del colectivo eclesiástico (el gobierno de los curas) que ellos fustigaban (48).

Y sin embargo, los radicales llegarán a hacerse con el poder, según la historiografía mayoritaria, en virtud del vacío dejado por los hombres más valiosos del liberalismo moderado romano que en el verano del '48 inician una silenciosa y vergonzante retirada de la escena política. Los Farini, Minghetti, Pasolini, Gualterio, etc ... sinceros colaboradores de Pío IX no ocultan en sus confidencias a amigos y a familiares su frustración ante el fracaso de la ruta constitucional elegida y apenas ensayada (49).

Lo peor del caso es que la Curia y el poderosísimo sector eclesiástico a quienes tal situación en principio debería haberles preocupado mucho, percibían este fenómeno de silenciosa deserción de los laicos leales como una liberación propia. La zanja entre los patriotas moderados y los clérigos curiales se iría ensanchando hasta hacerse insalvable. Los últimos episodios de Ferrara y Bolonia habían acabado de descubrir que el distanciamiento de la Curia de la empresa italiana ya apenas tenía matices ni medias tintas. Los clérigos habían cambiado de bando y en Roma había quienes pensaban que lo único que lamentaban éstos era que el general austriaco Welden no prolongase su paseo militar desde Bolonia hasta las orillas del Tíber (50).

En Roma en los sectores democráticos igual que en los de Turín respecto a Carlos Alberto, la palabra traición se generaliza, aplicándola igualmente al Papa que al elemento eclesiástico en su conjunto y lo que es más grave, equiparando en un mismo plano la conducta del rey Borbón napolitano, paradigma del despotismo y de desentendimiento de la causa común en la opinión patriótica italiana, y la del monarca sardo y el Papa neogüelfo (51).

En la consideración de los patriotas romanos la involución de Pío IX había recorrido un largísimo trecho: el 29 de abril había rechazado la participación activa en la guerra; en julio ni siquiera se había querido mencionar la causa nacional; en agosto se oponía a toda actitud defensiva contra Austria al ser invadido el territorio pontificio. En los especulaciones de Palacio Apostólico hacía tiempo que sin mentar públicamente la palabra pero en cuchicheos y confidencias, ahora ya de algún modo oficializadas a partir de la secreta oferta española de asilo y la petición de soldados a Francia, se comenzaba a pensar en la huida y sobre todo en el auxilio que pudiera venir del extranjero, de los países católicos.

Este descarnado esquema evidentemente que está necesitado de añadidos y correcciones complementarias importantes, como la continuación de las negociaciones de la Liga Confederal Italiana a la que hemos de referirnos enseguida; pero en el entrecruce de planes y previsiones, nuestro citado esquema quiere poner en evidencia hasta qué punto el centro de gravedad de las preocupaciones de Pío IX han basculado a "otro horizonte" y que las cuestiones italianas se abordaban ya casi por inercia y por salvar la honorabilidad de cara a la opinión pública sin demasiada voluntad política ni esperanza psicológica de llegar a un acuerdo.

**Llega Martínez de la Rosa
el español del Estatuto Real**

El 16 de agosto justamente en el momento en que la ciudad de Roma vive amodorrada una bonanza previa a una tormenta de tan graves consecuencias para el Papado y para la supervivencia de los Estados de la Iglesia, llegaba a

Roma como embajador de la Reina Isabel II, el brillante poeta y experimentado político moderado Francisco Martínez de la Rosa. El día 23 tenía lugar la solemne ceremonia de presentación de credenciales (52).

Un mínimo detalle de calendario hacía que la hora presente fuera menos triunfal; el embajador de la República Francesa D'Harcourt se había adelantado en dicha protocolaria ceremonia a España en seis semanas (53). Con todo, la circunstancia era de máxima satisfacción para la política de los moderados españoles y para el gabinete Narvaez. Tras quince años de formal separación y ruptura de una larga historia y de una proverbial vinculación entre Monarquía española y Santa Sede se retornaba a la normalidad y sobre todo se sellaba la reconciliación de la Monarquía liberal isabelina con la Cabeza Visible de la Iglesia (54).

Seguramente que para Roma al menos tanto como para el propio gobierno español, la instalación de su primer embajador ante Pío IX tenía algo de anacrónico por excesivamente tardío, algo que sin las rigideces curiales heredadas de la época de confrontación de los tiempos gregorianos, hubiera podido hacerse mucho antes, al menos desde el punto de vista de las razones políticas. España era ya un país de orden y de paz con un régimen homologable con el de otros varios de Europa con quienes la Santa Sede mantenía relaciones políticas. ¡Hasta la mismísima República Francesa había oficializado sus relaciones al más alto nivel con el Papa!

Pero también era cierto que a la Santa Sede tanto como la vertiente política del conflicto le había interesado y le seguía interesando todavía el apuntalar el futuro de la Iglesia española para cuyo prioritario objetivo venía en principio el nuevo embajador, aunque la ironía de la historia le haga protagonista de las tareas narradas en esta

historia. Ahora bien, si el refrán de que "nunca es tarde si la dicha es buena" tiene alguna aplicación, la tuvo ciertamente ahora, ya que la presencia en Roma de una representación extranjera más, se convertía por la fuerza del desgaste político del Pontificado en el terrible verano del '48, en una providencial ayuda protectora para el Papa particularmente oportuna. Ambas impresiones, la de la reconciliación tardía y la de la oportunidad de un reforzamiento de la presencia extranjera, constituyen el fondo de las reflexiones del que el embajador español es merecedor por parte de uno de los más atentos y perspicaces miembros del Cuerpo Diplomático de la Ciudad Eterna (55).

El primer encuentro personal entre Pío IX y Martínez de la Rosa confirma esta impresión general, al operarse una especie de inversión de perspectivas en los puntos de interés de la conversación, una modificación de jerarquía de urgencias. El tema oficialmente prioritario de la reconciliación entre España y la Santa Sede y las cuestiones eclesiástico-jurídicas pendientes ceden fácilmente el paso al análisis de la situación romana e italiana. Martínez de la Rosa sin proponérselo se ve sumido como protagonista y actor en la vida romana. De hecho, las negociaciones encaminadas a regular las definitivas relaciones entre la Iglesia y el Estado español que culminarán en el Concordato de 1851 se negocian fundamentalmente en España y el embajador estará abocado a vivir con dramática intensidad - no menor que la de sus dramas de ficción - la realidad de la revolución romana (56).

Dos largas entrevistas (23 y 31 de agosto) se suceden entre el Papa y el embajador; ambas sumamente aleccionadoras por lo que desvelan de los sentimientos y estados de ánimo de uno y otro: cansado, pesimista y desengañado el Pontífice, pronto a la amistad, a la colaboración y a sintonizar políticamente con el Soberano

el poeta. Era natural que Pío IX de entrada se interesara por las cosas de España, sobre todo por las jornadas revolucionarias de los meses de marzo y mayo, "preguntándome S. Santidad si había corrido mucha sangre", aspecto humanitario tan obvio por una parte pero también revelador de las propias preocupaciones por los horrores de la guerra y los sucesos de aquellos días en Bolonia.

Martínez de la Rosa amaga y edulcora hábilmente su respuesta sobre los sucesos de España, sobre todo la represión narvazina, al puntualizar que tras el primer brote había sucedido una amnistía; no así para el segundo, como "medida indispensable para mantener la disciplina". La postrera reflexión del español debió crear en Pío IX añoranzas de mejores momentos al replicarle a su interlocutor que la conducta del gobierno español en ese caso estaba dictada por una "conducta firme al mismo tiempo y moderada ... conteniendo a la par a los partidos extremos".

La visión de la Europa del '48 dibujada ante el español por el Papa no podía ser más pesimista y negra. Con la inquietante emergencia de la República en Francia, a la que según sabemos se había solicitado a pesar de todo una modesta ayuda militar, no podía abrigarse ningún buen augurio "diciéndome entre otras cosas que en la actualidad la República lleva al comunismo". Lo que más puede interesar al lector de dicha entrevista es conocer la versión piononista de la situación de Italia y que Martínez de la Rosa la sintetiza en dos rasgos mayores: 1º/ Pío IX ya parece que ha renunciado definitivamente a sus convicciones constitucionales, la verdad sea dicha (añadimos nosotros) técnicamente nunca demasiado precisadas; "en su opinión los pueblos no tienen bastante instrucción, ni se hallan convenientemente preparados para los gobiernos representativos". 2º/ El Papa que se declara contrario a toda guerra contra Austria, no ha renunciado a sus convicciones

reformistas que las considera del todo punto convenientes y necesarias, incluso planteadas a nivel de colaboración entre diversos estados italianos; pero - añade - lo que se había arbitrado (y todavía seguiría arbitrándose) como proyecto de Liga Italiana, no era posible por los celos de unos y la precipitación exagerada de los otros.

Por fin por lo que atañe a la cuestión de fondo, Pío IX no teme mostrarse profundamente escéptico ante el proyecto de unidad italiana y su paralelo de unidad germánica, dada la acendrada rivalidad existente entre los estados y aun entre las ciudades que deberían lograrlo. Tras otro comentario asimismo bastante escéptico sobre la viabilidad de la mediación franco-británica a fin de lograr el nacimiento del reino de la Alta Italia que pudiera neutralizar las apetencias del dominio franco-inglés en el Mediterráneo, Pío IX resume su posición y objetivos políticos, al menos por lo que a sus estados respecta, en el mantenimiento del statu quo : "ningún aumento quiero para los Estados de la Iglesia: solo, sí, el que queden como están y aun más todavía porque es aún más importante que se respeten los derechos de la libertad de la Iglesia; sobre esta libertad, dijo con mucho énfasis, no puedo admitir transacción alguna" (57).

A partir de este tour d'horizon que significaba el primer intercambio de ideas en profundidad entre ambos, Martínez de la Rosa pasa a dar cumplimiento al principal encargo de la Reina de España, reiterarle al Papa la oferta de la isla de Mallorca como lugar de asilo, si una triste eventualidad así lo requiriera, oferta según sabemos confirmación de la verificada en junio por González de Arnao. Tras la lectura por parte de Pío IX de una carta de Isabel II apenas entregada (58), los comentarios de los dos emotivos espíritus se dispersan en la consideración simbólica del nombre de la nave hispana surta en Civitavecchia, el Lepanto,

"Añadí a Su Santidad que hasta el nombre del buque parecía venir a propósito, pues se llama Lepanto y recordaba un hecho tan glorioso para la Iglesia y para España. Tenéis razón, me dijo Su Santidad, y recuerda la memoria de Pío V. También repuse a Su Santidad: podrá ahora servir el buque para un acto pío; más valdrá que no sea necesario, pero en todo caso, mejor es que siempre esté pronto" (59). Un poco más adelante hemos de ver las preocupaciones que la nave española hubo de traer al embajador bien porque el gobierno pontificio solicitara sus servicios bien porque los problemas técnicos de su dirección y tripulación hacían difícil la permanente disponibilidad del buque al servicio del embajador, es decir, al servicio del Papa.

La presencia de diplomático español tan ilustre en Roma no dejó de provocar la natural curiosidad de los observadores de la vida política como sobre todo de sus colegas del Cuerpo Diplomático. Los patriotas italianos bien pronto caerán en la cuenta de que el representante español está lejos de ser un liberal dispuesto a aliarse políticamente con ellos, convirtiéndole en objeto de severas críticas, incluyendo en esta actitud a la familia liberal moderada ¿De dónde arranca esta decepción provocada por el español ?

Sin duda, al menos inicialmente, de un equívoco entonces como ahora tantas veces alimentado, a saber, que un glorioso pasado de liberal histórico, aunque fuera de la mejor tinta, no acreditaba sin más un cómplice de la revolución italiana presente, mucho más cuando se está investido de una representación oficial de su nación; la misión romana del granadino estaba condicionada a los objetivos prioritarios de España, que fatalmente para los patriotas romanos en el instante presente, no sólo no coincidían con los del gabinete Narvaez sino que eran vistos desde Madrid con manifiesta suficiencia e incredulidad.

Por parte de la Curia su nombramiento fué recibido no sólo sin objeción o reparo sino a juzgar por las impresiones y datos no hacía mucho enviados por Brunelli (60) con una predisposición favorabilísima hacia su persona. Mientras el Papa al ensalzar su trayectoria política había subrayado con fuerza su conversión a la moderación, saludándolo como "el hombre del Estatuto", por su condición de máximo responsable del Estatuto Real de 1834, régimen constitucional que si bien para la ortodoxia liberal no siempre ha merecido el caracter de tal sino más bien el de Carta otorgada (61), nivel éste que desde luego cuadraba mucho mejor con las convicciones constitucionales de Pío IX y que al alabar del conjunto de la carrera del político español este aspecto puntual, parecería aludir inconscientemente a la fórmula constitucional que para los Estados de la Iglesia él mismo hubiese preferido, ahora en esta solemne ocasión en que al embajador se le brindaba la oportunidad de hacer profesión de sus convicciones políticas para responder a los elogios del Pontífice, se muestra claramente hostil a la soberanía popular y al espíritu de la revolución del '48 y si bien rechaza de plano el absolutismo, elogia a Pío IX por haberse alineado definitivamente en el campo de la moderación y prudencia políticas (62).

Así pues, los imprecisos comentarios sobre Martínez de la Rosa de la prensa y de los mentideros romanos sobre sus siete años de exilio en la época de la represión fernandina (de ellos varios meses en Italia en 1823-24), su prestigio de dramaturgo y brillante hombre de sociedad poco han de suponer de ayuda objetiva para los Clubs y Círculos radicales de la capital. Los moderados pronto se sumarían a este decepcionante opinión; el embajador sardo Pareto lo califica de "arrendevolissimo" (muy acomodaticio) a las exigencias reaccionarias de la Corte papal; otro liberal moderado Pantaleoni lo moteja con zumbona ironía de

"convertido"; todo esto sólo podía extrañar a los poco advertidos (63).

La clara irritación de los diplomáticos franceses contra Martínez de la Rosa en las sesiones más tensas de la futura conferencia de Gaeta, en torno precisamente a las futuras instituciones representativas de los Estados Pontificios restaurados, es perfectamente explicable si se recuerda su valoración de la revolución francesa de febrero del '48 formulada en las Cortes españolas por aquellos días: "República en Francia quiere decir guerra y fuego en Europa" (64), convicción confirmada cuando lejos ya de los acontecimientos y queriendo ofrecer un juicio sintético del ciclo revolucionario italiano del '48-'49 escriba: querer como el partido revolucionario italiano, a la vez, la libertad y la independencia era poner a riesgo la libertad dificultando más y más la independencia (65).

Pero la razón última del comportamiento y línea políticas de nuestro embajador ante el Papa estriba sin duda en las instrucciones de su gobierno a las que debía conformarse con toda fidelidad y rigor. Según éstas, debía mantenerse distante del revolucionarismo francés a pesar de la deferencia tradicional de un moderado a su poderoso vecino y amigo; alinearse junto a Austria en el espíritu y sentido con que se debía prestar auxilio al Papa sin interferirse en las cuestiones internas, contribuyendo así a consolidar la amistad del liberalismo moderado de España con la Santa Sede y a proyectar la imagen de una monarquía isabelina en libertad y en orden; he ahí la inspiración más genuina e inequívoca del gobierno Narvaez, domador del '48 español, y de su diplomacia dirigida por su definidor teórico más brillante el Marqués de Pidal (66).

Estas directivas implicaban algo más que una simple acomodación obsequiosa a la Corte papal, eran una

incitación al compromiso activo en favor de la operación de repliegue y rectificación política de Pío IX ya iniciada desde fines de abril y cuya resistencia a las misma creaba el clima revolucionario en el que se ve envuelto nuestro embajador apenas pone los piés en Roma. Por otra parte, esta tarea no iba a resultar particularmente onerosa para un temperamento evanescente y tanto voluble, lleno de buena voluntad pero superficial en sus convicciones. Llegado ya a la cima de su larga carrera política, tenía quizás, observa Valera quien coincide con él en Nápoles precisamente en 1849, una ingenua propensión a identificar el amor a la libertad con los cropeles de salón y galaneo femenino (67).

Augusto Comte, súbdito directo del embajador en tareas de la Legación española en Roma, nos ha dejado del poeta y dramaturgo un retrato bastante cruel; se dedicaba, dice, "casi exclusivamente a la sociedad de señoras", con las consiguientes chanzas del sexo fuerte; su liberalismo siempre habría estado teñido de una aura romántica y de una gran tolerancia: "no había sido volteriano ni masón; era un liberal a la inglesa que respetaba y amaba la religión y el trono" (68).

**El vapor *Lepanto* pronto
apetecido por el gobierno romano**

Un inactivo vapor de guerra en aguas de Civitavecchia era ciertamente un lujo para la inerme situación del gobierno romano carente casi en absoluto de medios navales operativos; bien pronto los servicios gubernamentales papales pusieron su ansiosa mirada en el vapor español, causando algún enojoso compromiso a la legación española. Apenas llevaba surto el *Lepanto* quince días en el puerto romano cuando se presentó a la embajada el

Subsecretario de Estado de Su Santidad Mons. Bedini pidiendo los servicios de la nave con el objeto de trasladar a Venecia doscientos setenta y dos soldados voluntarios originarios de Lombardía y desembarcados por una nave sarda en Civitavecchia, punto donde su presencia causaba particular preocupación para el orden interno de los Estados Pontificios (69).

La petición venía a constituir un primer test de la concreta capacidad de compromiso del gabinete Narvaez en favor de la causa del Papa. El deseo de proteger a Pío IX ¿llegaría hasta el extremo de colaborar con su gobierno al traslado de soldados no pontificios en una acción a la vez contraria a los intereses de los patriotas italianos y que significaba una ingerencia en la guerra que los rebeldes vénetos sostenían contra Austria?

Petición venenosa para España así como primer ejemplo para el embajador de la incapacidad operativa de las fuerzas militares pontificias pero que en todo caso exigía precisa y rápida respuesta. Gonzalez de Arnao en fortuita ausencia del titular de la embajada, una vez más, supo resolver de forma inmediata la cuestión respondiendo con la negativa a Mons. Bedini, naturalmente a reserva de lo que su superior Martinez de la Rosa decidiera definitivamente. La argumentación del Secretario de la embajada se apoyaba en dos razones: las dificultades materiales del Lepanto para cumplir tal misión y sobre todo la eventual implicación política de tal servicio operativo.

El embajador tras conocer el caso no sólo aprobó la conducta del Secretario de la Legación sino que lo envió inmediatamente a entrevistarse con el Secretario de Estado cardenal Soglia a fin de explicarse y ratificar la negativa dada. Para la Curia el test sobre las capacidades técnicas y la determinación de auxiliar al Papa españolas no

resultaban enteramente satisfactorias y esta duda quedará prendida a lo largo de esta historia (70).

Dado que al día siguiente 31 de agosto el embajador español habría de entrevistarse personalmente con el Papa a fin de hacerle entrega de una carta de Isabel II (71), Martínez de la Rosa se sintió obligado a suscitar en la audiencia papal el tema de la denegación hispana del día anterior, aprovechando la ocasión para justificarla por lo aventurado del servicio solicitado, dado que se difundían rumores de que la escuadra sarda se batía en retirada de Venecia hacia Ancona y la nave hispana pudiera verse involucrada en la refriega. Aunque donde el embajador puso todo el énfasis fué en lo inamistoso y hasta casi lo beligerantemente antiaustriaco que pudiera ser considerado tal servicio en un momento en que apenas se acababan de reanudar las relaciones de Madrid con Viena tras tantos años de ruptura motivados por la guerra civil en España.

Sólo cuando Pío IX con su proverbial bondad aceptó generosamente las explicaciones del embajador y aquietó su ánimo, pudo éste explicar los límites de utilización del navío de guerra marcados por el gobierno español que se reducían a un destino exclusivo, a saber, al servicio de la protección personal del Papa "tanto más cuanto en aquel puerto (Civitavecchia) no había ningún buque de guerra francés ni inglés ni otro alguno más que el de S. Majestad". Nuestro romántico poeta vió entonces una ocasión oportuna para recurrir ante el Santo Padre a evocaciones históricas a que el nombre de la nave española daba ocasión parangonando la situación actual de la Iglesia con las épocas de la famosa batalla de Lepanto de 1571 y al campeón de la cruzada antiturca de entonces Pío V con su homónimo Pío IX en el instante su honorable interlocutor (72).

Como conclusión de la oferta de la nave española al Papa no cabe sino ponderar muy positivamente la iniciativa de Gonzalez de Arnao del mes de mayo. La privilegiada posición adquirida por España como interlocutor del Papa apenas instalado el embajador en Roma; así como el prestigio que en los círculos romanos tanto entre sus colegas embajadores como en la administración curial y en la opinión pública confería la presencia del Lepanto en Civitavecchia como suplementario argumento de disuasión, son datos innegables. El que tal ventaja política y psicológica quedara después malograda por falta de continuación en la iniciativa tan tempranamente adoptada, por las carencias técnicas de la marina española o por falta de coordinación de los diversos servicios de la administración española es harina de otro costal.

La intendencia y disciplina españolas en entredicho

Desde los mismos días del ataque del Lepanto en Civitavecchia su control por parte del embajador fué para éste objeto de permanentes conflictos y quebrantos. Ya en la primera entrevista de Martinez de la Rosa con el Comandante del vapor de guerra, ante el requerimiento de aquél de que permaneciese en el puerto romano en espera de sus órdenes, comenzaron las reivindicaciones y lamentos de los oficiales: no tenían carbón más que para tres días y resultaba difícil conseguirla en dicho puerto; además, les faltaba estopa y algunos utensilios para las máquinas. Después vinieron las reivindicaciones de tipo económico - triste ejemplo del real funcionamiento de las fuerzas armadas españolas en el momento - : la mesada de julio no se les había pagado todavía; el segundo Comandante adujo que doce de los marinos jacían enfermos, etc ...

En vano se esforzó Martínez de la Rosa en satisfacer dichas demandas para que "no padezca el decoro de la nación", ordenando al cónsul de Civitavecchia la compra de veinticinco a treinta toneladas de carbón y pagando la mesada del mes de julio que ascendía a 20.000 reales vellón de los fondos harto exhaustos de la embajada, prometiendo además facilitar en tierra los cuidados médicos de los marinos enfermos ... (73).

La oficialidad del Lepanto se salió con la suya y el formulario de quejas elevado al Ministerio de Marina siendo, al menos en la forma, menos contenido que el exhibido ante el embajador lograría su propósito. En Civitavecchia, argumentaban, era muy difícil adquirir carbón y "a un precio mucho mayor del de nuestras contratas"; el poco comercio del puerto romano hacía que escasearan "algunos efectos de máquina" necesarios para las reparaciones técnicas; de los víveres para la tripulación se magnifica la falta de "la mayor parte de los renglones de que se compone la ración de la Armada y los que pueden obtenerse ser más caros y de menos peso o medida el quintal".

A razones tan subalternas de intendencia siguén otras técnicas tenidas como de mayor peso, entre todas, la falta de seguridad de la rada de Civitavecchia, puerto artificial y con una defensa reducida a una corta muralla, inservible en invierno en cuya estación los barcos de guerra al verse obligados a fondear fuera de la dársena sólo están muy corto tiempo (74).

¡Ridículas en verdad dichas alegaciones formuladas en un escrito del 24 de agosto en plena canícula mediterránea! pero que en el ministerio de Marina - solidaridad corporativa obliga - tuvieron suficiente fuerza para ganar la partida invalidando en gran parte la eficacia política del Lepanto en aguas romanas y, lo que parece más

grave, neutralizando casi por completo la voluntad del Gobierno que había puesto la nave bajo las órdenes del embajador (75). Pero así sucedieron los acontecimientos cuando el ministro de Marina Marqués de Molins comunicaba al ministro de Estado y por su medio al embajador en Roma que el vapor de guerra quedaría en aguas de Italia pero en el puerto de Livorno en vez de en el de Civitavecchia (76).

Martínez de la Rosa no pudo hacer otra cosa que aceptar disciplinadamente tal decisión aunque no ocultase su velada censura a la excesiva susceptibilidad de los oficiales de Marina en cuanto a las condiciones técnicas del puerto romano (77). La irreversible decisión añadida a la enorme tardanza de la estafeta Madrid-Roma - vía Francia - establecía las premisas de un previsible y casi seguro fracaso del plan español de auxilio al Papa mediante el Lepanto (78).

En realidad resulta bastante difícil no censurar la escasa capacidad de convicción o la falta de autoridad del propio embajador sobre una tripulación, puesta por el gobierno a su entero servicio, desde el instante inicial del conflicto ¿Cuál era el grado de autoridad disciplinar permitida a un embajador ante un Comandante naval, repitámoslo, cuando aquél estaba investido expresamente de poderes sobre los movimientos del Lepanto? Habría que conocer acaso las ordenanzas o, mejor, la praxis de la época, pero el quebranto político causado al embajador fué evidente, dado que ni siquiera pudo dar cuenta al Papa preventivamente del cambio de los planes españoles y en los mentideros romanos se habría de especular morbosamente sobre las idas y venidas de los navíos de guerra de la Marina española poniendo en entredicho la capacidad operativa ahora de la marina y más tarde del ejército de tierra.

Rosmini y Rossi como
últimos recursos del Papa

Las dos últimas personalidades sobre cuyas espaldas pudo haber descansado el intento de salvar in extremis el régimen constitucional romano fueron el abate filósofo Antonio Rosmini y el candidato malogrado a fines de julio a presidir el gabinete, que ahora terminaría por acceder a los ruegos de Pío IX, el profesor Pellegrino Rossi. "El primero - concluye rotundo Martina - quedaba marginado de malos modos y el segundo era asesinado en un atentado: el experimento liberal había terminado" (79).

La presencia de Rosmini en Roma y su incursión en la primera fila de la escena política obedece a una misión extraordinaria que le encomendó en el mes de agosto el gobierno piemontés entonces dirigido por Casati. Se trataba de dar un nuevo impulso a las negociaciones para la creación de una Liga Federativa de Príncipes ya antes promovidas pero fracasadas por culpa más que de cualquier otro de Turín. A pesar de las objeciones y condiciones precisas que para tal delicada misión puso el docto y fidelísimo clérigo, su condición de tal, unido a su condición de intelectual independiente, agudo analista de la realidad y dotado de una fecunda imaginación para proponer fórmulas positivas y constructivas, el gabinete de Turín lo envió a Roma (80).

Llegado a la capital romana el 15 de agosto, al día siguiente era recibido con toda amabilidad y hasta expectación por Pío IX. El personaje debió fascinar sin duda al Papa; el contraste de personalidades ¡tantas veces ha causado fascinación! y difícilmente cabía imaginar dos espíritus y estilos más diversos; pero el prejuicio favorable del Pontífice quizás obedeciera a un reflejo demasiado

ingenuo de su personalidad, soñando quizás en recibir del negociador torinés las luces intelectuales del que carecía su entorno en la búsqueda de una salida política a la difícil situación. El día 21 se le anunciaba que el Papa tenía propósito de nombrarlo cardenal en la promoción de diciembre, en un gesto más del Papa de retener al ilustre clérigo entre sus consejeros (81).

A fines de agosto comenzaron las conversaciones entre la delegación de los Estados de la Iglesia, Toscana y Cerdeña donde a Rosmini le tocó llevar la iniciativa dadas sus condiciones intelectuales de articular proyectos. Pero las reuniones nunca pasaron del estadio de conversaciones officiosas y sondeos previos; tan sólo el representante toscano tenía credenciales de su gobierno para negociar. De hecho el Papa al recibir los borradores rosminianos los remitió a la consulta de una comisión cardenalicia y lo que es más grave el cambio de gobierno en Turín - Perrone por Casati - modificaba sensiblemente los objetivos sardos de las negociaciones, según tendremos oportunidad de recordarlo en el capítulo siguiente (cfr. 2.2.).

Nada importante sucedería en el tiempo transcurrido en la espera de las respuestas de los gobiernos a las consultas de los "negociadores officiosos". La vida romana tomaba otros cauces. El 16 de setiembre nacía un nuevo gobierno teniendo como figura estelar al Conde Rossi. Por esta vez parecía que el Papa se actuaba sin depender necesariamente de los acontecimientos. Dada la significación del personaje a quien se le encomendaba una tarea tan espinosa éste acumulaba sobre sí tres carteras ministeriales (Hacienda, Interior y Policía) dejando así muy claro que partía con la ambición de remontar la situación mediante reformas administrativas serias, la restauración de la autoridad del Estado y del orden social en la vida pública.

El que el resto de los miembros del gabinete fueran hombres de muy poco relieve - el exiguo cardenal Soglia seguía ostentando la Secretaría de Estado - fué sin duda un grave inconveniente. Al descansar todo sobre la sola persona de Rossi el desgaste político fué muy rápido. No olvidemos lo que ya dijimos más arriba acerca de la sombra negativa que se cernía sobre este profesor de derecho y experto economista; italiano de nacimiento (natural de Carrara) estaba tachado de cosmopolitismo ambiguo al haber mudado varios nacionalidades y servido a otros señores extranjeros. Sabemos de su condición de ex-embajador francés ante la Santa Sede; actualmente en cese de tal función por caída del regimen orleanista, no había fijado todavía su definitivo destino; esta condición de disponible contribuyó en parte a que las miradas de la Curia convergiesen sobre él (82).

Poco tardó en manifestarse una hostilidad preconcebida o de principio contra esta designación en los medios patrióticos más exaltados, quizás porque era fácil designar al conde como la sombra maléfica del Guizot de tiempos pasados; también por ese cosmopolitismo europeísta que diluía su patriotismo italiano y más probablemente porque sabían que a partir de ahora tendrían que habérselas con un hombre de verdadera talla y experiencia políticas (83).

Lo cierto es que las singulares capacidades del elegido tan necesarias en una clase política, ayuna de hombres de mando y de gobierno en una situación casi imposible (84), en vez de provocar una dinámica aglutinante y constructiva provocaron el desbordamiento general de las pasiones. Se ha querido justificar este rechazo subrayando la carencia de tacto del interesado; su tendencia a la concentración de poderes, sus maneras exteriores al parecer demasiado tajantes y autoritarias, punto este al que ni siquiera los curiales eran insensibles; pero no pueden

servir por sí solas para explicar con suficiencia la histórica reacción de los extremistas más desafortunados. Sencillamente se le negó la oportunidad a la que tenía derecho.

Era la significación del personaje más incluso que el contenido de su programa político el que provocará la infranqueable ruptura: mientras en Toscana y Cerdeña por esta fechas los demócratas avanzaban hacia el poder, Rossi significaba el camino contrario, la involución política enmascarada en un reformismo ilustrado. El programa de gobierno dado a conocer el 22 de setiembre en la *Gazzetta di Roma* no pudo tener otra existencia que la formal; pero su formulación fué lo que al parecer provocó la decisión de sus enemigos de quitárselo de en medio, de ahí el interés en conocerlo.

La naturaleza política del programa puede ser considerado como liberal con un escoramiento claro hacia la derecha, por la insistencia en los problemas de orden público. Por otra parte, tomando pié de la situación de tregua oficial en la guerra del Norte, Rossi se decantaba por un repliegue del estado romano hacia su reconstrucción interna.

Pero Rossi, se manifestaba como un decidido defensor de la constitución de marzo: "El Estatuto Fondamentale es la piedra angular y sagrada sobre la que se apoya y se alza nuestro edificio político ...", lo afirmaba con solemnidad y apostaba por su fortalecimiento sobre todo a nivel de los poderes del gobierno y del respeto a los derechos del parlamento. Los objetivos inmediatos de gobierno estaban así enunciados: el *Statuto Fondamentale* era considerado como techo máximo de los derechos y libertades públicas sin ulteriores desarrollos; la urgencia de la restauración del orden público en la calle (envío inmediato

del general Zucchi a Bolonia) y de la disciplina militar en el ejército y en la Guardia Cívica; en fin, un elenco de reformas administrativas y económicas de la mayor urgencia (85).

En el programa del conde Rossi se echaba de menos con todo de un tema crucial; el de la independencia nacional sobre el que todavía no había formulado una sola palabra. Añádase a ello un no disimulado recelo suyo hacia las tendencias hegemónicas del Piamonte en su relación con el resto de los estados italianos, claramente puestas de manifiesto en las negociaciones en curso de la Liga Italiana ahora mismo en la propia Roma y en las que el político evidentemente quiso poner el sello de su responsabilidad.

Tres proyectos en liza se entrecruzaban en dichas negociaciones entre Roma-Florencia-Turín: 1º/ el apoyado y defendido por Rosmini que proponía un auténtico estado federal con Dieta permanente y con sede en Roma, aunque él quisiese suavizar lo fuerte de la fórmula utilizando únicamente la expresión "Confederación" como esbozo de la unicidad de la nación italiana. 2º/ a este plan, Rossi va a contraponer el suyo concebido como una mera alianza entre Príncipes que seguirían conservando íntegramente sus poderes; no se abordaba en él por supuesto el tema de la independencia y consiguientemente el de la guerra, pero se hacían proposiciones concretas en orden a una uniformidad económica y administrativa. 3º/ el esquema del gabinete piamontés se colocaba en una zona media de entre los dos anteriores: se consideraba intangible el poder originario de cada Príncipe pero se subrayaba la necesidad de una inmediata alianza militar con vistas a la guerra (86).

El 4 de octubre el conde Rossi en un artículo sin firma de la *Gazzetta di Roma* pero indefectiblemente suyo salía al paso de unas declaraciones

ministeriales piemontesas acusando al Papa de no querer comprometerse en las negociaciones de la Liga; la enérgica réplica de Rossi pretendía desenmascarar el incontenible hegemonismo del Piemonte. En realidad - sostenía el conde - el gabinete sardo solicitaba ayudas y apelaba a la solidaridad italiana de los demás estados, pero sin mostrar claramente cuáles eran sus últimas intenciones (87).

El enfrentamiento de Rossi con el Reino que cobijaba las esperanzas de los patriotas de Italia acabó con las últimas vacilaciones de los círculos patrióticos y clubs romanos sobre la significación de su política, enajenándole el residual adarme de respeto debido a su persona y a su función. El sector más radical de los activistas romanos se desató en una campaña de prensa de enorme dureza y animosidad contra el ministro (88). Este no esquivó el bulto y aceptando el pulso dialéctico que le tendían sus enemigos, adoptó algunas disposiciones de gobierno: cercenamiento de la libertad de prensa y reforzamiento de la guarnición militar de la capital con contingentes de carabinieri traídos de las provincias (89).

La opinión pública y los observadores comenzaban a pensar que por fin Roma contaba con un hombre capaz de hacer frente a las difíciles circunstancias; pero ¿encontraría el gabinete Rossi en el Parlamento que reabría sus puertas el 15 de noviembre el necesario apoyo para respaldar su decidida y firme política?

Rossi asesinado en el Cortile de la Cancelleria

La vida de Rossi habría de quedar truncada en el solemne acto de la reapertura del parlamento y

en el zaguán mismo del edificio parlamentario ubicado en el célebre Palazzo della Cancelleria; muerte cuyos pormenores de preparación y de ejecución parece que están si no jurídicamente probados sí históricamente dilucidados. Las responsabilidades de la instigación recaen sobre el abogado y periodista Pietro Sterbini, director de uno de los diarios más hostiles a la línea política de Rossi *Il Contemporaneo*, además hombre prominente del Círculo Popular. Soldados de la Guardia Cívica y veteranos de la Legión Romana que se habían batido en la guerra del Norte aquel año habrían formado el cortejo de protección de la mano asesina de Luigi Brunetti, hijo del bufón libertario y jefe de las manifestaciones callejeras romanos *Ciceruacchio*. Las advertencias de ciertos amigos a Rossi y las sospechas de la policía de que algo pudiera acaecer en la inauguración de las Cámaras no llegaron a crear un estado de convicción suficiente sobre la gravedad del momento y los sicarios pudieron moverse cómodamente (90).

Martinez de la Rosa junto con sus colegas del Cuerpo Diplomático, según uso inveterado, estaba presente en el acto inaugural del Parlamento y pudo ser testigo presencial del magnicidio. Conservamos dos despachos salidos de su pluma colorista recomponiendo, diríamos en estilo romántico, la escenografía de sus obras de escena más dramáticas. "El Ministro Rossi fue solo, llevando en el coche al subsecretario de Hacienda; al verlo en la plaza, se advirtió que había personas encargadas de designarle y que le fueron precediendo al efecto; él mostraba serenidad en medio de los insultos y silbidos y entrando dentro del pórtico del Palacio, en cuanto se hubo apeado, le rodeó un grupo preparado al efecto y uno de los conjurados le dió un golpe en un costado, a fin de que con el movimiento natural que hizo, pudiese el asesino herirle con seguridad por el lado opuesto, verificando con mano tan segura que le cortó la carótide, arrojando tanta sangre que luego estaban manchadas las gradas y paredes de la escalera" (91).

Nuestro embajador acumula en su narración otras mil circunstancias que enturbian la villanía del acto; la complicidad de unos, la cobardía de muchos de los presentes que ni siquiera permitió identificar al asesino y mucho menos detenerlo estando presente en el lugar la Guardia Cívica. Los miembros de la Cámara sentados ya en sus poltronas esperando al ministro, fingiendo una normalidad de situación se permitieron iniciar la sesión sin siquiera hacer la menor alusión a lo sucedido y a su protagonista principal ya cadáver, gesto de incalificable cobardía atribuible por lo visto al Presidente del Consejo de los Diputados que mereció los reproches y críticas unánimes de las personas de honor por lo que podemos desvelar en los despachos a sus gobiernos de los embajadores allí presentes (92).

El criminal atentado mataba más que a una persona; hería de muerte al gobierno y al sistema constitucional romano. La primera reacción de Martínez de la Rosa, tras cerciorarse de que el conde Rossi había expirado, fué abandonar la Cancillería para trasladarse al Quirinal, residencia del Papa, para significar su solidaridad en el dolor y su colaboración protectora como primer reflejo que la España católica quería expresar al Jefe de la Cristiandad Se entrevistó con el cardenal Soglia a quien comunicó la noticia del fatal desenlace ya que si bien "sabía la herida de su compañero ... supo por mí su muerte"; después manifestó el objeto de su visita que no era otro que ponerse a disposición del Papa pidiéndole al cardenal comunicase a Su Santidad "que estaba allí a sus órdenes y que podía contar conmigo para todo". Soglia le devolvió el saludo agradecido del Papa comentándole la impresión producida por el asesinato en el ánimo suave de Pío IX, dándose la circunstancia de que el conde había despachado con Su Santidad en los minutos previos a enfilarse la ruta a las Cámaras (93).

La pluma jadeante con que Martínez de la Rosa comunica a Madrid la terrible noticia, encerrándose "precipitadamente en casa del ministro de Portugal" (94) a redactar el despacho, manifiesta hasta qué punto el embajador imprime a su misión en Roma un carácter de defensa y protección de la persona del Papa y de la institución pontificia, tratando de sensibilizar en el mismo sentido al gabinete Narvaez.

La desaparición de Rossi decapitó al gobierno pontificio sumiéndolo en la peor de las crisis, la de la inacción. Pío IX se encontró desasistido de laicos y eclesiásticos de valor, produciéndose en la nobleza laica y en los altos prelados romanos un movimiento de pánico con un reflejo instintivo de fuga, gesto nunca menos noble y más cobarde. Por lo demás, se sabía que la cobertura defensiva para una situación de emergencia era inexistente: "Deshecho el ministerio - comenta el embajador español - sin ninguna autoridad civil que tuviese influjo en la capital y sin ningún jefe militar que tomase el mando de las tropas y sostuviese al Gobierno, quedó el campo a merced de los enemigos" (95).

Esta apreciación de Martínez de la Rosa será compartida por los observadores de la época y comentaristas posteriores (96). Nada se hizo desde el punto de vista de la seguridad y defensa de las instituciones y personas durante la tarde del día del asesinato como no fuera especular acerca del retorno de los liberales moderados a las responsabilidades del poder. Minghetti, convocado al efecto por Pío IX, vió encomendada la misión de formar gobierno pero difirió la respuesta hasta el día siguiente.

El día 16 al tiempo que se esperaba la respuesta del citado político se había preparado una genérica e intrascendente Proclama que terminaría por desecharse. El

Papa reunió junto a sí a los presidentes y Vicepresidentes de las Cámaras; nada positivo pudo salir de tal conciliábulo como no fuera la constatación de impotencia y amargura con mutuos reproches e invectivas entre los presentes. Pío IX por supuesto censuró vivamente a los jefes parlamentarios por su conducta tras la muerte de Rossi. Mons. Muzzarelli, a su vez, juzgó superada la "solución Minghetti" dada la gravedad y radicalización del momento (97).

Pío IX comentando más tarde con los diplomáticos el resultado de dicha reunión confesaría que "no había hallado el apoyo que era de esperar" y que se encontraba en situación de desamparo ya que "tampoco había la fuerza de las armas, no habiendo siquiera quien quisiese encargarse de mandarlas" (98).

La fatigosa sesión mañanera del Quirinal tuvo como desenlace la designación del abogado boloñés Giuseppe Galletti como candidato para jefe del ejecutivo; pero mientras éste abandonando Palacio tras recibir la encomienda retornaba a su domicilio, tropezó con una manifestación popular que aparentemente igual a tantas otras habría de cambiar el curso de la historia romana.

Pronunciamiento ante el Palacio del Quirinal

Las instancias dirigentes de los sectores revolucionarios romanos creyeron llegada la hora del asalto al poder; el procedimiento era el mismo que durante dos años les había proporcionado los mejores dividendos: la coacción en la plaza pública, una gran manifestación popular esta vez en la fachada misma de la residencia pontificia; el objetivo preciso era obligar al Papa a aceptar su programa político;

programa que incluía *in integrum* todas las reivindicaciones objeto de disputa de los meses precedentes: imposición de una lista de ministros elaborada por los clubs patrióticos (sobre todo con los nombres de Mamiani y Sterbini, inspirador éste último de la eliminación de Rossi); participación en la guerra nacional y prioridad incondicionada a la cuestión del proceso unitario italiano mediante la convocatoria de una Asamblea Constituyente de todos los estados de la Península. El apoyo masivo de la calle al complot, sumado a la complicidad de muchos oficiales del ejército mezclados en la revuelta, colocaban al Papa en la alternativa de ceder o resistir y esta segunda hipótesis en condiciones muy aventuradas (99).

El Papa se resignó a la humillación antes que provocar un derramamiento de sangre y la prueba habría de terminar en una victoria de la revuelta, de la fuerza sobre la razón y el derecho. Era el desenlace final de una confrontación iniciada meses antes y que lógicamente traería graves consecuencias ya que de este episodio arranca de alguna manera el giro decisivo del pontificado de Pío IX.

Martinez de la Rosa familiarizado con pruebas semejantes en España no dudó en echar mano del vocabulario revolucionario español para calificar el episodio romano del 16 de noviembre de *pronunciamiento*, término que posteriormente hará fortuna en la tradición revolucionaria europea. Describamos pues el *pronunciamiento* romano al hilo del detalladísimo relato de nuestro embajador - quizás la más prolija entre las redactadas por los diplomáticos allí presentes - donde lógicamente la parte de su protagonismo está especialmente realzado (100).

"Apenas tuve aviso de que en la plaza del Popolo se estaban reuniendo nacionales, soldados y gente del pueblo para ir a imponer su voluntad al Sumo Pontífice",

Martínez de la Rosa se precipita al palacio del Quirinal (101). Esta manifestación popular era en Roma desde la víspera un secreto de Polichinela. Por ello, la indefensión militar de la morada pontificia no era tanto un signo de imprevisión sino dramática constatación de la defección del ejército, que de "defensor natural" de su Soberano se pasaba a la causa de la revolución. El Papa habría de verse desasistido ante una multitud de dos a tres mil personas, teniendo por todo escudo protector de su persona y del Palacio: un centenar de valientes suizos pertrechados en un primer momento sólo de decorativas alabardas, "seis guardias de Corps" y un grupo de prelados de segundo rango "más muertos que vivos".

Llamativa la ausencia de miembros del Colegio Cardenalicio - algunos de ellos estaban amenazados - si exceptuamos a Soglia y Antonelli que estaban presentes por razones de oficio y ausente también la nobleza romana menos digna que nunca en tan delicada coyuntura (102). Por ello mismo resultó más que decisiva la presencia en Palacio de miembros del Cuerpo Diplomático; a esta importante institución le tocará jugar el papel excepcional de protección del Soberano, de aliento moral y sobre todo de testigo denunciador de la coacción ejercida. El relato de Martínez de la Rosa deja suponer que en su primer intercambio de palabras con el cardenal Soglia, él era el único representante exterior de alto rango que allí estaba, pero sea lo que fuere, no tardaron en llegar el francés D'Harcourt, el bávaro Spaur, el sardo Pareto, los embajadores de Prusia y Rusia con los de Holanda, Bélgica, Brasil, tan solo faltaba el napolitano por causas fortuitas.

Del diálogo entre nuestro embajador y el cardenal citado parece que salió la idea de lo conveniente que sería un cambio de impresiones de los diplomáticos con Su

Santidad. Este hizo pasar al Cuerpo Diplomático a su presencia no ocultándoles la difícil situación en que se encontraba. Aludiendo a las negociaciones de la mañana con los Presidentes de las Cámaras les confesó que habían fracasado. La resolución de resistir a la violencia no por ello parecía menos firme, sabiendo el Papa cuáles eran las eventuales demandas de los emisarios: la creación de un ministerio democrático profesando principios políticos contrarios a mi conciencia (103).

Martínez de la Rosa tomó la palabra para elogiar los propósitos de firmeza de Su Santidad que redundarían en ejemplo para otros gobiernos y en gloria del Pontificado; "todos mis compañeros hicieron demostración de aprobar mis palabras ...". Esta entrevista tenía lugar antes de que los manifestantes llegasen a Piazza Monte Cavallo delante de la fachada del Quirinal. El Cuerpo Diplomático tras retirarse de la presencia del Papa, en previsión de desagradables derivaciones a causa de una confrontación, decidió quedarse en Palacio.

El variopinto y bullanguero tropel de los manifestantes arrancando con gritos de júbilo desde Piazza del Popolo enfiló hacia Palacio; masa abigarrada de gente plebeya con militantes, simpatizantes y curiosos pero también con representantes de la Guardia Cívica, dragones y soldados de infantería, artillería y carabineros si bien desarmados; también había oficiales del ejército (104), quizás furtivamente incorporados para mejor controlar los excesos, pero también con cínica doblez para dar prestigio a la parada y quedar limpios de sospecha (105).

La festiva columna dió un rodeo por zonas estratégicas de la ciudad como por ejemplo por el Palazzo della Cancelleria para quizás arrastrar eventualmente a algún amedrentado diputado y dar prestigio a la comitiva. Unos

carteles vistosamente desplegados enumeraban las reivindicaciones: promulgación del principio de la nacionalidad italiana, convocatoria de una Asamblea Constituyente Italiana, cumplimiento de las resoluciones de las Cámaras sobre la guerra nacional y, en fin, la lista ministerial con el programa de Mamiani del 5 de junio. Total: una abierta confrontación a la política piononista defendida desde el 29 de abril.

Mientras subía el cortejo hacia Palacio por la estrecha vía de Tre Cannelle toparon con Galletti presentido por el Papa como jefe de gobierno y de cuya entrevista regresaba con objeto de tomarse unas horas de reflexión y consulta. Requerido sin embargo por los dirigentes del pronunciamiento Sterbini, el príncipe Canino Bonaparte etc., y a pesar de la resistencia interpuesta, se sumó a ellos convirtiéndose por arte de la fortuna en el núcleo del acontecimiento, al ser elegido por los amotinados como su delegado principal ante el Soberano (106). Tarea ciertamente imposible que a pesar de ello no le salva del ojo crítico de los representantes exteriores.

Instalados los insurrectos ante las puertas de Palacio evidentemente ya atrancadas, aunque a algunos tal medida de elemental prudencia les incitara a fácil retórica (107). Comenzaba el dramático forcejeo que según la clara y objetiva delimitación hecha por el embajador francés D'Harcourt tuvo dos fases muy bien diferenciadas: la primera, cuando las conversaciones negociadoras de Palacio se desarrollaron por sí mismas sin directa dependencia de lo que pasaba en la plaza cuya concurrencia esperaba pacientemente el desenlace. La segunda, cuando tras la negativa pontificia, la violencia hace acto de presencia y se suceden los intentos de asalto al Palacio determinando decisivamente el curso de lo que aconteciera en las estancias palaciegas.

Dentro de la primera fase, los comisionados presididos por Galletti apenas atravesaron el umbral de la mansión papal toparon con el Secretario de Estado cardenal Soglia. Para Galletti tal conversación podía parecerle continuación de la mantenida no hacía mucho tiempo; pero ahora se trataba de algo más serio pues le entregaba un escrito al cardenal con las demandas de los comisionados. A Soglia le faltó tiempo para prometer una respuesta del Papa que efectivamente llegó a través del mismo purpurado: las peticiones de tal escrito serían tomadas en seria consideración a su debido tiempo. Respuesta dilatoria muy insuficiente por no llamarla negativa. Cuando se conoció tan poco satisfactoria solución, el pueblo prorrumpió en gritos, hecho que dió a los comisionados fuerza para que volvieran al interior de Palacio a seguir presionando esta vez al Pontífice en persona.

En el preciso instante de esta segunda gestión miembros del Cuerpo Diplomático y comisionados se debieron cruzar en el atrio de Palacio: "preguntado (Galletti) qué era lo que pretendían, dijo en sustancia que lo principal era la Constituyente y los principios (...) que el pueblo no quería oír razones ni sufrir dilación y que si el Papa no condescendía correría mucha sangre y habría grandes estragos" (109). Sin embargo, como podía preverse, la segunda entrevista con el Papa fué tan estéril como la primera. "Los comisionados salieron descontentos como era natural y por un medio u otro hicieron saber a los amotinados la respuesta del Papa", a saber, que "nada podía conceder bajo el imperio de la violencia" (110). Esta respuesta emitida desde un torreón situado a la derecha del "portone" del Palacio significó de hecho el comienzo de la violencia. La respuesta de la plaza no se hizo esperar. "A las armas!". Eran las tres de la tarde.

La plaza se vació en un instante pero con intención de retornar inmediatamente a ella, esta vez pertrechados con medios disuasorios. En la ciudad se tocaba a rebato y en la movilización se conseguía que una muchedumbre más numerosa que la de antes circundara Palacio. La algarada de hasta ahora en Piazza Monte Cavallo no era por lo visto más que la punta del iceberg de una operación dirigida desde el Círculo Popular cuyos dirigentes tuvieron la audacia de crear un autollamado Gobierno provisional que lanzó una Proclama ofreciéndose como recurso de salvación convirtiéndose el citado Club en centro operacional de órdenes militares inmediatamente aceptadas por los comandantes de los distritos de la ciudad. No cabía mayor muestra de la desintegración total del poder legal (111).

Comenzó el fuego cruzado: "reduciéndose a tiros que disparaban hombres sueltos a las ventanas de Palacio"; los suizos, a su vez, parapetados en el torreón y otras discretas ventanas, dispuestos a la réplica. "Desde el primer amago subió todo el Cuerpo Diplomático al lado de Su Santidad que no desmintió ni un momento su serenidad acostumbrada, mostrándose únicamente solícito y cuidadoso por la vida de los demás" (112). El balance de pérdidas humanas pudo ser mayor de lo que fue en realidad: la primera de ellas Mons. Palma, prelado ilustrado, redactor de cartas latinas, fué sorprendido por un tiro al haberse asomado a una ventana; las crónicas no precisan el número de víctimas cobradas por los suizos (113). De todas formas, estos hechos postraron en un gran abatimiento el impresionable ánimo de Pío IX.

La escalada disuasoria contra Palacio recurrió a un repertorio cada vez más variado y peligroso: trayendo fajinas, prendiendo fuego a las puertas de la fachada para obligar así al piquete del interior de bomberos a salir fuera. El gesto más arrogante de la plaza consistió sin duda en apostar en el centro de la misma un cañón, llamado

por toda ironía **San Pedro**, utilizando como trinchera protectora la célebre estatua de Polux y Cástor.

El gesto más odioso de todos fué el ataque al vecino Palacio de la Consulta, residencia del cardenal Lambruschini. Pretextando que el dominio de dicha morada facilitaría el asalto al Cuartel General de la Guardia Suiza, el episodio se convirtió en un descontrolado pillaje de la casa del odiado cardenal gregoriano. El anciano purpurado pudo salvar la vida escondiéndose entre la paja de la escudería, disfrazado con uniforme militar de dragón. Pero su lecho y las insignias y hábitos cardenalicios fueron sañudamente apuñalados (114).

Llegadas las cosas a tal punto el clima de Palacio se volvió confuso y perturbado. Ordenes y contraórdenes se sucedían en medio del pánico y el defectismo general. Cuando el primer cruce de fuego, parece que Pío IX dió muestras de particular emoción, contrariado de que no se cumpliesen sus órdenes de no disparar al pueblo (115). El Papa además de cuando en cuando se retiraba a su intimidad para sumirse en oración. Algunos miembros de la familia pontificia pensaron ya en tener preparada una salida secreta para la fuga del Soberano.

El momento de suprema humillación para el poder legal lo constituyó la arribada a la plaza de un cuerpo regular de carabineros que pudiendo pensarse intra muros de Palacio que vinieran a poner orden y a auxiliar al Papa, solicitaron de éste su inmediata rendición. Y lo que es peor, condicionaron la hipotética defensa de la legalidad a un expreso mandato del Papa formulado ante el Cuerpo Diplomático de que hicieran fuego sobre el pueblo; la coacción sobre Pío IX no podía llegar a más. Dice Martínez de la Rosa: "Llegados que fueron hablaron a S. Santidad delante del Cuerpo Diplomático pidiendo uno de ellos al Papa que les diese orden

de hacer fuego, aunque no sabían si serían obedecidos; el Papa contestó con dignidad: No me pongáis en el extremo de dar semejante orden; cumplid con vuestro deber" (116).

Pero los oficiales no cumplieron con su deber ni ahora ni más tarde. El paso de las horas obligaba al Papa y a sus consejeros a buscar alguna salida: confiarse a la protección del Cuerpo Diplomático al tiempo de resignarse a dar alguna satisfacción a los sublevados. La representación diplomática estaba jugando un papel fundamental no sólo de protección sino de consejo y de aliento al decaído ánimo del personal eclesiástico palaciego. Cuando el cardenal Soglia quiso en algún momento cerciorarse de la opinión y de las instrucciones que regían la conducta de los embajadores habló con Martínez de la Rosa y éste le contestó en un tono de altisonancia dramática: "Mis órdenes e instrucciones son poner a disposición de S. Santidad, los ejércitos, las naves y todo el poder de la Reina de España", nobleza obligaba; pero el romántico poeta no hurta su propio bulto, "y por mi parte ofrecerle que no llegarán a su Sagrada persona sin pasar por encima de mi cadáver".

La emotiva declaración de un profesional de la escena - en una escenografía como los salones del Quirinal romántica por excelencia - encontró una segunda y más solemne ocasión de repetirla esta vez ante el mismo Pío IX y el resto de los colegas del Cuerpo Diplomático, cautivados por el enardecimiento del español al decir éste a S. Santidad de que los gobiernos allí representados no consentirían que se avasallara por la fuerza la voluntad de un Monarca y de un Soberano Pontífice (117).

Esta firmeza ¿por qué no exhibirla ante los comisionados de la multitud en una de sus idas y venidas a fin de demostrar a los propios súbditos de que el Papa contaba con el apoyo de los gobiernos europeos?. "El cardenal

Soglia se volvió entonces a mí y me dijo que manifestásemos delante de aquellos comisionados las órdenes e instrucciones que teníamos; a lo cual contesté a nombre de todos: que las instrucciones de nuestros gobiernos eran velar cerca de la persona de S. Santidad y proteger el libre ejercicio de su autoridad; que estábamos allí para impedir cualquiera violencia o insulto que se hiciera a S. Santidad cuya causa mirarían como suya y sabrían vindicar nuestros gobiernos. Los demás miembros del Cuerpo Diplomático adhirieron a mi contestación".

Se había salvado el honor, pero faltaba todavía salvar la humillación de aquel pronunciamiento. En verdad no estuvo Pío IX demasiado asistido de serenos consejos ni de imaginativas propuestas de hábil salida; la formulaba por Mons. Pentini pareció al fin la más viable: aplicando al presente litigio la distinción entre los principios políticos y las personas, pareció bien transigir en lo segundo, es decir, en la composición del gabinete aceptando la lista presentada por los Clubs en espera de remitir más tarde a las Cámaras el programa de gobierno propiamente dicho. La concesión indudablemente era de talla pero permitía a Pío IX liberarse de aquel secuestro moral y material (118).

El Cuerpo Diplomático fué nuevamente requerido a la presencia de Pío IX; ¿para dar su aprobación a la conducta pontificia? Digamos que más bien para erigirlo en testigo de las violencias que padecía: "(El Papa) sentado delante de la mesa, dijo con tono grave y solemne estas mismas palabras: Se pretende que elija a estos ministros y leyó los nombres de algunos; quieren que acepte un programa contrario a mi conciencia y si llegase la violencia a tal punto que me obligue a hacerlo, declaro que lo hago en contra de mi voluntad y protesto ante vosotros contra la fuerza que

se me hace y voy a decirles que hagan lo que quieran que yo a nada doy mi asentimiento".

Aunque el protagonismo español en Palacio ya había sido ejercitado por Martínez de la Rosa de forma sobradamente satisfactoria, el embajador volvió a recuperarlo. Las últimas palabras del Papa bien merecían una glosa: "Oído lo cual dije estas precisas palabras: Acepto a nombre de mi Corte, la solemne protesta de Vuestra Santidad y a mi vez protesto contra cualquier violencia que se cometa contra su Sagrada Persona o a su legítima autoridad" (120). Los demás embajadores asintieron y se expresaron en términos similares. Todo había terminado. Galletti esperaba en la puerta el momento para pasar a despachar la formalización de la lista del nuevo gobierno. Pío IX encomendó al cardenal Soglia cumplir con éste último menester, nada fácil a juzgar por las dos horas que duró la negociación a pesar del agotamiento que invadía a uno y a otro (121).

En efecto, se borró de la lista algún nombre puesto por los comisionados; se introdujo a Galletti que no figuraba en la inicial nómina de los Clubs; la mayor dificultad estribó en colocar a un eclesiástico en un equipo ministerial democrático: tenaz exigencia del Papa frente al dogmatismo de los Clubs que por su gusto no hubiesen admitido a nadie. Galletti hubo de ceder en este punto ante la irreductibilidad del Soberano, tranquilizándose al saber que la designación recaía sobre el conocido abate torinés Rosmini como jefe de gobierno y ministro de Instrucción Pública (122). Galletti con el decreto del Soberano en la mano como trofeo de conquista pudo exhibirlo triunfalmente a la masa todavía apostada en la plaza de Monte Cavallo. El pueblo romano "ese gran niño" protagonista de tantas pírricas victorias de aquel bienio pontifical creía haber triunfado (123).

Una incógnita sin nombre
se cierne sobre Palacio

Había acabado el clamoroso episodio pero comenzaba una sombría y pesada meditación. Una sombra inundó al Quirinal y a todos los que aquella tarde-noche habían asistido como testigos a tristes escenas protegiendo y alentando con su presencia al Soberano Pontífice. Las confidencias de un temperamento tan espontáneo como el de Pío IX no admiten dudas sobre su estado de ánimo interno. Martínez de la Rosa recoge tres frases muy significativas en su nerviosa brevedad oídas de labios del Papa : "(Pío IX) habiendo oído algunos tiros que aún sonaban dijo estas propias palabras: parece que celebran su triunfo"; "mostrándose resignado como quien cede a una necesidad (...)" (dijo) con tono sentido: este es un acto voluntario". Enseguida, dirigiéndose a Martínez de la Rosa surge en Pío IX como obsesivo ritornello conversaciones habidas en otro contexto, pero en previsión de lo que ya es una realidad, la huida (124).

El pueblo según abandonaba la colina organizó una fiesta popular de la que nadie estuvo ausente: ni la Guardia Cívica unida a la tropa regular, ni la gendarmería, etc ... acompañadas de música militar a través de calles efervescentes y jubilosas. Otra clima se vivía entonces mismo en las legaciones extranjeras dedicadas aquella noche a redactar nerviosos despachos a las capitales de gobierno europeas, dando circunstanciada cuenta de la gravedad de lo visto y oído en aquellas dos jornadas (15 y 16 de noviembre). A juzgar por la abundancia de los testimonios epistolares conservados y más tarde dados a conocer, podían extraerse unas cuantas conclusiones definitivas de la llamada revolución romana : el Papa había sido humillado; el asesinato de Rossi llenaba de abyección y

vergüenza a los demócratas romanos (126); el moderantismo romano definitivamente había fracasado y Pío IX abandonado por los italianos confiaba su suerte y la de sus estados al Cuerpo Diplomático (127).

Se iniciaba por lo demás en el desconcierto de unos y el envalentonamiento de los otros una escala hacia el terror. Desde la mañana siguiente al Papa se le arrebató el único florón de nobleza y de valentía manifestado la víspera en su defensa: la Guardia Suiza era sustituida como custodia del Palacio por la Guardia Cívica, "menos para la seguridad del Soberano que para retenerlo como prisionero" (128).

A partir de ahora y más que la víspera los embajadores son el único escudo protector de Pío IX; en los días sucesivos habrían de multiplicar sus idas y venidas a Palacio a evacuar consultas con los colaboradores más íntimos del Papa. Por de pronto, sin demasiada espera, esta misma mañana que sigue a la trágica tarde del 16 fueron invitados a Palacio ante el simple anuncio del citado desarme de la Guardia suiza, por si su presencia era necesaria (129).

Los embajadores aprovecharon esta nueva reunión para plantearse la conveniencia de redactar un documento conjunto de protesta en nombre del Cuerpo Diplomático. La iniciativa una vez más partió de Martínez de la Rosa pero al observar que algunos esquivaban el bulto, entre otros el embajador francés, y viendo que el efecto positivo de la iniciativa sólo podía alcanzarse con la unanimidad, el proyecto quedó marginado (130). El interés de los embajadores se desviaba hacia otra parte, esto es, a la continuidad de esta historia.

El nuevo gobierno lógicamente se puso a trabajar en la aplicación de sus proyectos. Abiertas las Cámaras se presentaron en ellas dos propuestas que contenían, una, la necesidad de redactar una declaración de lealtad al Soberano, la otra, un compromiso del nuevo gobierno para proceder al esclarecimiento del asesinato del Conde Rossi. Ambas fueron rechazadas. Galletti jugando a mantener equívocos, se sumó a esta negativa, decisión que le costó la dimisión del gobierno de un personaje moderado tan significativo como Minghetti.

La Curia y el propio Papa manteniendo una correcta relación oficial con los ministros, procuraban no entrar en lo vivo de los asuntos de gobierno. Este comportamiento ha sido calificado posteriormente de desleal y no exento de doblez (131). Jurídicamente hablando el reproche es efectivamente exacto: el Papa decía en la intimidad que todo lo que hacía el gobierno era inválido, pero al fin y al cabo el gobierno tomaba decisiones y seguía gobernando ante sus ojos. ¿Una forma de ganar tiempo y despistar a sus adversarios políticos de quienes no era más que un simple rehén? Lo cierto es que el ministerio democrático, a pesar de los insistentes rumores de fuga, no se tomó en serio esta posibilidad.

La ausencia del *Lepanto* una fatalidad histórica

La gravedad de los acontecimientos políticos de Roma habrían de acrecentar la amargura de Martínez de la Rosa a causa de los problemas técnicos del *Lepanto* que provocaban su frecuentes ausencias de Civitavecchia.. Cuando en la tarde del 11 de octubre en el ciclo rutinario de idas y venidas dicha nave abandonaba una

vez más el puerto pontificio, el mismo día, por ironías de la suerte, atracaba en la misma rada el vapor de bandera francesa Ténare - primer episodio simbólico del duelo franco-español -, presencia naval francesa, al menos según piensa Martínez de la Rosa, inspirado en el ejemplo español. He aquí que con la ausencia del vapor español, la eventual mutua emulación entre Francia y España se desequilibraba en favor de aquella, mientras España, de primera protectora del Papa se diluía en mera candidata: "la casual coincidencia de verificarse la llegada del vapor francés y la repentina salida del nuestro no ha podido menos de serme sensible ... a pesar de que procuraré explicar los motivos que han mediado para la salida de dicho buque...". ¡Es necesario que este u otro buque esté estacionado en Civitavecchia!, conmina el embajador a Madrid, aunque "al parecer no existe ningún riesgo probable", pero la experiencia y el ejemplo francés lo exigen perentoriamente (132).

Las demandas de Martínez de la Rosa en teoría serán diligentemente atendidas en Madrid pero la falta de coordinación entre los servicios de los ministerios de Estado, Guerra y Marina se encargarían de invalidarlo todo, dejando al pobre embajador en el volcán romano al borde del ridículo. Ya que mientras a fines de octubre éste porfiaba ante Pío IX de la segura disponibilidad de un buque español ante cualquier emergencia a pesar de la momentánea ausencia del Lepanto (133), se sucede una confusa contradanza de órdenes y disposiciones entre el ministerio de Marina y la Comandancia Naval de Barcelona que hacen perder un precioso tiempo, cuando no contribuyen a paralizar el rápido envío de alguna nave sustitutoria a los Estados Pontificios.

Dado que el Lepanto debía someterse en Barcelona a las requeridas reparaciones técnicas habiéndosele advertido al Comandante naval de que procediese "con toda actividad al reparo de sus citadas averías", no puede tacharse

de falta de previsión a las autoridades que el 1 de noviembre dispusieron que la fragata Cortés, "repostada de tres meses de víveres", sin esperar al arreglo de la nave anterior zarpara hacia Italia (134).

Todavía otra Real Orden del 4 de noviembre disponía que el Lepanto que se suponía ya reparado, regresase inmediatamente a Civitavecchia (135). Es evidente que si todas estas disposiciones se hubiesen cumplido, el puerto romano no se hubiese encontrado el 15 de noviembre, día de los graves tumultos romanos, huérfano de naves hispanas.

¿Quién pudo ser el responsable decisivo de tal paralización y sobre quién cargar la falta de diligencia en cubrir tan objetiva necesidad? De querer buscar responsables deberá apuntarse hacia las autoridades navales de Barcelona ya que éstas contra toda expectativa respetuosa de la probabilidad, en vez de dirigir a Italia el Lepanto apenas se efectuaron las reparaciones, su Comandante recibió la orden local de "conducir quintos y licenciados del ejército a Tarragona", de modo que la citada Real Orden ministerial del 4 de noviembre que le conminaba a volver a Italia le sorprendió cumpliendo el servicio antes citado.

Tercera Real Orden del 9 de noviembre, sensible sin duda a los clamores llegados desde Roma, reiteraban al Lepanto la salida para los Estados Romanos, pero también esta vez el aviso llegaba a contratiempo, ya que "estaba preparándose para salir en dirección de Valencia"; nuevas interpretaciones, dudas y dilaciones retrasan su salida definitiva para Italia hasta el 29 de noviembre (136). La aventura de la fuga pontificia había terminado ya para estas fechas sin protagonismo alguno de las naves hispanas.

Cuando en Roma el 18 de noviembre la lejana hipótesis de la fuga pontificia adquiriera brusca

verosimilitud hasta el punto de ser objeto de ceñida concertación en el Quirinal entre el entourage más íntimo del Papa y algunos miembros del Cuerpo Diplomático, Martínez de la Rosa vive seguramente la hora más amarga de su carrera diplomática al no poder garantizar al Papa en secreto otra cosa que la promesa de una muy próxima arribada de alguna nave española. "S. Santidad se ha mostrado tan satisfecho de mis ofrecimientos a nombre del gobierno de S. Majestad que no pudo contener las lágrimas" que tampoco parece estuvieran muy lejos de ser derramadas por el desesperado poeta al ver que "en una ocasión gravísima como ésta no exista en Civitavecchia el vapor que había enviado hace tiempo la previsión del gobierno de S. Majestad" para efectuar "un proyecto que sería tan honroso para la nación española" (137).

No pudiendo rendirse a la verdad de tan negra fatalidad, el embajador en vano se afana a lo largo de todo el día en emitir a Madrid por las pocas vías telegráficas disponibles aviso tras aviso con absoluta inutilidad (138).

NOTAS DEL CAPITULO SEGUNDO

2. 1. PREVISION HISPANA DE UNA CRISIS EN ROMA

- 1 Monti, *Pío IX*, 83, cit. por GHISALBERTI, *Intorno alla fuga di Pio IX* en *Archivio Storico Italiano*, XVIII (1970) 109.
- 2 Como prototipo de prensa católica de la época *El Católico* en las fechas de los acontecimientos.
- 3 GHISALBERTI, *Prodromi di una fuga*, *Giornale d'Italia*, 9/3/1948 (traducción nuestra); cit. por IDEM, *Intorno alla fuga di Pio IX*, 110, nota 2.
- 4 MARTINA, 296, citando a BIANCHI, *Storia documentata della diplomazia italiana*, V, 75-79 y 405-410.
- 5 GHISALBERTI, *Intorno alla fuga ...*, 111 (traducción nuestra); citando testimonios recogidos en dos obras clásicas: FARINI, *Lo Stato Romano dall'anno ...*, I, 339-345 y SPADA, *Storia della Rivoluzione di Roma ...*, II, 36-37.
- 6 "*Cum autem ea sit temporum conditio, ut metuendum quoque videatur, ne abduci Nos ex hac Alma Urbe per vim vel ad graviora mala vitanda hinc decedere, et subinde extra Roman mortem ibire contingat ...*", cit. por MARTINA, 229 y 296. El documento por estar destinado a permanecer secreto se encuentra en el Arch. Pío IX, Varia, nº. 2167. El texto establece las normas que deberían presidir el Cónclave en tales circunstancias: elección inmediata de sucesor; bastarían la mitad de los cardenales constituidos en sesión; ésta podría celebrarse fuera de Roma donde lo juzgara oportuno el decano del Colegio Cardenalicio; los sufragios deberían llegar a los dos tercios más uno.
- 7 MARTINA, 342.
- 8 LIEDEKERKE, 39, transcribiendo palabras oídas de boca de Pío IX en la audiencia del 25 de abril (traducción nuestra).
- 9 En el Cap. I resumíamos su expediente de servicios en delegaciones extranjeras. En los acontecimientos que historiamos tenía la ventaja de una mayor experiencia que el titular de la embajada por haber vivido día a día el segundo año del bienio reformista de Pío IX, pues conviene recordar que llegó a Roma el 16/6/1847 como primer Secretario de la legación y que tras la retirada de Joaquín Francisco Pacheco y mientras llegaba el nuevo nombrado Martínez de la Rosa, al estar encargado de asegurar la interinidad, fué nombrado Encargado de Negocios, AMAE: Exp. Pers. leg 120, nº. 5840.

- 10 Gonzalez de Arnao al Duque de Sotomayor, nº. 102, Roma 18/5/1848, AMAE: H-Política, S. Sede 2658 (Ap. Doc. nº. 20); DE CHAMBRUN, *Un projet de séjour en France du Pape Pie IX (1848)*, Revue d'Histoire Diplomatique, L (1936) 327, da como fecha del primer despacho del Encargado de negocios español planteando el tema el 14 de marzo; debe ser un error material aunque no fácilmente demostrable ya que DE CHAMBRUN no cita en su trabajo sus fuentes de información; GHISALBERTI, *Intorno alla fuga di Pio IX*, 11 comete el mismo error, sin duda por seguir al autor anterior.
- 11 Tras la ocupación de Roma por el ejército napoleónico en febrero de 1808, Pío VII ya para abril era un prisionero en su residencia del Quirinal. En 1909 tras agregar los Estados Pontificios al Imperio, el Papa fué hecho prisionero y trasladado a Savona, via Grenoble(!!!); en la ciudad portuaria ligur permaneció hasta junio de 1812 para pasar casi otros dos años más en Fontainebleau, LEFLON, *La crise révolutionnaire*, vol. 20 de FLICHE-MARTIN, *Histoire de l'Église*, 250-280.
- 12 Gonzalez de Arnao al Duque de Sotomayor, nº. 102, Roma 18/5/1848, AMAE: H-Política, S. Sede 2658 (Ap. Doc. 20).
- 13 Duque de Sotomayor a Gonzalez de Arnao, Madrid 3/6/1848, AMAE: H-Política, S. Sede 2658 (Ap. Doc. nº. 22).
- 14 Gonzalez de Arnao al Duque de Sotomayor, nº. 116, Roma 28/6/1848, AMAE: H-Política, S. Sede 2658 (Ap. Doc. nº. 25). Sobre la primera y única estancia de Pío IX en Mallorca, camino de Chile, LETURIA, *El viaje a América del futuro Pontífice Pío IX (1823-1825)*, Miscellanea Historiae Pontificiae, VII (Xenia Piana), 367-444.
- 15 Cfr, Cap. primero de este trabajo.
- 16 El Marqués de Molíns, ministro de Marina al marqués de Pidal, Madrid 15/12/1848, AMAE: H-Política, S. Sede 2660; en el *Anejo* se copia el extracto del expediente del ministerio de Marina sobre la misión encomendada al Lepanto.
- 17 Daniel Llagustera, cónsul en Civitavecchia al Duque de Sotomayor, Civitavecchia 15/8/1848, AMAE: H-Correspondencia, S. Sede 1733 (Ap. Doc. nº. 27).
- 18 RIVES, *La República romana de 1849*, 26.
- 19 Las órdenes de Martínez de la Rosa al Comandante del Lepanto según las transcribe aquél son: "le contesté (al Comandante) que lo tuviese todo corriente para poder hacerse a la mar al primer aviso que recibiese", Martínez de la Rosa a Pidal, nº. 4, Roma 24/8/1848, AMAE: H-Política, S. Sede 2659.
- 20 Los acontecimientos del verano del '48 en su conjunto en FARINI, II, 251-282, sobre todo 262-263 y 278-282; SPELLANZON, V, 114-180; MARTINA, 272-276; CANDELORO, III, 313-319. Siempre muy perspicaz en sus análisis el embajador holandés LIEDEKERKE, 70-106.

- 21 El relevo en el gobierno resultaba imposible por la poca disponibilidad de las personas como lo atestigua el mismo cualificado testigo: *"In mezzo alle tante angustie in cui trovasi il Santo Padre per le attuali circostanze, abbi pur quella di vedere che molti da esso chiamati a far parte del nuovo ministero da comporsi, vi si ricusino virilmente"*, Soglia a Fornari, nº. 6824/1, Roma 25/7/1848, ASV, AN París 71 (FATICA, I, 285); la misma impresión confirmada por Farini: *"La discordia del ministero col Papa, le brighe dei partiti, la universale infermità delle menti e turbazione delle coscienze ... avevano condotto la cosa pubblica in termine che a Roma era si chi faceva pel Papa e chi pel Mamiani, ma non era un vero partito di vero governo costituzionale del Papa"*, FARINI, II, 251.
- 22 Soglia a Fornari, nº. 6824/1 Roma 25/7/1848, ASV, AN París 71 (FATICA, I, 285).
- 23 Soglia a Fornari, nº. 6857/1 Roma 27/7/1848, ASV, AN París 71 (FATICA, I, 290). FARINI, II, 262-263.
- 24 Los acontecimientos de Ferrara en SPELLANZON, V, 92-114; FARINI, II, 263-272 y CANDELORO, 314-316. Los de Bolonia en notas posteriores.
- 25 Martina recoge la anécdota de que tras la derrota de Custoza, estando Pío IX despachando con el embajador toscano Bargagli, al incitarle éste en nombre de su gobierno a que formulara una protesta por los desmanes de los austriacos en la frontera septentrional de los Estados de la Iglesia, la atrevida sugerencia del embajador de por qué no se trasladaba a Bolonia a defender personalmente la causa italiana y la de sus propios estados lo dejó tan conmovido y dubitativo que éste le replicó que se lo pensaría. La Curia evidentemente le disuadió de lo contrario dado el riesgo de que acaso ya no pudiera retornar a Roma, MARTINA, 273.
- 26 *"La premier Légion de la Garde Nationale de Rome, comprise dans la capitulation de Vicence, est revenue ici il y a quelques jours, et cette Légion aurait remporté une victoire éclatante, qu'elle n'eût pas obtenu une entrée plus triomphale; les rues qu'elle devait traverser étaient pavoisées comme aux jours de grandes fêtes et le Sénateur de Rome s'était porté à sa rencontre jusqu'à une demi-lieu de la ville. Du reste, j'ai quelque raison de croire que ce retour, qui, au fond, n'était nullement nécessaire, a été astucieusement provoqué par le Chef du Ministère pour se faire un besoin un appui de ce corps"*, LIEDEKERKE, 82.
- 27 Gonzalez de Arnao a Pidal, nº. 135, Roma 4/8/1848, AMAE: H-Correspondencia, S. Sede 1733. Liedekerke traza de él un perfil muy matizado: *"Les vengeances politiques dont Rome avait pu heureusement, jusqu'ici, se garantir, viennent aussi d'y être inaugurées par deux assassinats successifs; le dernier a eu pour victime une digne ecclésiastique l'abbé Ximenès, rédacteur d'un journal écrit plutôt selon les idées du jour, mais trop ami de l'ordre pour approuver tous les actes arbitraires du parti du mouvement: cet ecclésiastique a été frappé a huit heures et demie du soir, dans une rue assez fréquentée et par une main si bien exercée qu'il est resté mort sur place"*, LIEDEKERKE, 82.

- 28 "...depuis le commencement de cette semaine, de singulièrement se compliquer, comme pour marquer d'un sceau fatal l'anniversaire de la prétendue grande conspiration du mois de Juillet 1847; à la suite de laquelle l'on a établi la Garde Nationale, crée pour veiller à la sûreté publique et dont toutefois les rangs n'ont jusqu'à présent guère fourni que les plus ardents promoteurs de désordres", LIEDEKERKE, 77.
- 29 La derrota de Custoza en la capital en un primer momento fué difundida en sentido contrario a la realidad, es decir, como victoria del rey Carlos Alberto con 5.000 hombres y 40 cañones aprehendidos a Radetzky; "La impudencia de los propaladores de estas noticias llegó a tal punto que a la noche después de haber recorrido varias calles hicieron tocar a media noche todas las campanas de las diferentes iglesias y conventos... Engañando al Santo Padre el ministerio obtuvo de S. Santidad el permiso para hacer cantar un "Te Deum" en una de las iglesias principales ... Las noticias llegadas al día siguiente vinieron a destruir todos estos preparativos e hicieron conocer la impostura de los revolucionarios", Gonzalez de Arnao a Pidal, nº. 135, Roma 4/8/1848, AMAB: H-Correspondencia, S. Sede 1733; también en SPELLANZON, V, 123ss.
- 30 El vacío de poder lo confesaba claramente el cardenal Soglia al Nuncio en Paris: "La forza del Governo attuale è sparita totalmente o per complicità o per debolezza, o per insipienza", Soglia a Fornari, nº. 6886/1, ASV AN Paris 71 (FATICA, I, 290).
- 31 Los rumores sobre una conjura podían adquirir una formulación muy concreta y precisa como ésta: "Voilà, je pense, ce qui peut s'appeler une situation anormale au premier degré: si encore elle n'était que cela, il n'aurait après tout pas lieu de trop s'en alarmer; mais c'est qu'en attendant les mauvaises passions s'agitent, posent leurs conditions au sujet de l'armement et soutenues par deux mille gardes nationaux en armes, déclaraient, à la manière des anciens prétoriens, que si l'on n'y satisfait pas à ces conditions, dans tous leurs points, ils pourront fort bien s'emparer de vive force du Quirinal, en enlever le Souverain Pontife et le conduire à Saint-Jean-de Latran (ancienne résidence pontificale) où on le laisserait exercer paisiblement ses fonctions d'évêque de Rome et du reste de la Chrétienté", LIEDEKERKE, 83.
- 32 FARINI, II, 252.
- 33 Sobre el gobierno de Fabbri: COLOMBO, Edoardo Fabbri prolegato a Pesaro e ministro di Pio IX nel 1848 en *Il 1848 nella storia italiana ed europea* (al cuidado de E. ROTTA) II, 903-953; dejó escritas sus memorias, FABBRI, *Sette anni e due mesi della mia vita*, (al cuidado de M. TROVANELLI).
- 34 Gonzalez de Arnao a Pidal, nº. 137, Roma 14/8/1848, AMAB: H-Correspondencia, S. Sede 1733.
- 35 Sobre los acontecimientos de Bolonia, SPELLANZON, V, 136-170; FARINI, II, 283-305; CANDELORO, III, 317-320. Sobre la limitada significación de la iniciativa de los diputados ante el embajador francés, Soglia a Fornari, s.n., Roma 8/8/1848; el rechazo por el gobierno de tal

- iniciativa del Consejo de los Diputados que ni siquiera pasó por la Cámara Alta o Alto Consejo y que por supuesto carecía de la "aquiescencia del Soberano", Soglia a Fornari, s.n., Roma 16/81848; ambas cartas en ASV, AN París (FATICA, II, 298 y 311 respectivamente). El representante español conoce también la existencia de una petición, o mejor, de un arreglo entre el Secretario de Estado y el embajador francés sobre la materia: *"aunque se trata de ocultar, sé de una manera segura que la intervención está arreglada; (...) Ancona y Civitavecchia deberán ser ocupadas por las tropas francesas y se asegura que una parte de las que desembarquen en Civitavecchia vendrán hasta Roma a fin de establecer el orden"*, Gonzalez de Arnao a Pidal, nº.137, Roma 14/8/1848, AMAE: H-Correspondencia, S. Sede 1733.
- 36 CANDELORO, III, 319.
- 37 En este episodio preferible lógicamente seguir la narración de Farini, actor-historiador de los hechos, FARINI, III, 287-202.
- 38 Una vez más en este mes de agosto el acoso parlamentario llegaba de Mamiani que lanzó la idea de crear una Comisión de diez miembros eminentes de la asamblea que reflexionaran acerca de las tareas del Estado que más pudieran contribuir a la salvación de Italia. Las propuestas de esta Comisión en Martínez de la Rosa a Pidal, nº. 9, Roma 28/8/1848, Anejo, AMAE: H-Correspondencia, S. Sede 1733; también en SPELLANZON, V, 179-180; MARTINA, 276.
- 39 Fornari a Soglia nº. 1279 reserv. 16/5/1848 y 1286 reserv. 25/5/1848, ASV, SdS 165 (1848-50) fasc. 39, ff. 113-116 y 128-130 respectivamente (FATICA, I, 176-180 y 191-194).
- 40 Carta de Pío IX al general Cavaignac, 14/8/1848 como Anejo a Soglia a Fornari s.n., Roma 14/8/1848, ASV, AN París (FATICA, I, 304-306). Antes de esta petición formal el cardenal Soglia ya había advertido al Nuncio de una conversación del Papa con el embajador francés en la que se aventuraba de forma hipotética el provecho que para la defensa del orden en Roma podría significar la presencia de unos 4.000 soldados, presencia que en ningún caso tendría carácter de intervención armada sino sólo de ayuda para conservar el orden y la tranquilidad, Soglia a Fornari, s.n., Roma 8/8/1848, ASV, AN París 71 (FATICA, I, 298). Las cifras anteriormente barajadas quedaban reducidas a 2 o 3.000 soldados; Soglia en el comentario al Nuncio sobre la petición insiste en que se cuide mucho la selección de los hombres: *"la milizia da inviarsi sia scelta, bi buone massime, prudente e soprattutto timoratadi Dio"*, IBIDEM. Por lo demás el Papa era consciente de la dificultad de la petición en el contexto de la política europea de Francia del momento; por eso aclaraba *"senza dare per parte nostra nessuna ragione o pretesto di accendere una guerra generale in Europa, la presenza, la disciplina e la riputazione di queste milizie crescerà la forza di quelli che noi abbiamo ..."*, Pío IX a Cavaignac, 14/8/1848 Anejo a Soglia a Fornari, s.n., 14/8/1848, ASV, AN París (FATICA, I, 304).
- 41 IBIDEM.
- 42 Respuesta del general Cavaignac a Pío IX, 1/9/1848, ASV, Arch Pío IX, Francia, Part. (1-100), nº.4 (FATICA, I, 331-332).

- 43 El Nuncio en París comenta con toda suerte de matices la actitud de los miembros del gobierno francés, Fornari a Soglia, nº. 1378, París 25/8/1848, ASV, SdS 165 (1848-50) fasc. 39, ff. 212-216 (FATICA, I, 320-325). Sobre la cambiante actitud del embajador D'Harcourt, Fornari a Soglia nº. 1379 y 1397, París 26/8/ y 18/9/1848 respectivamente (FATICA, I, 325-326 y 341-343).
- 44 En un estilo fundamentalmente sobrio como corresponde a la literatura cancilleresca de una Circular pero muy significativo por lo que el Secretario de Estado cree digno de ser subrayado: *"Non voglio tacere a V. S. illma e Rma, essere qualche settimana che si gode in Roma una soddisfacente tranquillità, a rasodare la quale il Santo Padre si è non poco adoperato con la ricostruzione di un nuovo ministero..."*, Soglia a Fornari nº. 8081/1, Roma 19/9/1848, ASV, AN París 71 (FATICA, I, 344-345).
- 45 MATURI, *Partiti e correnti d pensiero nel Risorgimento en Nuove questioni ...I*, 99-109; CURATO, *Il 1848 italiano ed europeo en IDEM*, I, 688. *"Del fallimento della guerra regia la maggior parte dei moderati trasse come conseguenza immediata una posizione attesistica ..."*, CANDELORO, III, 279.
- 46 El embajador en Roma y patriota veneciano Castellani, tras la derrota sarda, puede exclamar entre abatido y orgulloso: *"Roma è morta per l'Italia"*, ya no quedaba otro punto de referencia del heroísmo italiano que Venecia *"primo ed ultimo focolare della nostra libertà, baluardo supremo delle tradite speranze"*, cit. por CESSI, *Il mito di Pio IX*, 59.
- 47 *"Le patriotisme semble donc ici une lettre morte et se traduire seulement par de vaines clameurs; (...) impressionables comme le sont les hommes du midi, on les voit souvent sans aucun transition et sans se donner le temps d'interroger les événements ni d'en étudier les causes, passer d'une extrémité à l'autre. Ainsi il y a peu de jours encore, l'on épuisait ici tout le vocabulaire des éloges pour prodiguer ceux-ci au Roi Charles-Albert (...) et maintenant la capitulation de Milan l'on ne trouve pas des torts assez grands pour les attribuer à ce Prince, d'invectives assez violentes pour les lui adresser"*, LIEDEKERKE, 89 y 93. En el mismo sentido Gonzalez de Arnao a Pidal, nº. 137, Roma 14/8/1848, AMAE: H-Correspondencia 1733, S. Sede 1733.
- 48 Tratando de entender la conducta de los clérigos pero refiriéndose al Papa en particular tan desligado progresivamente de la causa italiana, añade el embajador holandés: *"C'est d'ailleurs qu'il faut chercher l'explication des contradictions que parfois l'on observe entre ses actes et son langage; c'est à une source devant laquelle je m'incline respectueusement, qu'il faut la demander: en un mot, à des scrupules de conscience, ayant leur origine dans l'exercice d'un double pouvoir, et qui ne trouvent pas des contrepoids dans un caractère ferme et un esprit familiarisé avec la pratique des grandes affaires"*, LIEDEKERKE, 91.
- 49 El moderado Minghetti en carta a su correligionario Pasolini al retorno del frente le confesaba a qué le recordaban los Estados Pontificios: *"quelle repubbliche dell'America meridionale di origine spagnuola, che*

si travagliano da trent'anni senza potersi riordinare", cit. por SPELLANZON, V, 176.

50 LIEDEKERKE, 91.

51 Castellani forja la frase más expresiva del pesimismo general: "*Ma sulle cose italiane, non si erra mai quando si pensa al peggio*"; y más tarde "*provano i fatti che Carlo Alberto, il Papa e il Borbone sono egualmente traditori*", cit. por CASSI, 57. En las calles romanas el clima es agresivo, "*... tous les journaux à l'exception de ceux du Gouvernement, semblent à cet égard répondre à la même impulsion, au même sentiment et pas plus tard qu'hier des distributeurs de pamphlets parcouraient les rues de cette résidence en les annonçant à haute voix sous le titre de "Trahison du Roi Charles-Albert"*", LIEDEKERKE, 93.

52 El nuevo embajador describe muy detalladamente los ritos protocolarios de su presentación: tras la primera entrevista con el Papa, la visita al cardenal Secretario de Estado; la prosternación ante la tumba de San Padre; visita al decano del sacro Colegio Cardenalicio cardenal Macchi; en fin, el *Te Deum* de acción de gracias en la Iglesia nacional española de Santa María de Montserrat, Martínez de la Rosa a Pidal, nº. 2, Roma 23/8/1848, AMAE: H-Correspondencia, S. Sede 1733 (Ap. Doc. nº. 28).

53 El día 7 de julio presentó sus credenciales el embajador francés D'Harcourt, Soglia a Fornari, s. s., Roma 8/7/1848, ASV, AN París 71 (FATICA, I, 272-273).

54 El discurso del embajador al aludir a la presencia de España de un representante pontificio y a los nuevos nombramientos episcopales proclama taxativamente: "*han llevado a los pueblos (de España) palabras de paz y de concordia y predicado con su ejemplo los sublimes preceptos del Evangelio*", en el Anejo de Martínez de la Rosa a Pidal, nº. 2, Roma 23/8/1848, AMAE: H-Correspondencia, S. Sede 1733 (Ap. Doc. nº. 28).

55 El hecho de que España y próximamente Bélgica acrediten junto al Papa un embajador es un apoyo moral para el Papa: "*par une exception qui doit flatter beaucoup le Saint-Siège au point de vue de son importance morale, on maintient près de lui des ambassades lorsqu'on les supprime à-peu-près partout*", LIEDEKERKE, 96. El embajador holandés no se muerde la lengua censurando a la Santa Sede por su rígido comportamiento en el caso español: "*La Saint-Siège, auquel son habilité, son tact et sa prudence ordinaires ont fait défaut dans cette grave question espagnole, et peut-être aussi bien des troubles intérieurs à ce noble pays, si l'acte posé tardivement aujourd'hui l'avait été au moment où le Gouvernement de la Reine Marie-Christine y représentait un principe d'ordre. Mais l'on ne jugeait alors de la situation de l'Espagne et de son avenir probable que par les agents officieux de Don Carlos entretenait ici; oubliant que c'est le propre des partis de mettre presque toujours leurs espérances à la place de la réalité*", IDEM 99.

56 SARRAILH, *Un homme d'état espagnol ...*, 307.

57 Martínez de la Rosa a Pidal, nº 3, Roma 23/8/1848, AMAE: H-Correspondencia, S. Sede 1733 (Ap. Doc. nº. 29).

- 58 ASV, Arch. Pío IX: Spagna, Sovrani, 4-5.
- 59 Martínez de la Rosa a Pidal nº. 4, Roma 24/8/1848, AMAE: H-Política, S. Sede 2659.
- 60 Brunelli a Ferretti, nº. 74, Madrid 3/11/1848, ASV, AN Madrid 311.
- 61 Obra fundamental para este capítulo de la vida del embajador español, VILLAROYA, *El sistema político español del Estatuto Real (1834-36)*, passim.
- 62 Martínez de la Rosa al Duque de Sotomayor y al Marqués de Pidal respectivamente, nº. 3 y 10, Roma 23 y 31/8/1848, AMAE: H-Correspondencia, S. Sede 1733. Se advierte que en esta fechas tiene lugar el cambio de titular del ministerio de Estado.
- 63 GHISALBERTI, *Roma da Mazzini a Pío IX*, 69.
- 64 DS, Congreso, 1/3/1848, nº. 74, 1512-1516. También SARRAILH, *Un Homme d'état espagnol ...*, 306 y SECO en *Estudio preliminar a Obras de F. Martínez de la Rosa V, I.*.
- 65 MARTINEZ DE LA ROSA, *Espíritu del siglo*, en *Obras Completas de ...*, V. VIII, 156.
- 66 Lectura crítica de cuáles son las intenciones a más largo plazo que dictan la conducta española en Gaeta, el interesantísimo despacho del embajador holandés, LIEDEKERKE, 145-149, que por su importancia lo incorporamos al Ap. Doc. nº. 64.
- 67 VALERA, *Notas biográficas y críticas*, en *Obras Completas*, II, 1255-58.
- 68 CONTE, *Recuerdos de un diplomático*, I, 365.
- 69 Martínez de la Rosa a Pidal, nº. 10, Roma 31/8/1848, AMAE: H-Correspondencia, S. Sede 1733 (Ap. Doc. nº. 30).
- 70 La interpretación que de la petición pontificia hace el embajador resulta un poco sospechosa, ya que no es obvio minimizar la urgencia e importancia de lo que se pide en el instante mismo de la demanda como no fuera con la intención de sondear la eventual disponibilidad de la otra parte. En este caso, la lectura del texto del embajador así parece sugerirlo; tras el primer contacto de Gonzalez de Arnao con Mons. Bedini las razones de aquél al prelado hicieron disuadir a éste, aunque Martínez de la Rosa en el despacho le dé otra interpretación, a saber, que "la mencionada gestión se había hecho con tibia voluntad y que tal vez se alegraba (el prelado) de los embarazos que se le oponían"; para más tarde en la entrevista del embajador con el cardenal Soglia quedar el asunto definitivamente aclarado: "Al querer hablar (le) respecto de la demanda del vapor, ni siquiera quiso escucharme, diciéndome que se hallaba muy convencido de las razones que militaban en contra", IBIDEM.
- 71 La carta de Isabel II a Pío IX del 31/8/1848 y la correspondiente respuesta en ASV, Arch. Pío IX: Spagna, Sovrani, 4-5.

- 72 Martínez de la Rosa a Pidal, nº. 10, Roma 31/8/1848, AMAE: H-Correspondencia, S. Sede 1733 (Ap. Doc. nº. 30).
- 73 Martínez de la Rosa a Pidal, nº. 4, Roma 24/8/1848, AMAE: H-Política, S. Sede 2659.
- 74 Marqués de Molins a Pidal, Madrid 7/9/1848, AMAE: H-Política, S. Sede 2660.
- 75 Cfr. nota 17.
- 76 Pidal a Martínez de la Rosa, Madrid 9/9/1848, AMAE: H-Política, S. Sede 2660. En realidad la nave ni siquiera se quedó en Livorno (Liorna en el texto castellano) sino que se volvió a Barcelona, Marqués de Molins a Pidal, Madrid 15/8/1848, AMAE: H-Política, S. Sede 2660 en el extracto del *Anejo*.
- 77 Martínez de la Rosa a Pidal, nº. 28, Roma 4/10/1848, AMAE: H-Política, S. Sede 2660; de todas formas el embajador dejaba bien claro lo poco que le convencían los razonamientos técnicos de la Marina al comentar la decisión de traslado del Lepanto a Livorno, alegando lo peligroso del puerto de Civitavecchia: "*Respecto a la seguridad del puerto de Civitavecchia, aunque tengo entendido que ofrece poco o ningún riesgo y más para los buques pequeños, no me reputo juez competente en la materia*", IBIDEM.
- 78 Las quejas del embajador en Martínez de la Rosa a Pidal, nº. 33, Roma 14/10/1848, H-Correspondencia, S. Sede 1733.
- 79 MARTINA, 276.
- 80 SPELLANZON, V, 182-196.
- 81 MARTINA, 277-278 y RADICE, *Pío IX e Antonio Rosmini*, 53-60.
- 82 Sobre la personalidad del Conde Rossi, trabajos más importantes, GIOVAGNOLI, *Pellegrino Rossi e la rivoluzione romana*, 3 vols.; MORI, *Il progetto di lega neoguelfa di P. Rossi*, *Rivista di studi politici internazionali*, 24 (1957) 602-618; bibliografía sistemática en BIBL. RIS., I, 214-218 según una distribución cuatripartita: 1. Singoli scritti; 2. Articoli non raccolti; 3. Lettere; 4. Bibliografia. Suficiente información bibliográfica para el caso, MARTINA, 276-277, nota 25.
- 83 Adquirirá notoriedad el juicio de Cavour sobre este asesinato: "*una delle più grandi sventure che sia toccata all'Italia...*", cit. por MARTINA, 280. Liedekerke una vez más capta en términos precisos los límites de la experiencia Rossi: "*assurément aucun de nous ne s'avisera de contester à Monsieur Rossi ses grands talents, la lucidité de ses vues, une instruction aussi variée que profonde; mais il n'a jamais que professé l'administration; reste donc à voir s'il déploiera la même habilité en la pratiquant. C'est ce qu'un avenir prochain ne tardera pas à nous apprendre*", LIEDEKERKE, 102.
- 84 LIEDEKERKE, 106-107.

- 85 Texto en FARINI, II, 326-331. Los comentarios del embajador español, Martínez de la Rosa a Pidal, nº. 21, 24 y 29, Roma 18 y 24/9 y 4/10/1848 respectivamente, AMAE, H-Correspondencia, S. Sede 1733.
- 86 Resumen de negociaciones de Liga Italiana SPELLANZON, V, 912-922; FARINI, II, 334-350; MARTINA, 282-286; IDEM, Pío IX e Leopoldo II, 110-116; CANDELORO, III, 293-296 y 321-322. La Curia no tenía de todas formas inconveniente en manifestar la decepción que le producían estas negociaciones. El cardenal Soglia se permite este desahogo con Martínez de la Rosa en palabras textuales recogidas por éste: "El Rey del Piamonte no hace más que clamorear guerra y Liga y no quiere ni guerra ni Liga. (...) Hablando de lo mismo me manifestó dicho cardenal que el gobierno piamontés quería que se principiase por fijarse el contingente de tropas y el subsidio pecuniario que hubiese de prestar cada uno de los estados confederados, lo cual debía ser lo último y asentarse antes las bases y el objeto de la liga; siendo lo más singular que el gobierno de Cerdeña que ha sido el que más obstáculos ha puesto a su conclusión quiere imputar a otros la culpa que no tiene", Martínez de la Rosa a Pidal, nº. 44, Roma 14/11/1848, AMAE: H-Correspondencia, S. Sede 1733.
- 87 SPELLANZON, V, 919; FARINI, II, 361-162.
- 88 Las acusaciones del periódico *Il Contemporaneo* dirigido por Sterbini en FARINI, II, 362-364; "Sus consejos dudosos fueron dirigidos a alejar su ánimo (del Soberano) de la confederación italiana para hacerle entrar en la Liga de Príncipes y ¿con qué Príncipes? ¡Con el Borbón! ¿Y con qué tratados se le quiere ligar? ¡Haciéndolo abandonar toda idea de ayudar la resurrección de nuestra independencia y la expulsión del extranjero! ¿Hay en el mundo un consejo más pérfido y más nocivo al Papado que éste? Los enemigos de Pío IX ¿de qué parte están? El pueblo los conoce y los ha condenado a la eterna infamia que acompaña a los traidores ...", resumidas en nuestro trabajo, GONI GALARRAGA, *La huida de Pío IX ...*, 19-20 y tomadas de Martínez de la Rosa a Pidal, nº. 46, Roma 18/11/1848, Anejos, AMAE: H-Política, S. Sede 2658.
- 89 El tono polémico del trabajo de Rossi está muy claro; por ejemplo, al afirmar que la primera tarea de las Cámaras tendría que ser contener a los extremistas, de quienes se expresaba así: "a aquellos que intenten reproducir entre nosotros un episodio que consumado en otra parte, no promete los mejores resultados; y quieren cumplir un pacto celebrado *"inter scyphos"* (traducción del latín: "a los brindis") en una ciudad vecina - sin duda Florencia - , los hechos darán la respuesta. (...) El mundo sabe muy bien que hay alabanzas que ofenden y vituperios que honran", Martínez de la Rosa a Pidal, nº. 46, Roma 18/11/1848, Anejo AMAE: H-Política, S. Sede 2658.
- 90 Sobre la muerte de Rossi además del detalladísimo despacho del embajador ya citado (Martínez de la Rosa a Pidal, nº. 46, 18/11/1848, AMAE: H-Política, S. Sede 2658 (Ap. Doc. nº. 32) y la bibliografía de la nota 82, véase LEONI, *L'uccisione di Pellegrino Rossi nelle relazioni dei diplomatici stranieri a Roma en Pío IX*, VII (1978) 255-283; MARTINA, 288-290.
- 91 Despacho del embajador español de la nota anterior.

- 92 Testimonios de escándalo y protesta de D'Harcourt y de Liedekerke citados por SPELLANZON, V, 944. Las palabras del testigo holandés: "*L'assassin, protégé par ses compagnons et l'indifférence du peuple, a pu tranquillement s'échapper!*", LIEDEKERKE, 114.
- 93 Martínez de la Rosa a Pidal en la narración ya citada en notas 90 y 91.
- 94 Martínez de la Rosa a Pidal, s. n. Roma 15/11/1848, AMAE: H-Política S. Sede 2658.
- 95 Martínez de la Rosa a Pidal, cfr. nota 90.
- 96 El bloqueo de esta situación sin salida originaba fuertes críticas en los observadores y analistas: "*Si el Príncipe en vez de abandonarse totalmente a la providencia, si los consejeros en vez de especular sobre política hubiesen dejado de lado en las horas nocturnas de aquel día toda clase de intempestivas discusiones, confiando uno en la buena fe del otro y empujando el timón del estado con el único y firme propósito de salvarlo de la revolución, quizás había todavía tiempo de una buena solución*", FARINI, II, 374 (traducción castellana nuestra, tomada de GOÑI GALARRAGA, *La huida de Pío IX ...*, 20.
- 97 SPELLANZON, V, 950-951.
- 98 Confesión de Pío IX a los embajadores durante los tumultos ante el Quirinal (tomado del relato de Martínez de la Rosa, cfr. nota 90)
- 99 LIEDEKERKE, 117-118; MARTINA, 291-292.
- 100 Martínez de la Rosa a Pidal, nota 90; resumido en nuestro trabajo GOÑI GALARRAGA, 21-33. En el elogiado esfuerzo de ofrecer nuevas fuentes de información sobre este importante episodio de historia italiana Spellanzon recoge la carta del español Gutierrez de Estrada dirigida al que fuera embajador austríaco en Roma Conde Lützov. El testimonio no tiene el valor de fuente primaria, es decir, habla de lo oído y no de lo visto y recoge algunos detalles con inexactitud, por ejemplo, deja entender que la reunión de los embajadores en el Quirinal la tarde del 16 de noviembre estaba concertada; el papel de Martínez de la Rosa en aquella tarde la desplaza de su contexto, SPELLANZON, V, 1030-1032.
- 101 Martínez de la Rosa a Pidal como en la nota 90.
- 102 Las críticas a la nobleza romana en Liedekerke donde cita la *boutade* lanzada por el representante belga al Príncipe romano Doria que se interesaba ante él de lo sucedido en el Quirinal: "*Demandez-moi plutôt ce que je n'y ai pas vu et ce sont des princes romaines*", LIEDEKERKE, 118-119.
- 103 IDEM a nota 90.
- 104 LIEDEKERKE, 118.
- 105 SPELLANZON, V, 951.

- 106 No faltan historiadores italianos que se esfuerzan en reivindicar los méritos de este político boloñés llamándole "*angelo salvatore*" del Papa: "*la condotta del Galletti può essere variamente giudicata ma non si può negare che egli in questo giorno abbia salvato il Papa e la Corte de peggiori violenze, forse da una strage*", GHISALBERTI, *Il ritorno di Giuseppe Galletti al Ministero (16 novembre 1848)*, RSdR (1930) 367-384.
- 107 "*El palacio estaba mudo, cerrado sobre sí mismo, insensible de hecho a las pasiones que empujaban a aquella multitud a la plaza*", SPELLANZON, V, 952 (trad. castellana nuestra).
- 108 MOLLAT, *La fuite de Pie IX à Gaète*, Revue d'Histoire écclesiastique, XXXV (1939), 270 citando al embajador francés D'Harcourt.
- 109 Nuestro embajador debe hacer sin duda un esfuerzo para contener su pluma al glosar: "*sin que ninguno de nosotros le contestase una palabra*"; discreción imperiosa en unos diplomáticos pero al mismo tiempo condenación demasiado patente a través de la elocuencia del silencio, Martínez de la Rosa a Pidal, idem a nota 90.
- 110 Cit. por MARTINA, 292.
- 111 SPELLANZON, V, 954.
- 112 Idem a nota 90.
- 113 Los despachos diplomáticos contra lo que pudiera suponerse, tampoco son los suficientemente neutros e imparciales en sus matices; contrástese por ejemplo la descripción anodina del embajador sardo Pareto (CANDELORO, III, 330) quien se permite censurar a Mons. Palma, víctima del fuego de la calle, de *imprudente* sin que nada se diga de la agresividad del motín; por el contrario, en la descripción de Martínez de la Rosa, al referirse a las víctimas de la plebe se minimiza el dato añadiendo: "*no parece que haya ninguna desgracia entre los sublevados, aludiendo meramente a dos o tres de cuya certeza se duda*"; la diferencia queda bien patente. Hablando de los suizos el ministro español muestra gran simpatía hacia ellos: apenas lanzaron algunos tiros - comenta - pusieron a la plebe en huida "*mostrando cuán fácil hubiera sido contener aquella turba ...*" (...) (pero) la propia defensa y el cumplimiento de un deber ... se calificó de crimen para inflamar el pueblo contra ellos", Martínez de la Rosa a Pidal, idem a nota 90.
- 114 SPELLANZON, V, 955
- 115 IBIDEM
- 116 Martínez de la Rosa a Pidal, idem a nota 90.
- 117 El comportamiento de cada representante exterior merece un calificativo propio en la pluma del dramaturgo español: D'Harcourt "*como cumplía a un caballero y al representante de una gran nación*"; el portugués Venda da Cruz "*completamente unido conmigo en estas circunstancias*"; el de Baviera, conde de Spaur con "*mucha decisión*" y el de Rusia "*aunque no*

fuese aquel Monarca de su misma comunión" igualmente solidario, Martínez de la Rosa a Pidal, idem a nota 90.

- 118 MARTINA, 293.
- 119 Así los historiadores italianos, SPELLANZON, V, 956 y MARTINA, 293.
- 120 Martínez de la Rosa a Pidal, idem a nota 90.
- 121 GHISALBERTI, *Intorno alla fuga ...*, 377-379, hasta tal punto la espera se hizo larga que el populacho se impacientó: "viendo que (Galletti) no volvía, vinieron unos nacionales a decir que el pueblo estaba impaciente y que si en el término de un cuarto de hora no había accedido S. Santidad a lo que se le había propuesto, se echarían abajo las puertas ...", Martínez de la Rosa a Pidal, idem a nota 90.
- 122 Rosmini recibió a las 9 y media de la noche la notificación de Galletti sobre su nombramiento. Este consultó al Papa y recibió del mismo una respuesta evasiva devolviéndole la pelota, es decir, dejando la decisión a su propia responsabilidad. Rosmini por lo mismo decidió no aceptar el cargo. He aquí las palabras de su escueto *Diario*: "Io mando tosto il segretario ... al Quirinale per domandare udienza dal Papa. Il Papa lo riceve e gli dice: Io bramerei veramente di avere nel Rosmini un antemurale, ma tenerci che egli si rimanesse achiacciato, ecc... Io allora verso le 10 ore di sera mi reco al Quirinale per dare la mia dimissione", ROSMINI, *Diario della carità en Scritti autobiografici inediti*, Vol. I, 393-394; también en RADICE, 65-69.
- 123 Intentando penetrar el pensamiento de Galletti: "chissà mai se quegli avrà compreso, che tal dilazione era uno stratagemma, nascondeva un tranello per cui la lotta sostenuta quel giorno dal popolo sceso in piazza era per riuscire onninamente vana", SPELLANZON, V, 956.
- 124 Martínez de la Rosa a Pidal, idem a nota 90.
- 125 LIEDEKERKE, 118.
- 126 "Ei fu costretto a piegare il collo men per il timore che per pietà del suo popolo. Ma fu leso il diritto e per la persona del Principe e fu conculcata la dignità del Pontefice (...), l'ottenere una riparazione è suo diritto e dovere (...). Comprenda che si possa bramare una rivoluzione ma non comprendo sia lecito e lodevole scannare un uomo ... non solo un ministro, ma un deputato del popolo, mentre si reca a dar conto di se stesso ... E quando penso a questi atti di barbarie e a questa mancanza di pubblica morale nella città, ch'è designata a centro dell'Italia, mi copro il volto di vergogna e prego che la giusta indignazione dei popoli civili non ci confunda col popolo romano", así se expresaba el representante en Roma de la República de Venecia, Castellani, CESSI, *Il mito di Pio IX*, 77-78.
- 127 "Io son fatto quasi prigionero. (...) Ho ceduto perchè il solo criterio che mi dirige in questi momenti è la necessità che sia risparmiata l'effusione del sangue fraterno. Ma in faccia al corpo diplomatico, perchè lo sappia l'Europa e il mondo, dichiaro ch'io non riconoscerò

mai verun atto del presente ministero, imposto dalla forza ...", cit. por GHISALBERTI, Intorno alla fuga ..., 119.

128 LIEDEKERKE, 115.

129 Martínez de la Rosa a Pidal, idem a nota 90.

130 IBIDEM

131 SPELLANZON, V 950-960 y MARTINA 294.

132 Martínez de la Rosa a Pidal, nº. 33, Roma 14/10/1848, AMAE: H-Correspondencia, S. Sede 1733.

133 En la entrevista del embajador con S. Santidad el día 24 se expresaba en estos términos: *"Dije a S. Santidad (que la razón) de no hallarse el vapor Lepanto en Civitavecchia (era) no hallarse bastante carbón de piedra de qué surtirse y que había dispuesto el Gobierno pasase con dicho objeto a Barcelona pero que volvería en breve, según se me había prevenido. La respuesta del Papa fue casi literalmente la siguiente: La estada de ese buque me inspira confianza; no se puede decir todavía que no haya necesidad de él pues aunque las circunstancias parezcan mejores, el partido republicano no cesa de trabajar y nadie sabe los sucesos que pueden ocurrir"*, Martínez de la Rosa a Pidal, nº. 38, Roma 24/10/1848, AMAE: H-Política, S. Sede 2660.

134 Pidal a Martínez de la Rosa, Madrid 1/11/1848, AMAE: H-Correspondencia, S. Sede 1733.

135 Marqués de Molíns a Pidal, Madrid 15/12/1848, AMAE: H-Política, S. Sede 2660 en el extracto del *Anejo*.

136 IBIDEM. La nave llegará a Gaeta el 2 de diciembre cuando ya se había perdido toda oportunidad de rendir un eminente e histórico servicio de traslado del Papa, Martínez de la Rosa a Pidal, nº. 2, Gaeta 2/12/1848, AMAE: H-Correspondencia, S. Sede 1733.

137 Martínez de la Rosa a Pidal, nº. 47, Roma 18/11/1848, AMAE: H-CORRESPONDENCIA, S. Sede 1733 (Ap. Doc. nº. 32).

138 Martínez de la Rosa a Pidal, nº. 48 y 49, Roma 18 y 21/11/1848, AMAE: H-Correspondencia, S. Sede 1733; otro telegrama sin número, el día 24, IBIDEM (Ap. Doc. nº. 33 y 35).

ESPAÑA Y LA HUIDA DEL PAPA

2. 2. LA HUIDA DE PÍO IX A GAETA COMO DUELO HISPANO-FRANCES

SUMARIO: Génesis de la decisión de la fuga (461) - Embozada rivalidad entre los embajadores (465) - Pío IX peregrino protegido por la pistola de Spaur (472) - En Nápoles y de incógnito a falta de naves salvadoras (475) - Aparente victoria de d'Harcourt sobre Martínez de la Rosa (477) - El Conde de Spaur corre a Nápoles (479) El Duque d'Harcourt marginado y desairado (480) Llega a Gaeta el rey Fernando II (483) - La rectificación único futuro posible (485) - Gaeta: sede provisional para una Curia reorganizada (489) - Fernando II anfitrión generoso pero interesado (492) - La isla de Malta coretques oferta británica (494) - Austria la gran ausente (495) La misión francesa de Mr. de Corcelles (496) - Continúa el cerco diplomático francés (501) - Obligada oferta de asilo del rey Carlos Alberto (503) - España; a falta de naves identidad de principios (504) - NOTAS (510).

El 24 de noviembre el actual sucesor de San Pedro en la silla romana, Giovanni Mastai-Ferretti, al tercer año de su reinado, abandonaba la Urbe huyendo a Gaeta, fortaleza militar costera del reino de Nápoles, situada a orillas del Tirreno a 150 kms. al sur de Roma en los confines del territorio pontificio. Pío IX mediante este aventurado gesto trataba de escapar del cerco en que le habían encerrado tanto la política incierta por él mismo hasta entonces practicada como la creciente audacia de los patriotas más radicales, dispuestos a forzar el proyecto unitario italiano con el Papa, sin el Papa y, si necesario fuere, contra él.

La fuga pontificia, desesperada en extremo por sus consecuencias, era sin duda un hecho político nuevo de primerísima importancia en el panorama italiano y europeo de fines de este crucial. Las pasionales interpretaciones de este acontecimiento habrán de revelar por de pronto la grave crisis política en la que se ve sumida la Monarquía papal, la más antigua de Europa y para Pío IX, el Papa liberal que tanta expectación había despertado en su bienio inicial, el reconocimiento de un fracaso personal en su tentativa de conciliar los dominios temporales de la Iglesia con las instituciones políticas del liberalismo.

La imagen del exilado de Gaeta suscitará de inmediato un increíble boomerang de gestiones político-diplomáticas y hasta militares en su auxilio; pero a medio plazo surgirá en Italia una dinámica de confrontación cuyas realidades más decisivas serán la ruptura del Papado con el proyecto del Risorgimento y en el resto de las naciones católicas la percepción de un giro involutivo global en la cúpula de la Iglesia en orden a la comprensión y diálogo con las nuevas realidades políticas, sociales y culturales del dinámico siglo XIX y ello a pesar de un inicio del reinado aperturista; en fin, la negativa consciente de la Iglesia a adaptarse a los valores del liberalismo, sistema político cada día más presente en los estados europeos, significará a la larga una hipoteca peligrosa para el catolicismo.

En Gaeta comienza la segunda fase del pontificado que ha durar casi treinta años, simbolizando con gran dignidad pero también con creciente rigidez la fidelidad a una causa (el dominio temporal de la Iglesia) perdida históricamente, lo que provocará como actitud general una condenación del curso de la historia, al menos tal como la definen y practican los poderes políticos de las grandes Potencias de la época, actitud defensiva que ha culminar en el documento del Syllabus de 1864.

Nada extraño que la huida a Gaeta, a pesar de su prototípica condición de historia événementielle, es decir, historiaa leve y efímera, haya generado una formidable masa documental (139). De la misma se preocupan las obras generales de historia intentando formular una valoración general del acontecimiento; escritos testimoniales de los propios protagonistas de la fuga; literatura hagiográfica y edificante de las vidas del infortunado Pío IX; relatos más neutros y puntuales de técnica cancelleresca, escritos por los legados extranjeros ante la Santa Sede, etc.

...

Panorama bibliográfico del acontecimiento ciertamente un poco caótico por su mismo exceso y a veces un tanto superfluo por el abusivo personalismo que querrían atribuirse ciertos protagonistas de la aventurada fuga. Felizmente en los últimos decenios se ha sentido la necesidad de poner cierto orden en tan frondoso bosque; los trabajos de Mollat (1939), Pirri (1949), Berra (1957) y Martina (1974) han contribuido a través de sucesivas correcciones y retoques a clarificar lo sucedido. Nosotros mismos en un trabajo publicado en 1975 quisimos contribuir a ello a partir de la exclusiva utilización de las fuentes diplomáticas españolas (140), hasta aquel momento apenas tenidas en cuenta y sin duda de primerísimo valor.

Génesis de la decisión de la fuga

No parecen demasiados ocho días para preparar los detalles técnicos de la furtiva huida de un Soberano desde la capital de su estado y desde su residencia oficial, esquivando el control de su propio gobierno desconocedor del plan y, lo que era más difícil, burlando el celo de la Guardia Cívica en torno a Palacio, guarnición de de vigilancia recién instalada sustituyendo a los fidelísimos suizos para tener mejor controlado al Soberano en su jaula de oro. La dificultad crece si la arriesgada operación de huida se realiza sin la cobertura oficial de un poder extranjero, ayudado únicamente por servidores de su confianza y sobre todo por los miembros más adictos y del Cuerpo Diplomático.

Así fué la huida de Pío IX de Roma, preparada y verificada en el corto espacio del día 17, jornada que sigue al tumulto ante el Quirinal ya descrito y la tarde del día 24, instante de abandono del Quirinal.

Todos los indicios apuntan a que sólo el día 17 comenzó a ser tomada en consideración la necesidad de la huida y a rodar la máquina preparatoria. La abundancia de noticias y la visión sectorial de sus copartícipes en uno u otro detalle de la decisiva semana confunden más que aclaran; es por ello que resulta tan difícil establecer una secuencia lineal y coherente de los hechos supliendo los importantes vacíos y los límites informativos del acontecimiento.

A nuestro juicio cabría establecer el siguiente iter cronológico: cuando la mañana del día 16 en la dura entrevista del Papa con los Presidentes de las dos Cámaras encuentre en éstos alguna resistencia, protestará exclamando: "Dejo todo y me voy" (141) y en la tarde del mismo día en los momentos de apogeo del pronunciamiento ante el Palacio, en dos ocasiones se confía al Cuerpo Diplomático en el mismo sentido, la primera vez hablando en términos genéricos a todos los miembros juntos y la segunda hablando en particular a Martínez de la Rosa: "mejor abandonar este sitio" (142). Bien es verdad que lo emotivo y espontáneo del carácter de Pío IX obligan a tomar estas expresiones con cierta precaución pero en cualquier caso mostraban una vertiente de las preocupaciones y de las excepcionales salidas que atormentaban al Papa en la difícil hora.

¡Qué más explicable que tales expresiones quedaran prendidas en el ánimo de los testigos que las oyeron y que tratándose de sus servidores más allegados y próximos la fuga fuera convirtiéndose en el leitmotiv obsesivo de aquellos días. Lo cierto es que en círculos eclesiásticos autorizados el día 17 se diera por tomada la decisión, extendiéndose indiscreta y peligrosamente su noticia. Rosmini hombre ajeno a la Curia aunque por aquellos días muy próximo a la misma, anota en el Diario del 17 como decidida la fuga (143). Algo de ello debían sospechar los diplomáticos contrarios a la idea si

nos atenemos a la conversación disuasoria del plan del embajador toscano Bargagli con el propio Soberano (144).

De lo que no hay duda es de que fué el día 18 cuando comenzaron a concertarse Palacio y los embajadores en la preparación de los detalles de la operación. Pío IX, todavía vacilante ya había dado carta blanca a sus hombres de mayor confianza, el mayordomo (scalco) secreto Filippini y el cardenal Antonelli cuya serenidad y frialdad ante el pánico general de la Curia lo convierten en el hombre de la situación, en el maestro impecable de la operación sobre todo en la concertación de los representantes extranjeros.

Por lo que respecta a los sentimientos e información sobre el proyecto de Martínez de la Rosa, los dos telegramas cifrados despachados ese día no dejan lugar a dudas sobre su proximidad al complot: "Me parece que se verifique el suceso que se previó y me ocupo ya en preparar los medios ...". Preocupado del retraso de la llegada de las naves prometidas y según sus cálculos en ruta hacia Italia, exclama: "Urge que venga uno y otro cuanto antes; continúa el mismo proyecto" (145).

Otro embajador de quien nos consta que para este día 18 se había puesto en contacto con Antonelli era el embajador de Baviera junto al Papa el Conde de Spaur (146), hombre valiente y decidido, el cómplice material más importante de la huida como compañero de viaje de Pío IX. Por sus conversaciones con el cardenal llegó a conocer el plan español de huida al paso que él ofrecía otro plan alternativo. Los preparativos con todo no bastaban. Según el testimonio de Spaur, pesaba todavía para llevar a cabo la empresa una dura hipoteca, la irresolución de Pío IX (147).

Pero un acontecimiento casual y sorprendente acaecido el día 19 (148) removió este último

obstáculo. El mayordomo pontificio Filippini ponía ese día en manos del Pío IX un envío del obispo francés de Valence (Drôme) Mons. Chatrousse fechado el 15 de octubre y consignado en Palacio no se sabe por qué retraso el 19 de noviembre, conteniendo la píxide utilizada por su predecesor Pío VII en 1799 en el destierro a Francia para portar consigo las especies eucarísticas (149). ¡Qué otro signo del cielo necesitaba el talante impresionable y proclive a las elevaciones místicas de Pío IX para descubrir el curso de la Providencia emparejando su suerte con la de otro Pontífice víctima de la Revolución!

Según el conde de Spaur el día 22 le comunicaba Antonelli la definitiva e irrevocable decisión de Pío IX de lanzarse a la aventura, anunciándole también con toda seguridad la aceptación de su plan en la medida que era el que más satisfacía también a Antonelli y que tenía la ventaja de que la iban a ejecutar personalmente los dos (150). En las próximas cuarenta y ocho horas todo debería estar ejecutado.

Dadas las dificultades técnicas a sortear y las implicaciones políticas que pudieran seguirse, las últimas horas se consagraron a perfeccionar ciertos detalles que ya se habían ensayado en las jornadas precedentes: acentuar las precauciones del secreto asegurándose de que nadie ni nada se sospechaba, multiplicando para ello ciertos movimientos para despistar a tanto importuno vigilante; en segundo lugar, incorporar de algún modo a alguna circunstancia o momento del engranaje de la fuga a todos y cada uno de los diplomáticos dispuestos o interesados en la operación.

La primera tarea de disimular los indicios dio frutos muy alentadores y resultó sorprendentemente fácil si se tienen en cuenta la cantidad de testimonios en el sentido de que la fuga no se produciría (151). El embajador de

Toscana Bargagli podía comunicar satisfecho a su gobierno el día 22 que la eventualidad de la huida había sido definitivamente descartada (152) y en la tarde de este mismo día el Soberano llamaba a despacho al hombre fuerte del gabinete Galletti para indagar sobre la veracidad de ciertos rumores que hablaban de nuevas manifestaciones populares. Dicha entrevista ¿movimiento calculado de Pío IX para asegurarse de que el proyecto de fuga era desconocido por el gobierno? (153). La sospecha no carece de fundamento.

Por lo demás, los preparativos técnicos seguían sus curso; Spaur se había encargado de solicitar los pasaportes de salida de Roma (el del Papa a nombre del Dr. Alertz) pretextando un viaje a Nápoles a concertar un matrimonio entre las reales casas napolitana y bávara (154). Filippani en la medida en que debía encargarse de sacar al Soberano de Palacio cuidaba los días previos de dejar su carruaje en el mismo lugar del patio y efectuar el recorrido de la fuga por el mismo trazado a fin de no levantar sospechas cuando fuese la ocasión definitiva (155).

Embozada rivalidad entre los embajadores

La concertación con los representantes extranjeros que debían tomar parte en la maniobra era tarea mucho más delicada. Dicha colaboración implicaba una mutua complicidad entre éstos en el sentido de facilitar y ayudar a Pío IX a abandonar la capital, pero el acuerdo terminaba ahí; dejar Roma, ¡sí! pero para ir ... ¿a dónde? La secreta respuesta de cada cual habría de estar dictada forzosamente por los intereses políticos de cada nación mucho más que por las preocupaciones íntimas del Papa, sobre todo, una vez que se hubiese puesto a éste fuera del alcance de los enemigos.

En el cómputo de los diversos planes de huida que hubieron de barajarse, algunos quedaron excluidos inmediatamente, tales como el traslado al Palacio Vaticano - el Papa residía a la sazón en el Quirinal - solución a todas luces superada (156), o el paso a alguna ciudad de los propios Estados de la Iglesia más segura, idea nacida de algunas reflexiones de Antonelli en diálogo con algunos políticos moderados, al manifestarse éstos indignados por el trato conferido al Soberano en los jornadas precedentes (157).

Habrían de rechazarse asimismo el retiro al monasterio de Montecassino (158) o el asilo en los enclaves pontificios de Benevento y Pontecorvo dentro del territorio napolitano, tenidos en consideración por la lógica de no abandono geográfica del propio suelo patrio. Pero todas estas hipótesis quedaron desechadas por la obsesiva voluntad de Pío IX de que el punto de destino de la fuga debía estar pensada hacia un lugar de la costa " a la orilla del mar antes que a los montes" (159).

Pero ¿a qué punto de la costa? En teoría existían tres hipotéticos destinos: Civitavecchia, salida la más lógica por ser el puerto marítimo más próximo del Estado, pero por su carácter de salida oficial con peligro de no poder garantizarse el incógnito; alguna otra orilla de la misma costa tirrena (Palo, Fiumicino, Porto d'Anzio, Terracina) que asegurara mejor este último extremo y, en fin, el territorio costero de Nápoles colindante con los Estados Pontificios en los puntos de Mola di Gaeta (la actual Formia) o la plaza militar de Gaeta, lugar ideal porque realizaba con mayores garantías de éxito la seguridad personal y el secreto.

Olvidémonos de las cálculos de navegación que en las miras de los protagonistas bien pronto quedaban supeditas a esta otra inquietante pregunta ¿de qué nación sería la nave que acogiese al Papa en el punto costero

convenido? ¿cuál sería su misión? ¿retenerlo en aguas internacionales para concertar allí algún acuerdo o transportarlo como precioso botín al punto de destino que el afortunado pabellón nacional de la nave decidiese, entiéndase, a su propio país?

Varios duelos políticos se suceden veladamente en las repetidas conversaciones de los embajadores con el cardenal Antonelli y con el mismo Pío IX. En la medida que en Civitavecchia la única nave presente en la circunstancia era una de Francia, ni el Conde Spaur, defensor de los intereses de Austria y decidido absolutista, ni Antonelli portavoz cada vez más firme de la resistencia a los liberales, podían aceptar la onerosa hipoteca de caer en manos de la República Francesa.

De este modo hasta el episodio de la huida adquiriría el carácter de duelo franco-austríaco, continuación del episodio del cónclave de 1846 que había llevado al solio pontificio a Mastai-Ferretti y eje fundamental de la tensión internacional en la Península italiana en 1848-49 (160).

A este duelo fundamental bastante diluido por la falta de representante del Imperio austríaco junto al Papa propiamente tal en este momento, le sucede otro duelo secundario pero implacable: la rivalidad franco-española en torno al derecho de embarque de Pío IX una vez que éste estuviera a salvo de la capital. En la medida en que los "derechos adquiridos" reclamados por España como primer país que había ofrecido asilo a Pío IX quedaban malogrados por la desgracia de la ausencia momentánea del Lepanto, Martínez de la Rosa no podía desear otra cosa que la ruta elegida para la fuga fuera la ruta de tierra hacia la frontera napolitana en vez de la de Civitavecchia, toda vez que así quedaba en pié al menos la esperanza de que las naves españolas llegaran a tiempo. Sencillamente, la ruta terrestre de momento era una

manera de ganar tiempo en beneficio hipotético posterior de España.

Este consenso antifrancés enhebrado por Antonelli y el Conde de Spaur necesitaba para su feliz realización el que no apareciese como tal ante el embajador francés d'Harcourt toda vez que la colaboración de éste en la trama era ineludiblemente necesaria (161). A sus objeciones sobre las ventajas de la ruta marítima podría responderse que la ruta terrestre napolitana era la elegida por el mismo Papa; que era el viaje más aceptable para el ejecutor material de la liberación del Papa de Roma el embajador bávaro y sobre todo que dicha solución en nada comprometía la eventual *change* francesa de acoger a Pío IX en el vapor *Ténare*, supuesto que la nave francesa estuviese a tiempo en la costa napolitana.

En tal ambiente de cálculos *pro domo sua* se amasó el complot, si tal puede llamarse a un esquema de acción muy elemental, cuyo diseño sólo estaba claro en la mente de Antonelli y que tuvo la habilidad de presentarlo a los colaboradores fragmentariamente en aquella parte del papel que a cada cual le cupiese en la farsa. Chambrum resume con perspicacia la situación: "Si algún acuerdo existía entre estos personajes acerca del primer refugio a donde debiera conducirse al Papa, el acuerdo terminaba ahí" (162). Pero en esa indeterminación residía el éxito de la fáctica colaboración de todos: sacar al papa de Roma y colocarlo provisionalmente en Nápoles, después ... ya se vería.

Decimos que el protagonismo de los conjurados fué sabiamente dosificado. D'Harcourt tendría el honrosísimo papel de fingir ser recibido por Pío IX en audiencia prolongando simuladamente la entrevista a fin de que el Papa, libre de cualquier vigilancia, utilizara dicho tiempo en disfrazarse y salir de Palacio acompañado de su mayordomo Filippini. El embajador francés tras dicha treta quedaba libre

para volar a Civitavecchia y embarcar en el Ténare rumbo a la costa napolitana. Spaur asumía el altísimo honor de asegurar la integridad física de Pío IX acompañándolo en la fuga en dos momentos difíciles: la salida de la Ciudad por la Via Appia (control policial en Porta San Giovanni) y el paso fronteriza en el confín napolitano.

El cardenal Antonelli quien parecía asumir en este reparto de roles un segundo plano, en realidad se reservaba con gran sagacidad el primero y el más trascendental de toda la aventura, a saber, su presencia junto al Papa en el momento del encuentro de todos los conjurados con la preciada presa del fugitivo en el confín romano-napolitano, para lo cual, sin temor a las eventualidades que en su ausencia pudieran suceder en Palacio decidió abandonar dicho lugar con veinticuatro horas de anticipación camino de Nápoles.

El embajador español un tanto postergado en los momentos finales en razón del fiasco del Lepanto tampoco se resignó a la inacción. Quedándose él mismo libre para viajar a Civitavecchia "por si daba la fortuna de hallar a la fragata Cortés o al vapor Lepanto, cuya pronta venida me anunció V. E. en cuyo caso hubiera partido inmediatamente en busca del pontífice ...", colocaba al Secretario de la embajada Gonzalez de Arnao en un punto estratégico de primer plano, al ser elegido como acompañante del cardenal Antonelli en la huida de este veinticuatro horas antes (163). Las instrucciones que éste recibiera del embajador eran apremiantes, según anota Martínez de la Rosa: "le encargué mucho pueda decidir el ánimo de S. Santidad a que se dirija a Mallorca" (164).

De este modo la presencia española en la trascendental aventura estaba muy bien asegurada ya que jugaba con dos bazas (embajador y secretario) colocados en dos lugares, en el punto inicial de la ruta marítima cuando

todavía se pensaba en ella (Civitavecchia) y otro en el punto de la primera y provisional meta terrestre (Mola di Gaeta o Gaeta), ventaja que ninguna otra representación tuvo. Lo curioso de esta calculada maraña de colaboraciones estriba en que cada representante extranjero se movía con la candorosa impresión de servirse de los demás en su propio provecho y de agotar por sí solo el protagonismo de la huida.

En el caso español, las ingenuas anotaciones de Gonzalez de Arnao autorizan a pensar así, al tiempo que ayudan a desvelar la intención última que anima al director de orquesta de toda la operación el cardenal Antonelli. El diálogo del español con éste, ambos en ruta hacia el territorio napolitano la tarde del día 23, tiene gran sabor: "Durante el viaje traté de averiguar los proyectos que se habían formado cuando llegase S. Santidad a reunirse con nosotros. El cardenal me dijo que el Santo Padre había preparado él mismo su fuga con el conde de Spaur; (...) me añadió que era el mismo plan que habíamos concertado anteriormente, cuando V. E. (Martinez de la Rosa) y yo debíamos ejecutarlo; pero que no había querido contrariar lo proyectado por S. Santidad no sólo por la gran responsabilidad que en ello hubiera, sino también porque siendo la intención de S. Santidad embarcarse inmediatamente a bordo del buque español e ir a Mallorca, no había querido que todo el compromiso recayese sobre España sola y antes bien interesar en la resolución y fuga a los representantes de otras potencias" (165).

Estas palabras de Antonelli ponen a la luz del día toda su estrategia: halagar el amor propio nacional y los intereses políticos de cada protagonista dando por supuesto que la preciada presa sería suya, pudiéndose quizás cumplir el designio acariciado de trasladarlo bien a Francia bien a España o a Nápoles; además el cardenal magnifica la necesidad de la ayuda de todos para mejor internacionalizar la

defensa del Papa y la responsabilidad de la huida: "interesar en la resolución y fuga a los representantes de otras potencias".

La evidencia de este clima aparece certificado por la danza de falsos secretos y pretendidos silencios que durante los días preparatorios inundan a las embajadas: d'Harcourt al dejar Roma nada definitivo y claro comunica ni siquiera al secretario de su legación Mr. Forbin Janson (166); Martínez de la Rosa sólo había comunicados sus designios de traslado a Civitavecchia al embajador portugués (167); el embajador español sólo en Civitavecchia se apercibe con irreprimible disgusto que d'Harcourt le ha precedido en la arribada a dicho puerto (168); el Conde Spaur sólo en Mola di Gaeta se entera de que se está allí a la espera de una nave española (169) - implacable Antonelli infiel y distante hasta con el arrojado bávaro - y, en fin, en Gaeta d'Harcourt queda de piedra al ver allí al Secretario de la embajada española, mostrando, al decir de éste, disgusto "de que estuviera en el secreto" (170).

Por una vez, el embajador holandés Liedekerke comentando los hechos después de sucedidos se nos muestra muy ingenuo al anotar que le sorprende mucho la descortesía del Decano del Cuerpo Diplomático, a la sazón el Duque d'Harcourt, al tomar parte en una operación de espaldas al resto de los colegas que no estaban en el secreto de la huida (171). El caso límite de la huida rompía las reglas y maneras más consagradas de la tradicional y prestigiosa corporación.

Si en el corto plazo de una semana se había podido organizar una fuga, en el instante preciso de ejecutarla el nerviosismo y la responsabilidad atenazaban a todos, obligándoles a una solidaridad necesaria, sobre todo, porque la partida no tenía destino fijado. Gaeta era uno de

los posibles puntos, pero si en el horizonte aparecían naves francesas o españolas, sería difícil sustraerse a la invitación de embarcarse en ellas. Tanto en Pío IX como en el cardenal este aspecto incierto del inmediato futuro pesaba más que las peripecias que pudieran ocurrir en la huida, incluido el infortunio de un segundo Varennes (172).

Pío IX peregrino

protegido por la pistola de Spaur

El mecanismo montado para la huida funcionó. Los contratiempos acaecidos no tuvieron otra función que la de alimentar la emoción de las versiones hagiográficas posteriores siempre sedientas de detalles rocambolescos y fantásticos. El Duque d'Harcourt salía de la legación francesa a las cinco de la tarde del viernes 24 de noviembre, festividad de San Juan de la Cruz, camino del Quirinal a la falsa audiencia pontificia. Apenas se introduce en la Cámara papal, Pío IX, tras bendecir al embajador, se retira a disfrazarse convenientemente. El Papa optó por el traje negro de eclesiástico ordinario, una capa corta, un sombrero redondo y bajo, un pañuelo gris anudado al cuello y "baffi perfino e barbe finte" (hasta bigotes y barba postiza) (173). El Conde de Spaur que pronto habría de encontrarlo lo recuerda así: "vestido de sacerdote, con gafas, llevando sobre su pecho el sacramento eucarístico" (174), un par de envoltorios bajo la capa con los documentos pontificios más secretos, el sello del Pontificado, el breviario, etc ... (175).

La furtiva salida del Quirinal se hizo sin mayores percances; los mínimos para adobar la posterior novelada descripción (encuentro fortuito con la Guardia Cívica en lugar impensado, llaves que no abren, ...). Traspasada la última Guardia, el fiel acompañante Filippani pudo por fin

emitir desde la carroza el grito ritual del cochero "¡A casa!. Para el trayecto por las calles de la ciudad se había elegido una ruta que borrara posibles sospechas. A través de Via Labicana se llegó ante la iglesia de Santi Pietro e Marcellino de la que casualmente el Papa Mastai había sido cardenal titular.

Allí le esperaba, un tanto angustiado por el retraso, el embajador bávaro a cuya carroza subió inmediatamente el camuflado clérigo. "¡No sabría describir qué sentimientos inundaban mi corazón! Con la izquierda ayudaba al Papa a penetrar en la carroza, con la derecha sostenía una pistola" (176). Acompañado de un criado y con los pasaportes en regla pudo pasar sin problemas Porta San Giovanni enfilando ruta hacia Albano. "El Papa me dió su bendición y rezó en alta voz" (177).

Llegados a las puertas de Albano los ilustres fugitivos debían conectar con la familia Spaur huída de Roma muy de mañana de aquel mismo día. Spaur envió a su criado Federico Horn al albergue prefijado con la Sra. Spaur, nacida Teresa Giraud, viuda de Dodwell, quien también se mostraba nerviosa por la tardanza acumulada en la ruta. En el cruce de la salida hacia Ariccia se encontraron ambos carruajes con la incómoda presencia de unos carabinieri a quienes pudo ocultarse el secreto fundamental de la comitiva. Aquí, se verificó el cambio de usuarios de la carroza; Pío IX se acomodó en la más hermosa; "He aquí la colocación ...: la primera a la derecha estaba la condesa, a la izquierda el Santo Padre, junto a él, el ayo, junto a éste el hijo del Conde y en frente de la condesa su criada; en el asiento trasero, el Conde con su criado, ambos siempre con las pistolas cargadas en mano" (178).

Bien comprensible que la emoción mezclada al embarazo retuviese el ánimo de los ocupantes de la

diligencia hasta que Pío IX rompiese el hielo con palabras de paternal familiaridad. Tuvo para todos palabras de serenidad y de aliento; les advirtió que llevaba consigo el Santísimo Sacramento e invitó al ayo P. Liebl a que le acompañara en el clásico rezo de los clérigos en semejante circunstancia Itinerarium.

Cambio de caballos en Gensano; unas bobaliconas cabezadas, todos rendidos por el sueño y a las cinco de la mañana llegaban a Terracina para media hora después tocar el confín del reino napolitano. Traspuesto el umbral del propio Estado, el Papa entonó el Te Deum prosiguiendo con las primeras luces del día el rezo del Breviario con el citado clérigo. A las nueve de la mañana divisaban Fondi y a eso de las diez tenían pensado reposar en el punto convenido del encuentro con el cardenal Antonelli en Mola di Gaeta (Formia) (179).

Aproximadamente un kilómetro antes de dicha parada, la comitiva topó efectivamente con el cardenal Antonelli y su acompañante Gonzalez de Arnao quienes con emoción contenida esperaban desde las siete de la mañana a la vera del camino la llegada de los fugitivos. La condesa de Spaur confesará más tarde no haber podido reconocer al cardenal tras sus disfraces de hombre laico con una enorme corbata roja en el cuello (180). Todos se dirigieron a la humilde y única posada Cicerone donde desde la víspera "teníamos preparada la habitación para S. Santidad" (181). Al poco de llegar y antes de la comida, Pío IX, a pesar de la tensión y del cansancio que embargaba a todos, invitó a las tres personalidades, cardenal, embajador bávaro y secretario español a una reunión para estudiar el inmediato plan de actuación.

En Nápoles y de incógnito
a falta de naves salvadoras

Algunos han calificado esta improvisada reunión de "consejo de guerra" y en verdad algo de esto fué en el sentido que dentro de "une finesse plutôt italienne que tudesque" (182), se iba a ventilar la decisión de la permanencia del Papa en el reino de Nápoles con las derivaciones políticas y el manifiesto descontento de los sectores liberales tanto italianos como europeos.

Se había logrado escapar de las manos de los enemigos del interior pero todo el resto de problemas esperaban respuesta. ¿Qué era lo procedente? ¿Esperar acontecimientos o actuar inmediatamente? Ni los barcos españoles o franceses aparecían en el horizonte....; en Mola di Gaeta había más de uno interesado en que ni siquiera apareciesen. Pero ¿cómo podían aparecer tan rápidamente si justamente por aquellas mismas horas zarpaba d'Harcourt de Civitavecchia rumbo a Gaeta y Martínez de la Rosa todavía no había llegado al citado puerto romano? ¡Pobre e ingenuo González de Arnao! Fiel ejecutor de las órdenes de su superior, su primera preocupación reside en que apenas se aviste algún barco en el horizonte, el Papa embarque "inmediatamente por no comprometer con su presencia al rey de Nápoles y evitar que pudiesen atribuir la venida de S. Santidad a un concierto anterior" (183).

Por una y única vez, el representante español juega la carta antinapolitana con expresiones dignas de un representante francés. Claro que lo que motiva su oposición es la secreta esperanza de que si la milagrosa nave atisbada en el azul mediterráneo fuera española, Pío IX acabaría por embarcar rumbo a Mallorca. En Mola di Gaeta a las primeras horas del día 25 mientras esperaban al más ilustre de

los fugados, el cardenal y su acompañante "volvimos a examinar los parajes de la costa donde podría embarcarse sin ser visto de nadie; conviniendo en que apenas llegado el buque, iría yo a bordo y volvería con la lancha del buque a buscar a S. Santidad y al cardenal, guardando el secreto hasta que no estuviese embarcado el Santo Padre" (184).

En verdad que esta relación pormenorizada de Gonzalez de Arnao incita a una doble lectura; una, un tanto compasiva para con su persona, confrontada a la picardía de Antonelli interesado éste en amansar el celo de su acompañante alimentando en él falsas expectativas. Pero no convendría olvidar otra lectura menos maliciosa en función de la común ansiedad que envuelve a las cuatro personalidades parlamentando en la posada de Mola di Gaeta mientras con ojos ansiosos dirigidos al mar otean el horizonte en espera de una nave salvadora. En abono de tal estado de ánimo están las anotaciones del español; el Papa apenas entró en la humilde posada "cogiéndome de la mano, me preguntó en español si había llegado nuestra fragata a lo cual tuve que responder por desgracia que no sabía dónde se hallaba" (185).

La inoperancia del plan español habiendo llegado a su palpable término poco valían las objeciones antinapolitanas de Gonzalez de Arnao por discretas que fueren. Como tampoco llegaba la nave francesa con d'Harcourt nadie podría censurarles de antifranceses por el hecho de adoptar alguna resolución que no fuera cruzarse de brazos. En la reunión de la posada surgió obviamente la idea de enviar un mensaje de saludo al rey de Nápoles; supuesto que Pío IX se había atrevido a pisar suelo extranjero sin previa autorización del titular era obligada la cortesía de una comunicación inmediata ¿Quién no intuía en dicha resolución una maniobra para protegerse de Francia si sus naves llegaran? En efecto, si el Ténare aparecía bastaría explicar a los franceses que toda resolución de incorporarse el Papa a su

nave quedaba supeditada a la reacción de Fernando II a la misiva pontificia de saludo (186).

**Aparente victoria de
d'Harcourt sobre Martinez de la Rosa**

Aunque para el Duque d'Harcourt no era difícil suponer que en el término de su ruta encontraría dificultades para lograr su propósito de traslado del Papa a Francia, cuando a las diez horas del día 25 zarpa de Civitavecchia hacia el Sur al encuentro del Papa no podía sospechar que le iba tocar hacer frente a un *entourage* pontificio resueltamente antifrancés. Tan convencido estaba de sus posibilidades de éxito que antes de partir del citado puerto ordenó al vice-consul de la plaza comunicara a París la huida de Pío IX de Roma y el inmediato traslado de éste a Francia (187); comunicación sin ninguna cláusula restrictiva o hipotética, en la seguridad de que habiendo llegado él al puerto romano antes que Martinez de la Rosa y no habiendo en dicha dársena nave española alguna que pudiera disputarle la carrera hacia la costa napolitana, ni el Conde de Spaur ni el cardenal Antonelli serían bastantes para neutralizar sus dotes persuasivas ejercidas sobre el Pío IX (188).

Mientras el presunto vencedor del complot diplomático - en realidad futuro vencido - paladeaba en su ruta hacia Gaeta las mieles del triunfo, a su contrincante español le tocaba vivir una de las experiencias más amargas de su vida. A pesar de haber recibido un aviso de su fiel secretario Gonzalez de Arnao - antes de que éste partiera con Antonelli - en el sentido de que todo se precipitaba y urgía el viaje, el embajador con bastante parsimonia, si bien adelantó sus planes en algunas horas, dejó correr el día 24 saliendo hacia Civitavecchia al ocaso de este día y llegando

al puerto en la mañana del 25 más tarde que el embajador francés e incluso el portugués.

¡Ojalá hubiese llegado más tarde ya que de todos modos las naves españolas no acababan de retornar de España y en contrapartida lo que le tocó divisar fué la humillante escena de la estela del vapor francés Ténare que llevaba a bordo a su contrincante político más peligroso el embajador rumbo a Levante, como le pudo informar el consul español de la plaza Sr. Prat!

Conociendo los entresijos de la trama bien pronto comprendió el español que d'Harcourt volaba hacia Mola di Gaeta, lugar concertado para la arribada de la nave española, para allí sustituir al ausente Lepanto y enarbolar en triunfo al Papa fugitivo bajo la protección de pabellón francés. Amargas en verdad las reflexiones de nuestro romántico dramaturgo: "Todo se ha malogrado por la falta de dichos buques, hallándome (...) sin poder salir de aquí, sin medios de comunicación y viendo perdido en un momento el fruto de largos afanes".

Las consecuencias políticas que pudieran derivarse con un Papa en manos de la República que simbolizaba los ideales revolucionarios afloran inmediatamente en la pluma de nuestro político moderado: "Es probable que S. Santidad viéndose sólo y apremiado por las circunstancias se decidiera a implorar el auxilio del embajador de Francia, quien ha aprovechado una ocasión que sin saber cómo se le ha venido a las manos" (189). En realidad, los hechos no sucedieron exactamente de este modo pero lo cierto es que la motivación fundamental que presidía toda esta operación de la diplomacia española y la de otras naciones quedaba comprometida: "si se hubiera realizado el plan (español) habría redundado mucha gloria al gobierno español, acrecentando a los ojos del mundo su influjo e importancia" (190).

El Conde de Spaur
corre a Nápoles

Mientras tanto, en la reunión de Mola di Gaeta nacía la resolución de enviar a la capital partenopea un emisario extraordinario elegido entre los allí presentes con una carta de Pío IX al rey Fernando II. Gonzalez de Arnao nos cuenta que el cardenal Antonelli le ofreció a él la honrosa misión de llevarla pero que él prefirió reservarse por si daban en llegar las naves españolas. La disponibilidad sin medida del osado bávaro Conde de Spaur, protagonista infatigable de estas jornadas, despreciando el impedimento que suponía su cansancio con una noche en blanco sobre sus espaldas, aceptó cumplir dicha misión. A las dos de la tarde, tras una frugal comida, partía hacia Nápoles como portador de la carta pontificia utilizando el pasaporte y el carruaje de Gonzalez de Arnao (191).

Hacia las diez y media de la noche llamaba en la puerta de la legación del Nuncio Apostólico, exigiendo de Mons. Garibaldi, perplejo y renuente a la desmedida petición pues desconocía su motivación fundamental, solicitara inmediatamente una audiencia al Rey. Fernando II casi a media noche leía sobresaltado la carta autógrafa de Pío IX y "presa de una excitación típicamente meridional" (Martina), en la que además del cálculo político sería poco justo no reconocer un sentimiento de generosidad y de piedad para con el ilustre peregrino perseguido verdaderamente regio, adoptó una actitud "digna de un Rey" (192) y de un Rey Borbón eminentemente católico.

Inmediatamente tomó las disposiciones necesarias para que a las primeras luces del día partiera para Gaeta la Familia Real (matrimonio real y príncipes) con una mínima e improvisada estructura de signos externos de boato

regio como era obligado ofrecer al Sumo Pontífice para lo que él creyera conveniente (ayudantes de campo, dos regimientos y un batallón de la Guardia Real) sin olvidar además la ropa y los utensilios y menaje más imprescindibles con el fin de hacer menos ingrata y más acorde con la dignidad del inesperado huésped su estancia en la modesta plaza militar. Las dos naves de vapor Tancredo y Roberto partían de Nápoles a las ocho de la mañana; el conde de Spaur, invitado por el Monarca a sumarse a la comitiva, acompañaba a la Familia Real. (193).

El Duque d'Harcourt marginado y desairado

En la madrugada del mismo día 26 había llegado asimismo a Gaeta a bordo del Ténare d'Harcourt. La presencia del Papa en la plaza todavía era desconocida para el Comandante militar de la plaza aunque para lograr tal objetivo los acompañantes de Pío IX se hubieran visto obligados a improvisar en el interrogatorio preceptivo al que se prestaron Antonelli y Gonzalez de Arnao (el Papa se ocultó en una habitación) ante el Juez Real que se les presentó en la miserable posada, diversas tretas más o menos ingeniosas, algunas resueltas con éxito, otras no tanto, aunque siempre sin haber conseguido borrar las sospechas de los responsables de la vigilancia de que "ocultábamos algún misterio".

Esta cerrada vigilancia ejercida sobre tan extraños visitantes así como el propósito firme de éstos de no revelar nada de lo fundamental hasta que el Conde de Spaur retornase de Nápoles, impulsó al cardenal Antonelli a pedir al Papa un sacrificio desde el punto de vista espiritual muy costoso para él, como era resignarse a no asistir el domingo 26 a la Misa dominical obligatoria también para un Papa;

"costó mucho trabajo decidir a S. Santidad, pero a los ruegos de todos se conformó con lo que se le pedía" (194).

El incógnito no podría de todas formas prolongarse por mucho tiempo dado que d'Harcourt acompañado del Comandante de la nave francesa se presentó muy de mañana en la Comandancia de la plaza preguntando por el paradero del Papa. La sorpresa de las autoridades locales ante tal pregunta les incitó a requerir una nueva declaración de los sospechosos personajes de la víspera; Gonzalez de Arnao se trasladó a la Comandancia a cumplir dicho trámite y he aquí que se encontró frente por frente con d'Harcourt viéndose obligado a desvelar su personalidad. Momento delicado no tanto por lo que se refería a las autoridades militares del lugar cuando por el mutuo encuentro no esperado ni deseado de ambos diplomáticos, imagen misma del duelo franco-español en el que se libraban embozadamente desde hacía días. D'Harcourt - anota el español con suma atención y bastante malignidad - "hasta mostró algún disgusto al hallarme allí; manifestando extrañeza de que estuviese en el secreto" (195), en una reacción típica de jerarquismo funcional.

El que estaba en el meollo del secreto era el español funcionario de menor rango. Gonzalez de Arnao en un instantáneo aparte y queriendo hacer un supremo esfuerzo para mantener oculta ante las autoridades la noticia principal, cuchicheó al francés la verdad: el Papa estaba en Gaeta, pero precautoriamente - ¿por temor a Francia? - ¡no le reveló el lugar! El francés inmediatamente replicó que ¡dónde mejor y más secretamente podía estar guardado que en la nave francesa! a lo que el español le respondió que nada habría de cambiar de esta situación hasta que retornase el Conde de Spaur de Nápoles. Asistimos a una cerrada lucha contra el reloj ¿Podrá d'Harcourt hacerse con el botín antes de la llegada a la plaza del rey napolitano?

No conservamos otro testimonio apto que el de Gonzalez de Arnao para responder a esta pregunta; en nuestra opinión, el tenor de la reconstrucción del español resulta bastante ingenuo y por ello debe ser utilizado con tiento. El hecho es que éste, de vuelta a la posada, relató a Pío IX y al cardenal todo lo sucedido. De pronto surge lo que podía temerse: ¡el Papa parece dispuesto a trasladarse inmediatamente al Ténare! El español se interpone: - ¿Y si llegase la nave española? ¿Cómo pasar de la francesa a la nuestra?. No nos decidimos a aceptar la versión del celoso secretario en todos sus pormenores, aunque él tenga la pretensión de ahuyentar nuestro escepticismo advirtiéndonos que "me apoyó el cardenal con mucho vigor"; con todo el episodio en bruto sería válido como un ejemplo más de la rivalidad franco-española.

Temeroso sin duda Antonelli de que el ánimo del Papa flaqueara en una solitaria entrevista con el embajador francés, pretextando el interés que éste había manifestado por saludarle, se decidió a ir él mismo en persona a parlamentar con el embajador francés. El español, siempre de escudero del cardenal, habiendo manifestado a éste sus temores de que se claudicase ante Francia: "me dijo que no consentiría nunca que el Santo Padre fuese ni a Malta ni a Francia; que a lo más, en el último caso, si no llegaba el buque español, pediría al embajador que condujese al Papa a Mallorca" (196). Increíble chauvinismo del ingenuo español y palabras a todas luces inventadas las que se ponen en boca del frío y distante cardenal! Este a lo más que habría podido llegar sería a preferir España a Francia por proximidad ideológica y más obsequiosa a secundar los criterios de la Santa Sede pero nunca a solicitar de Francia que trasladase al Papa a España. Si el nombre de España debía ser mentado lo sería simplemente para ganar tiempo.

El mal humor de d'Harcourt en lo referente a la eventual permanencia del Papa en el reino napolitano - también recogido por el español - nos parece más verosímil. Este lo traduce en expresiones que contienen claras y arrogantes amenazas de Francia: "il ne doit pas rester ici un instant, et si le Roi de Naples ne veut pas nous le rendre, nous avons la flotte et l'Amiral Baudin, avec laquelle, je suis sûr que le Roi ne voudra pas avoir à faire" (197), habría replicado en malos modos d'Harcourt al cardenal Antonelli. La amenaza francesa se convertía en ridícula boutade a partir de la llegada inminente del rey de Nápoles.

Llega a Gaeta
el rey Fernando II

Estando dando cuenta Antonelli a Pío IX del difícil encuentro con el embajador francés y mientras aquél se lamentaba ante Gonzalez de Arnao de la no arribada de buques españoles, el Comandante de la plaza les anunciaba que a 19 o 20 millas procedentes de Nápoles se divisaban dos buques; era la comitiva regia. La carta pontificia llevada por Spaur recibía una respuesta muy superior a las formalidades protocolarias al uso, puesto que se traducía por la presencia física de los mismos reyes a rendirse ante el Papa. El monarca de las Dos Sicilias con fino instinto político se colocaba en la primera línea de la escena europea como anfitrión del Papa en huida, cortando el paso a Francia y España. Era la primera victoria y la señal premonitoria de la orientación fundamentalmente conservadora de la restauración papal.

"El Santo Padre se mostró sumamente reconocido de lo que había hecho el Rey", comenta el testigo español. Trasladado el Papa todavía de incógnito hasta la morada de los reyes, sólo en el umbral de palacio se

identificó como Papa. Mientras se hacía partícipe a los monarcas de la llegada de Pío IX a su casa: Su Santidad aprovechó este momento para reponerse de la emoción que experimentaba y enjugar las lágrimas que abundantemente vertía". Era el primer encuentro de su Pontificado con un Soberano. "(El Rey) postrándose a los pies de Su Santidad le dijo que consideraba aquel día como el más feliz de su reinado" (198). A continuación ambos Soberanos pasaron a conferenciar en solitario. El resultado inmediato es de sobra conocido: Pío IX prolongaría su estancia en Gaeta y en el Reino de Nápoles durante quince meses.

La abrumadora obsequiosidad del rey Borbón a pesar de lo incómodo e insuficiente del lugar para albergar una Corte - se pensó en trasladar a la Corte papal al palacio de Caserta (430) -, la permanencia frecuentísima a partir de ahora del Rey junto al Papa y el creciente clima securitario y reaccionario del staff pontificio serán elementos que aboguen por la exclusión de Marsella o Mallorca como nuevas etapas del exilio. D'Harcourt distante y altivo vivirá con amargura a bordo del Ténare el progresivo y rápido cambio operado en el entorno pontificio.

Los dos clérigos de la comitiva pontificia trasladados desde Civitavecchia por la nave francesa con efectos personales del Papa abandonaron el Ténare; eran el símbolo mismo de la rendición de Francia. El Conde de Spaur se afanaría en consolar al embajador francesa en visita rendida aquella tarde invitándole a abandonar su ostentoso ostracismo y subir a saludar al Papa y al Soberano napolitano. La visita de Pío IX a Francia comenzaba a verse relegada a medida que transcurrían las horas (200).

La comitiva de diplomáticos presentes en Gaeta fué recibida aquella misma tarde por Su Santidad no sin que antes mediara una entrevista entre el Papa y Antonelli

para preparar el proyecto de manifiesto que éste leyó después en dicha audiencia pública y que conocido con el nombre de Proclama se publicó con fecha del día 27 (201). Dicho documento lo comentaremos más abajo; baste ahora recordar la gratitud que en ella Pío IX expresaba al Cuerpo Diplomático, "honorable corona" - dice - que tanto consoló su ánimo en los últimos difíciles días romanos.

Además, en dicha Proclama y en esta audiencia se desvela la razón suprema de la fuga: la recuperación de la libertad efectiva para el ejercicio del supremo poder pontificio, ofreciéndonos un indicio seguro de cuáles eran las preocupaciones fundamentales que articulaban la nueva fase del Pontificado.

La rectificación Único futuro posible

La huída papal constituye el comienzo de una nueva fase del Pontificado de rumbo incierto y aventurado. En Gaeta todo estaba por pensar y por hacer. Se había puesto término a la pesadilla de un deslizamiento progresivo hacia la anarquía y el desorden; la fuga, recurso extremo y desesperado para liberarse de sus enemigos, adquiría ahora toda su significación política: por una parte, era la condena de los excesos revolucionarios (la calle dueña de los Clubs patrióticos, el asesinato de Rossi, el pronunciamiento del 16 de noviembre) impulsados por los sectores democráticos y radicales de la ciudad y por otra, la transformación del conflicto romano en una cuestión europea de primer rango ante el espectáculo escandaloso para los católicos y para la Europa de orden del Pontífice Romano obligado a huir de sus dominios.

La hora de la restauración política parecía haber sonado en el cálculo de muchos observadores no necesariamente católicos; tanto más cuanto el viento restauracionista se imponía en países como Francia, Austria, etc ... Solo que en el caso de los Estados Romanos la reacción correctora no podría nacer desde dentro, dada la proverbial inoperancia de los medios represivos y disuasorios propios (policía y ejército) así como el escaso nivel de conciencia ciudadana en un país cuya administración pública en manos de los clérigos acrecentaba la hostilidad de los laicos empujándoles a éstos hacia posiciones de ruptura; de hecho, será imposible componer en Roma un partido liberal moderado de suficiente entidad como para contener la revolución.

La particularidad sobresaliente de los Estados del Papa radica en la dimensión universal de su irradiación y autoridad religiosas, motivo que justificaría en opinión de muchos estados católicos una intervención restauracionista, si necesario fuere armada, en defensa de los Estados Pontificios. Esta última perspectiva al confrontarse con la dinámica unitaria de los patriotas italianos suscitaba en éstos temores y aprensiones más que justificados (202).

Vistas las cosas desde la vertiente de la Curia Romana la huida papal significaba una definitiva inversión de tendencias en los medios dirigentes romanos; la minoritaria corriente liberal hasta ahora muy en boga perdía la batalla ante la gran mayoría de procedencia gregoriana, más que nunca ésta dispuesta a olvidar el camino trascurrido en el inicial bienio liberal del inexperto Pío IX. En realidad, el gran derrotado hasta la humillación en la aventura de la fuga era el propio Papa.

En el clima de vacío psicológico en que transcurrieron las primeras horas del exilio, el beneficio sería para quien con más decisión y prontitud se insinuara

ante el abatido y desconcertado Pontífice. En tal circunstancia el hombre indiscutible fue el cardenal Antonelli, orfebre impecable de la organización de la fuga y hábil exégeta político de la nueva situación, bien pronto secundado en la tarea por el entusiasmo interesado y un tanto inoportuno del rey Fernando II de Nápoles y sobre todo por el círculo de representantes del Cuerpo Diplomático - entre los cuales y no como el menos ferviente se movió Martínez de la Rosa - y por un aluvión de eclesiásticos arribados precipitadamente a Gaeta entre los cuales si bien la presencia de los cardenales en cuanto consejeros natos y cualificados del Papa era lógica e inevitable, la dispersa y emotiva llegada de emisarios oficiales u oficiosos de varios países de Europa contribuían a acrecentar la confusión en un clima muy propenso a la intriga.

Los representantes francés y español bien pronto advirtieron el cambio psicológico operado en las esferas más próximas al Papa - aquél lamentando la involución política de Pío IX, éste sufriendo por las interferencias de tanto advenedizo en el ánimo del Pontífice -, temores de ambos diplomáticos que habría que situar en la estrecha perspectiva de la igual pérdida de control sobre la voluntad de Pío IX a fin de inclinarlo a aceptar el acariciado sueño del asilo en sus respectivos países (203).

En pocos días la crispación y el revanchismo, términos utilizados por despachos oficiales de ciertos observadores de época, comienzan a ganar terreno sin que el generoso talante ni el seráfico espíritu del propio Pío IX tengan oportunidad de manifestarse en su espontaneidad. El Papa transfigurado por la gravedad extrema de la circunstancia y con un agudísimo sentido de las responsabilidades de su cargo cedía ante el análisis político de sus consejeros más inflexibles que cercaron el talante naturalmente acomodaticio del Papa (204).

El embajador sardo Marqués de Pareto, tras su primer encuentro con Pío IX el 4 de diciembre, podía provisionalmente anotar su satisfacción porque lo único que deseaba el Papa era retornar a Roma con la seguridad del libre ejercicio de su poder, excluyendo por supuesto toda intervención armada, sobre todo de la mano de Nápoles (205). Posición como podrá verse muy hipotética y provisionnal aunque dicho testimonio tenga el valor de constatar las vacilaciones en que se movía el incierto ánimo del Papa.

Cuatro días más tarde, el mismo embajador podía percibir el avance de la reacción, al verse obligado, visto el panorama de Gaeta, a renunciar por iniciativa propia a la prosecución de las negociaciones tripartitas de la Liga Política (Toscana-Roma-Cerdeña) y aconsejar a su gobierno la interrupción de toda relación con el sedicente gobierno romano; asimismo anotaba que en la última conversación con el Pontífice le había parecido que éste estuviera dispuesto a aceptar una intervención extranjera en sus estados, relegando para ello a un segundo plano su condición de Príncipe italiano en beneficio de sus responsabilidades de Jefe de la Iglesia (206).

Este primer deslizamiento del Papa hacia la reacción y el absolutismo, rompiendo decididamente con el inmediato pasado, ha de encontrar la correspondiente réplica y oposición de los liberales italianos. De este modo, en Gaeta se delinearán los dos polos de una contienda dialéctica y política que ha de constituir el telón de fondo de este último mes de un año tan convulso como el 1848: ¿reconciliación negociada con los rebeldes romanos o recurso a la fuerza para reconquistar Roma? ¿consideración preferentemente italiana en el planteamiento y desenlace de la crisis o más bien internacionalización de la solución final?

Gaeta: sede provisional
para una Curia reorganizada

En los límites de estas dos perentorias alternativas, la Curia pontificia de la mano del cardenal Antonelli, nombrado Pro-Secretario de estado el 6 de diciembre, inicia su construcción restauracionista orientando de inmediato su tarea en una triple dirección: en primer lugar y de forma muy urgente, desembaranzándose del asedio de los embajadores artífices de la fuga (Francia y España, sobre todo) empeñados como están en conseguir su objetivo de traslado del Papa a uno u otro país (punto que abordamos de inmediato); en segundo lugar, organizando una mínima estructura administrativa en la plaza militar para hacer frente a las inmediatas urgencias diplomáticas y exigencias de gobierno de la Iglesia; en fin, dejando clamorosamente constancia de la ruptura con los rebeldes romanos como prueba del resuelto abandono de toda tentación transaccionista con los mismos.

Esta inicial labor de desbroce y fundamentación de una nueva política necesitaba lógicamente de la complicitad del tiempo. En Gaeta mientras por una parte se subrayaba el carácter provisional de la estancia papal, paradójicamente, se pedía de momento un cierto respiro de inacción para tomar distancia de los convulsos días vividos, embridar emociones y compulsar las reacciones que el impacto de la fuga hubiera provocado no sólo en las demás ciudades y pueblos de los estados Romanos sino mucho más en la Cristiandad y en las Cortes y Cancillerías de las primeras potencias europeas. El desconocimiento del destino geográfico del fugado durante las primeras horas, motivado por el secreto querido y por los errores de los primeros partes telegráficos, habían contribuido por lo visto a acrecentar la expectación en Europa entera.

En este sentido, no carece de interés hacer una evaluación de las primeras reacciones suscitadas por las hipotéticas o sencillamente falsas noticias de la fuga. Al secretario de la embajada francesa en Roma Forbín-Janson, sorprendentemente tenido por su embajador apartado del proyecto de fuga, lo que más le aflige al conocerla es que Pío IX haya podido preferir como asilo Inglaterra a Francia, caso de que el rumor de la huida a Malta a bordo del vapor inglés Bull-dog se confirmara, comentando curiosamente: "Esto es lo que más aflige y humilla a los romanos" (207).

Hipótesis ésta descabellada a todas luces pero que manifiesta el nerviosismo de los franceses aspirando a convertirse en salvadores del Papa mediante su traslado a Marsella, hecho que lo daban ya por cantado pues así lo comunicaron a París precipitadamente en un esfuerzo por cambiar el rumbo de la historia (208). Este despacho francés, a pesar de su falsedad, dejó bien patente el interés político y el fervor patriótico con que la República Francesa se disponía a asumir sus responsabilidades protectoras para con el Papa. De tal forma que no sólo el general en el poder y ahora además candidato a la Presidencia Cavaignac sino también otros candidatos estaban dispuestos a sacar todo el partido posible de la crisis romana, a menos de quince días de las elecciones presidenciales y a la vista de la conmoción de la fuga en los católicos franceses (209).

La posibilidad de prolongamiento del asilo en territorio napolitano - lo que entre las diversas alternativas al fin sucederá - era sin embargo lo que más molestaba, sin duda hasta la humillación, a los patriotas romanos y, al conocerlo, tuvieron la impresión de haberse elegido el peor lugar de huida entre los posibles, ya que, aun aceptando las razones prácticas de la proximidad geográfica, el asilo en casa del monarca más odiado en Italia por los liberales era un

desafío y una señal bastante clara de querer alinearse en las filas del absolutismo (210).

En la persona del rey Fernando de Borbón se concitaban en el discurso de los liberales italianos agravios políticos enormes: insolidario en la reciente guerra contra Austria y por lo mismo responsable importante de la derrota y de la conmoción general que ésta provocara; debelador del liberalismo en sus propios estados desde el mes de mayo apenas iniciaba la experiencia constitucionalista; odiado por tantos súbditos y apenas sostenido por un ejército cuyo núcleo lo componían mercenarios suizos; la rebelión secesionista siciliana en este preciso instante lo mantenía diplomáticamente aislado ya que Francia e Inglaterra en su disputa por el área mediterránea espiaban a la presa napolitana a punto de caer (211).

El embajador francés D'Harcourt, aun antes que la propia clase liberal italiana, ha de ser quien más obstáculos ponga a la residencia pontificia en suelo napolitano; desde sus primeras entrevistas con Pío IX en Gaeta trazó con energía el cúmulo de inconvenientes que habrían de seguirse del inevitable enfeudamiento de Pío IX a los favores de un soberano impopular, enajenándole las simpatías de los liberales moderados de Europa y en todo caso de Francia, con el peligro de cerrarse deliberadamente el retorno a Roma por una vía que no implicara a las bayonetas napolitanas, es decir, "la gendarmería del partido absolutista" (212). El que D'Harcourt dramatizará de esta suerte con claro oportunismo a fin de convertir a los republicanos franceses en el recurso salvador del Papa mediante su traslado a Marsella, nada quita a la parte de objetividad de este discurso político.

El Papa siempre oscilante entre la proclamada provisionalidad de la estancia en Gaeta y la necesidad de no decidir nada hasta que se conociesen las

reacciones y planes de los distintos gobiernos, se vió acosado de emisarios extraordinarios de diferentes Estados dispuestos a ofrecer su ayuda al Príncipe en desgracia pero con propuestas de tal diversidad que podían ir desde el gesto desinteresado de simple deferencia hasta la descarada intromisión de la oferta salvadora en el juego de los intereses políticos de sus gobiernos propios. De este modo, la primera batalla diplomática de Gaeta se centró en torno a la oferta de otros lugares de residencia papal además de las anteriormente ofrecidas por España y Francia.

Fernando II anfitrión generoso pero interesado

En la medida en que Gaeta era de facto el punto de asilo, Nápoles tenía andado a su favor más de la mitad del camino en orden a lograr la permanencia de Pío IX en sus estados. De todas formas el rey napolitano no descuidó los medios de lograrlo recurriendo al elocuente lenguaje de los hechos, es decir, abrumando al Pontífice con gestos de delicada generosidad: cesión de su propio Palacio en la plaza militar, una mesa cotidiana a su costa de 30 a 40 cubiertos para diplomáticos y dignatarios de la Curia pontificia (213), los cañones de la plaza y la Armada real napolitana al servicio del Papa.

Durante los tres días que Fernando II prolongó su primera estancia en Gaeta, apenas si abandonó al Papa prolongándose la familiaridad entre ambos soberanos en audiencias familiares y ceremonias protocolarias del beso del pie de Su Santidad a oficiales napolitanos de alta graduación y al contingente naval de un ejército que en el último mes de mayo había aplastado el constitucionalismo en la capital y que

dos meses antes había saqueado terroríficamente la ciudad de Mesina en guerra contra los secesionistas sicilianos.

Entre audiencias, actos religiosos y una peregrinación conjunta de Pío IX y Fernando II a un santuario mariano próximo, ocasión en la que el Papa durante la ceremonia de la bendición del Santísimo proclamaba que Nápoles era el único reino italiano "que todavía daba ejemplo de orden y de legalidad". Fernando II podía sentirse humanamente reconfortado y políticamente compensado frente a su comprometido prestigio real ante Europa en este azaroso año de revoluciones, considerando que la presencia física y el apoyo moral del Pontífice era una providencial y casi milagrosa tabla de salvación de su propia corona, contribuyendo además a alejar al Papa de los círculos y experimentos liberales y presentándose él mismo como oportuno recurso salvador del sueño restauracionista pontificio (214).

El excesivo cortejeo del rey borbónico de los primeros días tardaría en hacerse más discreto, provocando de momento sospechosas aprensiones y comentarios nada piadosos no sólo en la ya tupida escena de observadores de la improvisada sede papal sino también en la propia capital partenopea, celosa y preocupada por la paralización de los asuntos de Estado a causa de la larga ausencia del soberano en Gaeta. El día 6 de diciembre Fernando II volvía a esta plaza militar, esta vez acompañado de los príncipes de más tierna edad con el fin de que recibieran la bendición del Santo Padre, proponiéndose pasar junto a él las jornadas de la festividad de la Inmaculada Concepción, patrona del ejército napolitano. La catedral cayetana, deslumbrante de luz y de colorido vivió unas horas de intensa piedad de significación simbólica muy precisa, "apareciendo (...) aún más solemne si cabe por las circunstancias en que se verificaba y las profundas reflexiones que despertaba en los ánimos", en comentario intencionado de Martínez de la Rosa (215).

La connivencia política entre ambos soberanos por la vía de la rectificación de su etapa liberal avanzaba sin rodeos hasta el punto que D'Harcourt podía observar que el punto más crítico de Gaeta en estos instantes consistía en arrancar al Papa de su entourage temeroso y reaccionario (216).

La isla de Malta cortés oferta británica

En el elenco de ofertas de nuevos lugares de asilo a Pío IX no puede dejar de mencionarse la actitud observada por dos de las principales potencias europeas de la época: Inglaterra y Austria. En el primer caso, la arribada a Gaeta el 17 de diciembre del enviado extraordinario de Londres para los asuntos sicilianos Lord Temple acompañado del Almirante Parker, dentro de la expectación generada en la curiosa y abigarrada plaza militar, marcaba el estilo de la poderosa diplomacia de Palmerston para quien resultaba compaginable atizar por un lado los focos revolucionarios más peligrosos, mostrándose por otro lado sumamente deferente con los poderes constituidos, le fuesen o no de su agrado, hasta prodigar este gesto en dirección al Papa, pleno de humanitarismo filantrópico en favor de monarca infortunado, a pesar de la tradición antipapalista del anglicanismo oficial

La misión inglesa ofreció a Pío IX, además de la protectora presencia de una nave en Civitavecchia, la isla de Malta como lugar de asilo con la aclaración de que sus habitantes y el gobernador de la plaza eran católicos. El Papa agradeció vivamente la cortesía británica no adquiriendo dicha oferta en la mente de la Curia otra consideración que la puramente formal.

Los temores y fantasmas antibritánicos que se despiertan en el ánimo hepídrico de Martínez de la Rosa con tal ocasión - no se olvide el lance hispano-británico de la primavera en Madrid - no parece tuvieron justificación alguna en los hechos (217) ya que para la administración pontificia carecía de sentido aceptar un asilo en una nación cismática antes de haber analizado las numerosas ofertas en idéntico sentido recibidas de las monarquías católicas (218).

Austria la gran ausente

La ausencia de Austria en el momento de las primeras ofertas de asilo al Papa podía no requerir explicación alguna habida cuenta de la retirada del embajador imperial conde de Lützow de Roma en la primavera del '48 al iniciarse las hostilidades bélicas contra Austria; pero la situación límite de un Papa huyendo de Roma podía hacer olvidar la momentánea quiebra de dos coronas como la de Roma y Viena ligadas con vínculos de secular amistad a lo largo de la historia. En realidad, además de la carencia de representación cualificada de Austria en Gaeta habría que recordar que por los más días de los dramáticos sucesos romanos la monarquía ausbúrgica efectuaba modificaciones institucionales y dinásticas de primerísimo bordo, justamente para hacer frente a la crisis revolucionaria vivida en este año, doblada del desafío del despertar de minorías nacionales dentro del Imperio. En efecto, por aquellos días accedía a la presidencia gubernamental Schwartzberg - comienzo de una decidida consolidación restauracionista - y se verificaba el cambio de titular al frente de la Corona iniciándose el largísimo reinado de Francisco José II (2 de diciembre).

No tardará la diplomacia austríaca en hacerse presente en Gaeta con una eficacia y sintonía con los nuevos aires curiales que comentaremos en su momento; mientras tanto, los intereses y miras políticas de Viena tenían ante la Corte papal como poderoso intérprete y válido al representante bávaro Conde de Spaur tan conocido en esta historia, alineado en la política más conservadora y pronapolitana que exigir se podía, con la circunstancia añadida del prestigio adquirido como instrumento salvador de Pío IX. El curso involucionista de la Curia en beneficio de la causa del orden en Italia tenía más que satisfecho a nuestro embajador héroe (219).

La misión francesa de Mr. De Corcelles

La nación que habría de encarnar la conmoción más intensa por la fuga pontificia y por ello la solicitud más intensa por atraerlo a suelo propio ha de ser Francia. Conviene poner de relieve desde un comienzo esta especial notoriedad francesa, incluso si se la compara con la prontitud de la oferta española ya descrita, para no caer en el espejismo sin duda exagerado de un igual o equiparable interés del gobierno narvaizino y del correspondiente gabinete republicano del general Cavaignac; la comparación de medios y de gestiones para lograr el beneficio político de una presencia pontificia en su patria es inmensamente más activa y comprometida la de Francia que la de España.

No deja de ser esto un tanto paradójico si se recuerda el protagonismo revolucionario jugado a lo largo de este año por esta República democrática. Sin embargo, dicha dinámica en gran parte paralizada tras las jornadas de junio basculaba cada día más hacia el orden, de manera que los candidatos a las próximas elecciones presidenciales y entre

todos ellos el propio Cavaignac, veían en la coyuntura del infortunio pontificio una oportunidad de oro de granjearse la simpatía y los votos de la población católica francesa, si lograban erigirse en árbitros del conflicto romano, logrando una reconciliación de religión y libertad.

Por ello decidió Cavaignac actuar de inmediato. Apenas se tuvo noticia en París del asesinato de Rossi y de los tumultos del 16 de noviembre, aun antes de que se conociese la fuga de Pío IX, el gabinete convino en el principio del envío de una expedición naval en defensa del Papa.

La modalidad concreta de la intervención ofrecía no pocas dificultades tanto interiores como exteriores, habiéndose optado por una serie de semi-medidas y cláusulas restrictivas tanto para acallar a la izquierda parlamentaria (220) como para tranquilizar a Inglaterra con quien la República vivía en aquel momento un privilegiado idilio de amistad (221).

Se enviaría desde Marsella a Civitavecchia un contingente de cuatro mil soldados (una compañía de ingenieros, una batería de artillería y una flota de cuatro fragatas), todo ello a las órdenes del enviado extraordinario Claude de Corcelle(s), diputado de la Asamblea Nacional y miembro eminente del núcleo católico parlamentario.

El debate parlamentario sobre el tema en la Asamblea francesa evidenció los recelos que levantaba la decisión gubernamental en casi todos los grupos de la misma, ya que, por una parte, el envío de las tropas a Italia nadie lo había solicitado ni siquiera el Papa y, por otra, la acción militar estaba obstaculizada en las instrucciones con restricciones de toda suerte, al condicionar las operaciones a la estricta necesidad de que el Pontífice se viera necesitado

de la misma, prohibiéndose por lo demás a la misión armada toda intromisión en los asuntos políticos internos de Roma (222).

La conclusión del debate parlamentario no contentaba a nadie: para los católicos y la derecha la decisión era demasiado tímida y para la izquierda prematura y desproporcionada (223). De hecho, el gabinete silenciaba una información determinante y fundamental que describía la verdadera gravedad de la situación del Papa y que hacía abrigar esperanzas de que, al alimón de esa miniescudra testimonial, pudiera inclinarse el ánimo de Pío IX a elegir Francia como tierra de asilo en una eventual fuga (224).

El 30 de noviembre llegaba Corcelle a Marsella dispuesto a embarcarse hacia Italia en busca del Papa; en la ciudad focea le sorprende una noticia confusa en los detalles aunque importante y cierta en lo fundamental: el Papa había abandonado Roma - parte verídica- y bogaba por el Tirreno a bordo del Ténare seguramente en dirección de Marsella o Tolón - parte falsa -. Ante tales incontroladas noticias la vieja ciudad portuaria hirvió de entusiasmo y curiosidad ante la eventual llegada del Papa. Corcelle desconcertado por una situación que en parte paralizaba su misión oficial y llevado en volandas por el entusiasmo ambiental pensó en desplegar su pequeña escudra "tous azimuts" entre Córcega, La Spezia, la isla de Elba ... en busca del citado barco francés para portar a París tan preciado trofeo en beneficio de Francia y sobre todo del candidato oficial a la Presidencia.

Menos mal que el 1 de diciembre por diversos conductos pudo saber del ataque del Papa en Gaeta. A partir de tal desilusionante noticia la expedición naval francesa carecía de sentido y naturalmente París la anuló; a Corcelle solo le quedaba por cumplir el segundo de los

objetivos de su misión, ofrecer solemnemente a Pío IX en nombre de Francia asilo en suelo francés. (225).

El entusiasmo francés ante la hipotética recepción al Papa no fué solamente marsellés sino también parisino hasta el punto que se convirtió en un elemento más de la campaña electoral (fijadas las elecciones para el 10 y 11 de diciembre); el candidato oficial Cavaignac especulando con el impacto publicitario de una gran acogida al Papa llegó a iniciar algunos preparativos ya amontonando sobre la mesa del Prefecto marsellés normas protocolarias que garantizaran la nobleza del hospedaje ya adelantando a dicha ciudad al ministro de Cultos y poniendo en ruta hacia dicha puerta marítima mediterránea a preladados y diputados de Francia (226)

El celo electoralista de París rivalizaba en Gaeta con las ostentatorias palabras del almirante francés Baudin, jefe de la escuadra gala operando en el Mediterráneo y que en atención a la situación siciliana se encontraba en Nápoles, al proclamar ante Pío IX en una visita de cortesía efectuada a Su Santidad en unión con los embajadores español y francés en la Corte partenopea que: "En cuanto se sepa en Francia este grave acontecimiento, enviará la República un ejército que reponga a Vuestra Beatitud en su Trono", expresiones justamente juzgadas como vanidosas por el embajador español Duque de Rivas (227) pues para cualquier atento observador estaba claro que los sentimientos católicos de los franceses deberían contrastarse con otras políticas e intereses de otros importantes sectores de la República y que el tiempo habrá de encargarse de demostrar cuán contradictorias eran entre sí.

En efecto, en las frecuentes entrevistas del Nuncio en París Mons. Fornari con el general Cavaignac por las mismas fechas, tratando de conseguir alguna ayuda material

en favor del Papa, tendría ocasión de conocer y valorar con exactitud los límites reales de una acción del gobierno francés en Roma. La Francia republicana, según aseguraba el general al representante pontificio, no quedaría a la zaga de monarquía europea alguna en la defensa de la autoridad del jefe de la Iglesia en el caso de que se pretendiese instaurar en Roma otra monarquía o simplemente se intentase anexionar los Estados Pontificios a Cerdeña. Sin embargo, en la hipótesis de que se proclamase una República Romana - proclamación sancionada por el sufragio universal - su hermana mayor francesa no podría oponerse a la misma y a lo más que podría comprometerse sería a no prestar ayuda positiva a los republicanos romanos (228)

El 5 de diciembre llegaba el diputado Corcelle a Gaeta pudiendo conocer de labios del mismo Pío IX un primer motivo de gran peso para rehusar de momento el traslado a Francia: la delicada coyuntura política francesa en plena campaña electoral a las presidenciales podría involucrarle en las disputas internas de la nación. Además, el temor - bien pronto confirmado por los hechos - de que un Bonaparte, con todo lo que su nombre asociaba de triste historia de los predecesores de Pío IX, se pudiese convertir en Presidente obligaba a redoblar la vigilancia, dándose por añadidura la circunstancia harto desagradable de que un miembro de la dinastía bonapartista protagonizase en Roma ahora mismo las posiciones antipapales más virulentas (229).

Hasta tal punto la conexión de uno y otro Bonaparte adquirió vigencia en la opinión pública francesa que el candidato a la Presidencia Luis Napoleón se vió obligado a dar un comunicado tranquilizador a la opinión, desvinculándose formalmente del rumbo político de su primo romano Príncipe di Canino, auténtico jabalí antipapal en el Parlamento romano (230).

Resultado de todos estas consideraciones, de las dos entrevistas entre el enviado Corcelle y Pío IX no pudo cosecharse otro resultado que el inevitable intercambio de comentarios políticos generales, amables palabras del Papa de gratitud para con Francia junto a pretextos mejor o peor presentados en favor de la dilación de la decisión sobre su futura residencia (231). Lo más que D'Harcourt y Corcelle pudieron arrancar de la bondadosa disponibilidad de Pío IX a darles contento fué la formal promesa de que visitaría Francia, aunque sin compromiso de fecha precisa, promesa confirmada por carta simultánea dirigida al general Cavaignac (232).

Continúa el cerco diplomático francés

Nadie piense que las presiones francesas se batieron en retirada; siguen sucediéndose nuevas iniciativas. Una segunda visita del almirante Baudin a Gaeta es consagrada por el marino a exaltar ante Pío IX el efecto favorable que ante Europa pudiera constituir la elección de Francia como tierra de asilo pontificio. A su vez, el general Cavaignac apenas conoció la llegada papal a suelo napolitano y fué informado del cerco político en que se veía envuelto por el celo interesado del soberano de Nápoles decidió enviar hasta Gaeta a su ayudante de campo y jefe de escuadrones Jarras. Dicho soldado era portador de una invitación personal de Cavaignac a Pío IX para que se trasladara a Francia, manifestándole el orgullo que la República Francesa tendría en ofrecer ante el mundo el espectáculo de una consagración religiosa del nuevo Régimen (233).

La nueva acometida no lograba mejor resultado. Pío IX desplegó sus mejores dotes de simpatía

agradeciendo al último emisario tantas muestras de afecto, pero rehuía compromisos precisos, atreviéndose a formular ante los interlocutores franceses planes que tendían a minimizar la importancia del asilo francés. La última palabra del Papa al emisario Jarras se redujo a prometerle una visita de cortesía a Marsella sin fijar fecha e insertándola en una gira mediterránea que lo llevara asimismo a España, país, aclaraba, con innegables méritos adquiridos para tal deferente gesto. Según dicho hipotético proyecto, Pío IX esperaría en Mallorca a las respuestas epistolares de los gobiernos informados de su fuga y sólo después adoptaría una definitiva resolución sobre su residencia (234). Para todo ello se tomaba un mes de plazo, paréntesis dilatorio que confirmaría el grave fracaso de la diplomacia francesa en este particular (235).

No se le ocultaba a D'Harcourt la procedencia de tales resistencias pontificias; el frontal unanimismo antifrancés procedía no sólo de la Curia y del rey napolitano sino también del resto del Cuerpo Diplomático. La óptica timorata de los prelados coincidía esta vez con los intereses particulares de las representaciones exteriores: los españoles, sin haber perdido completamente de las esperanzas de capitalizar los beneficios de la promesa tantas veces prodigada de que serían los favorecidos en caso de cambio de residencia, rechazan obviamente el asilo francés; los napolitanos con mayor razón, por todo lo ya dicho y por su natural proclividad a sumarse a todo proyecto filoaustríaco y contrarrevolucionario pensaban lo mismo; dígase lo mismo del resto de los estados italianos, temerosos también de una ausencia accidental y temporal de Pío IX de la Península, circunstancia que quizás pudiera acarrear la pérdida definitiva de una institución milenaria como la soberanía temporal de los Papas (236).

Obligada oferta de
asilo del rey Carlos Alberto

Razones de interés político general, asimilable a un patriotismo genérico hacia solidarios a todos los reinos de Italia, cualquiera que fuera la tendencia política dominante en ellos, a tratar de resolver el contencioso pontificio en el ámbito doméstico de la Península, oponiéndose por lo mismo a la pretensión francesa incluso como salida resignada al desagrado del asilo napolitano. Así, los diputados moderados de los propios Estados Pontificios, Bevilacqua y Ricci propondrían al Santo Padre un asilo en tierras de su propia soberanía, en concreto en Bolonia, ciudad dominada por las tendencias liberales más moderadas (237).

En parecida onda de preocupaciones se movía la sensibilidad de la Corte de Turín. Paradójicamente el gobierno italiano más privilegiado por la amistad de la República Francesa era quizás el gabinete más sensible a la hipótesis de una ausencia física del Papa de la Península y quien más insistentemente en los días de las activas gestiones que narramos (mediados de diciembre), simultáneamente al comienzo de un nuevo gabinete piemontés presidido por Gioberti con una política de signo democrático (fracasada según veremos en el capítulo siguiente), adelantaba a Gaeta sus propios emisarios con las ofertas de rigor del gabinete sardo.

La estrategia del nuevo equipo dirigente torinés en lo concerniente a Italia en general radicaría en lograr una solidaridad de los estados italianos que avanzara hacia una fórmula política federalista, política que de inmediato implicaba un eminente papel de arbitraje y colaboración en la solución de la crisis romana, desde la óptica de impedir ineludiblemente y a toda costa la internacionalización del problema pontificio por ingerencias

de los estados europeos, incluida por supuesto la República Francesa amiga.

A este fin, Gioberti, apenas constituido su gabinete, enviaba a Gaeta a Mons. Riccardi y al diputado Montezemolo ofreciendo al ilustre prófugo como asilo la ciudad piamentesa de Niza u otra cualquiera de su elección depositando además en manos del Papa una exhortación escrita del rey Carlos Alberto, aunque dictada como convenía a la práctica constitucional por el ejecutivo, en la que se instaba a Pío IX a confiar la solución de la crisis romana a los príncipes italianos más bien que a los soberanos europeos (236). Era la política italiana de Gioberti con toda su desnuda urgencia llevada a la práctica.

**España: a falta de naves
identidad en los principios**

Llegado el momento de valorar la importante acción de la diplomacia española en el difícil combate político de Gaeta, parece oportuno recordar como observación de partida el limitado peso político de la política exterior de Madrid en las cuestiones internacionales en general y por ende en la gestada en torno a la silla de Pedro, al no ser ni gran potencia europea ni gozar de un anclaje sólido ante los estados italianos dado su aislamiento europeo de los últimos tiempos, aislamiento del que precisamente ahora empieza a salir, gracias entre otras circunstancias a la crisis romana que comentamos.

Observadores perspicaces y muy atentos al ceñido juego político de Gaeta encarecen como totalmente novedoso el protagonismo español en la huida del Papa, manifestando cierta incomodidad tanto quizás por el hecho en

sí como por el apoyo de la diplomacia moderada a las tesis más próximas al entorno papal e interpretando con prejuicio y malquerencia la opción política española (239).

Por otra parte nos es de sobra conocida la elevada consideración de Pío IX para con el embajador español y las razones que la justificaban: previsión en el preparativo del asilo - "la primera que se le hizo" (240) subraya con orgullo el embajador una y mil veces -, sobrada gallardía en la dramática jornada del 16 de noviembre, consejero siempre leal en la desventura, etc ...; sin embargo, lo que ahora más nos interesa anotar es la precoz coincidencia de ambas altas partes amigas en la enunciación de los principios políticos que deberían inspirar y presidir la nueva etapa restauradora que se quería iniciar.

Cuando Martínez de la Rosa se instala en Gaeta con el amargo sabor de saberse centro de los lamentos y comentarios de diversos círculos por el gafe de la ausencia del Lepanto en el instante decisivo, no puede optar por otra razonable conducta que la discreción y "una prudente reserva", según sus propias palabras (241). La arribada del Lepanto el día 2 de diciembre a Gaeta (242), seguido casi inmediatamente del vapor de guerra León el día 7 (243), ofrecen la oportunidad de rehabilitarse ante la Curia, sumando la oficialidad de ambos buques hispanos a la oficialidad napolitana, con ocasión de las fiestas celebradas ante Fernando II y Pío IX en la plaza militar el día de la Inmaculada Concepción (244). Los crecientes rumores de la prensa europea acerca de la impresión causada por la huida del Papa en la opinión pública española (245), reforzaban seguramente la moral combativa del embajador de cuya incondicional disponibilidad a favor de Pío IX nadie abrigaba la menor duda.

El representante español centra toda su conducta en la salvaguarda de las posibilidades españolas en ser elegida como tierra de asilo y por ello se suma a toda acción que implique cerrar el paso a las presiones francesas en el mismo sentido. Comentando con satisfacción el nulo resultado de las misiones extraordinarias francesas arriba mencionadas, critica con mordacidad el modo insólito de promoverlas, como si bajo el pretexto de los sentimientos de los católicos franceses no apareciera de forma demasiado clara los intereses políticos de Francia: bien atrayendo a favor de Cavaignac en las elecciones presidenciales "los votos del Clero", bien buscando "granjear cierta especie de sanción a la República con la persona del Santo Padre" o bien con el propósito de influir más eficazmente en los asuntos de Italia. "Todas estas razones y otras muchas que no se ocultarán a la penetración de V. E. las he hecho valer ante Su Santidad en repetidas conferencias", asegura a Pidal.

No sólo ante el Papa, también ante el monarca borbón se prodiga en el mismo sentido el celo del embajador español. Fernando II tan de acuerdo con el español en cerrar el paso a las pretensiones francesas, se mostraba bastante más distante al asentir por obligada condescendencia a las ventajas del asilo en España - solidaridad dinástica obligaba - aunque a la postre el rey concluyese que los inconvenientes atribuidos a Gaeta en razón "a la demasiada proximidad de Roma" - razón de no demasiada monta esgrimida por el poeta diplomático - se neutralizaba con creces con la consideración de que una ausencia pontificia de Italia demasiado lejana "pudiera dar incremento al partido revolucionario en esta Península" (246).

Pero lo más sobresaliente y peculiar del protagonismo de Martínez de la Rosa, insistimos, estuvo en otro plano, en el enfoque político de la nueva situación al definirla con gran precocidad respecto de lo que habría de

ser la postura oficial de la propia Curia y con una buena dosis de independencia de espíritu, formulando los principios inspiradores en que debería fundamentarse a su juicio la restauración pontificia, a saber, la prioridad de la vertiente universal y espiritual del Papado frente a la consideración política e italiana de la cuestión, acomodando así la línea política española a la opción de Pío IX en la famosa Alocución del 29 de abril pasado.

Es interesante observar cómo aprovecha el embajador español el requisito de responder por escrito a la formal invitación de la Santa Sede a las respectivas embajadas a que trasladasen su residencia de Roma a Gaeta, para tomar posición política en un documento de trámite burocrático al enfatizar que debe "procurar(se) no encerrar la cuestión en el círculo de la política sino llevarla a otro más elevado, (...) el de la pureza de la Religión Católica y la libertad y decoro de su Cabeza Visible en la tierra (con el fin) de evitar los gravísimos males que podrían seguirse de que el Mundo Católico concibiese la más leve duda acerca de un punto de tan alta importancia" (247).

El tono un tanto paternalista del embajador ponderando los peligros de italianización del Papado sorprende menos que la preocupación por salvaguardar la pureza de la religión, ribete éste, de rancia tradición regalista del siglo anterior y del que las familias liberales moderadas de España e Italia eran manifiestamente herederas.

Martínez de la Rosa sabía perfectamente cuál era la mente de su gobierno sobre el sentido fundamental de su presencia junto al Papa: representar con prestigio la tradición católica de la monarquía española mucho más que sumarse al combate político en favor del liberalismo de los promotores del Risorgimento; estrategia hispana que no escapó a la percepción de otros colegas del Cuerpo Diplomático (248).

Este planteamiento en rigor no podría ser considerado como menos político aunque formalmente tuviera las apariencias de religioso; esgrimir la catolicidad frente a la italianidad era una forma de rendir servicio al Papado pero sobre todo un camino para consolidar la amistad entre España y la Santa Sede ahora que tras el mutuo reconocimiento podía avanzarse hacia el logro de un nuevo Concordato al que se llega en 1851 pero en cuyo camino la siembra del apoyo en Gaeta fué tan fundamental.

Que tal pragmático planteamiento no habría de resultar de fácil ejecución quedará demostrado al final de este trabajo. El énfasis de la catolicidad pontificia con manifiesta insensibilidad para con su vertiente italiana habría de chocar antes o después con Francia, país naturalmente inclinado a situar a España en su órbita de influencia y cuya política en Italia, si bien aspiraba a conciliar libertad y religión - propuesta teórica asequible para Madrid - revestía mayores complejidades que la de España y cuya defección en los momentos más decisivos de la restauración pontificia le resultaría decepcionante a París. Desde el primer instante de la huida de Pío IX, Gaeta plantea a Madrid una delicada situación en París.

Como muestra autorizada de esta reflexión que vincula a Madrid y París con la crisis romana valga recordar el rápido reflejo del Marqués de Pidal apenas hubo llegado a la Corte la noticia de la huida del Papa de Roma. Sus primeras instrucciones estuvieron destinadas al embajador en París Duque de Sotomayor rogándole inclinara la opinión del gobierno de esa República "a que los dos gabinetes marchen de acuerdo en este grave negocio... y obrar de concierto". Las expectativas de que esto fuera posible en principio no eran pocas, al haber optado ambas administraciones desde la primera hora "en concurrencia espontánea" y sin previa

concertación por el envío de buques y soldados en auxilio de la persona del Papa.

La voluntad de concertación y la coincidencia de políticas proclamada por Pidal bien pronto queda desmentida a partir de la redacción del despacho mismo que la proclama; en efecto, París nunca hubiera suscrito una afirmación tal que la cuestión romana "no deb(a) considerarse como una cuestión política interior de aquel país". Ahí habrá de estribar uno de los puntos de fricción en la política romana de uno y otro gobierno.

Pidal tampoco olvida subrayar otra aparente común alineamiento franco-español como es la naturaleza liberal-constitucional de ambos regímenes con opiniones mayoritarias proclives a la defensa del catolicismo: "si (en Roma) se hubiera obrado de otro modo se pudiera haber dado lugar a creer que los gobiernos que se fundan en principios de una bien entendida libertad no tenían las necesarias simpatías en favor de la religión; y que ésta sólo podía hallar protección y defensa en gobiernos de otra naturaleza" (249).

A los moderados contribuir a la defensa del Papa era además de una satisfactoria obra de convicción una oportunidad de oro de invalidar el absolutismo anti-isabelino de tantos católicos españoles; las convicciones liberales vendrían después y éstas no resistirían hasta el punto de sacrificar la amistad con la Santa sede en aras al patriotismo italiano de los liberales italianos. He ahí la explicación de la discordancia española con Francia en la cuestión romana.

NOTAS DEL CAPITULO SEGUNDO

2. 2. LA HUIDA DE PIO IX A GAETA COMO DUELO HISPANO-FRANCES

- 139 Prescindiendo de algunas narraciones muy parciales, enumeramos las versiones más importantes de la fuga papal en orden cronológico: P. BRECIANI, *L'ebbrero di Verona*, cap. XVIII: *Il Pellegrino Apostolico* en *Civiltà Cattolica*, vol. V, Serie I (1851) 303-327; SPAUR GIRAUD, Teresa, *Rélation de voyage de Pio IX à Gaëte par Mme. la Comtesse de Spaur*; MORONI, *Dizionario di erudizione storico-ecclesiastica*, LIII (Venezia 1851) 201-204; BALLEYDIER, *Histoire de la Révolution de Rome*; FARINI, II, 365-389; SPADA, III, 5-27; ROSMINI, *Della missione a Roma di Antonio Rosmini Serbati negli anni 1848-49*; BALLERINI, *Le prime pagine del pontificato di Pio IX* (trad. castellana de SUAREZ BRAVO, *Las primeras páginas del pontificado ...*) passim; DE GIRARDIN, Marqués, *La fuite de Pie IX à Gaëte, novembre 1848, d'après des documents inédites*, en *Revue des études Historiques* (1917) janv.-mars, 392-401; DE LIGNE, Príncipe, *Le pape Pie IX à Gaëte. Souvenirs inédits par F. Leuridant*, en *Le Correspondent* 315 (1929, II) 180-195; SIMEONI, *La fuga di Pio IX a Gaeta nella relazione del Ministro di Baviera Conte Spaur* en *RSdR XIX* (1932) 253-263; MICHEL, *Documenti inediti al mancato viaggio in Francia di Pio IX (1848-1849)*, en *RSdR, XXIII* (1936) 945-956; DE CHAMBRUN, *Un projet de séjour en France du Pape Pie IX 1848*, en *Revue d'Histoire Diplomatique*, L (1936) 322-364, 481-508; MOLLAT, *La fuite de Pie IX à Gaëte (24 novembre 1848)*, en *Revue d'Histoire ecclésiastique*, XXXV (1939) 266-282; PIRRI, *Relazione inedita di Sebastiano Liebl sulla fuga di Pio IX a Gaeta*, en *Miscellanea Pio Paschini*, vol. II, 421-451; LIEDEKERKE, op. cit. 115-151; SPELLANZON, op. cit., V, 960-982; BERRA, *La fuga di Pio IX a Gaeta e il racconto del suo scalco segreto*, en *Studi Romani*, V (1957) 672-686; LEFLON, *La mission de Claude Corcelle auprès de Pie IX après le meurtre du ministre P. Rossi*, en *Archivum Historiae Pontificiae*, I (1063) 385-406; GHISALBERTI, *Intorno alla fuga di Pio IX* en *Archivio Storico Italiano* (1970) 109-140; MARTINA, op. cit. 295-305. Existe además una versión, todavía inédita, de la fuga en posesión de la heredera de Filipanni (Cfr. MARTINA, 295).
- 140 GONI GALARRAGA, *La huída de Pío IX a Gaeta ...*, passim, sobre todo el comentario a los trabajos de RIVES, DE CHAMBRUN y GHISALBERTI, 8-11.
- 141 Las significativas palabras de Pío IX y la escena recogida en SPELLANZON dice así: "*Sanno, signori miei, che c'è di nuovo? Lascio tutto e me ne vado*". Ante tal escena los interlocutores tratan de tranquilizar al Papa ponderando lo grave del momento con las pasiones desbordadas y lo que su marcha podría acarrear, a todo lo cual el Papa repuso: "*Dunque aspetteremo i fulmini del cielo*", SPELLANZON, V, 950.
- 142 "*Una de las veces que estuvimos a presencia del Papa - comenta el embajador español - se expresó en estos términos: quieren obligarme a hacer cosas contrarias a mi conciencia; lo que haga es por medio de la violencia y ya he contestado que hagan de mí lo que quieran antes de dar mi asentimiento; esa Asamblea constituyente es una cosa impracticable; el nuevo ministerio sería un gobierno provisional y si no tuviera otro recurso, mejor abandonar este sitio, prefiriendo irme a*

- la orilla del mar antes que a los montes". En otro momento del tumulto palaciego sancionadas las peticiones cediendo a la violencia el Papa comentó con Martínez de la Rosa: "dirigiéndose me dijo en castellano: sería mejor, me parece, abandonar este puesto", ídem a nota 90.
- 143 "17 Novem. (...) Il Card. Orioli mi confida sotto secreto che il Papa ha fatto sapere ai Cardinali del S. Officio che è deliberato di partir da Roma, e li avvisava d'andarersene. Di più mi dice spontaneamente: La Segreteria di Stato mi mandò due passaporti bianchi segnati dal Card. Soglia, se ne volete uno, ve lo dò. Così la provvidenza mi fece trovare un passaporto ...", *Diario della carità en Scritti autobiografici inediti ...*, Vol. I, 394.
- 144 MARTINA, 298.
- 145 Martínez de la Rosa a Pidal, nº. 47 y 48, Roma 18/11/1848, AMAE: H-Correspondencia, S. Sede 1733 (Ap. Doc. nº. 33).
- 146 PIRRI, *Relazione inedita di Sebastiano Liebl ...*, 426.
- 147 SIMEONI, *La fuga di Pio IX a Gaeta...*, 259.
- 148 Martina apoyado en los testimonios de las hijas de Filippini privilegia la fecha del 17 para fijar este episodio, fundado según parece en razones psicológicas ligadas a los recuerdos. La fecha del P. Liebl (PIRRI, art. cit. 436-437) nos parece más convincente; MARTINA, 299.
- 149 Las palabras del obispo de Valence (Francia) buscaban el paralelismo histórico: "Héritier du nom, du Siège, des vertus, du courage et presque des tribulations du gran Pie VI, vous attacherez peut-être quelque prix à cette modeste mais intéressante relique, qui, je l'espère bien, ne recevra plus la même destination. Cependant, qui connaît les secrets desseins de Dieu, dans les épreuves que la providence ménage à Votre Sainteté! ... Je prie pour Elle avec amour et foi". La respuesta del Papa decía: "Il disegni di Dio dei quali Ella parlava nella sua lettera, si sono verificati nella nostra Persona, nel breve viaggio da Roma a Gaeta ove temporaneamente ci troviamo, Noi facemmo uso della piccola pisside e avemmo il gran conforto di posare sul Nro. Petto la SSma. ostia", cit. por MARTINA, 298.
- 150 SIMEONI, *La fuga di Pio IX a Gaeta ...*, 259.
- 151 El despacho del embajador español decía: "casi todos los cardenales se han ausentado de Roma o están ocultos ...; todos los asuntos están paralizados ya por no reunirse las congregaciones ... ya por la situación precaria en que se hallan los empleados ... La prensa moderada mencionaba los rumores pero para desmentirlos y quejarse de las "siniestras voces" que propalando tales rumores "no dejan de producir mal efecto en el pueblo bajo", Martínez de la Rosa a Pidal, Roma 24/11/1848, AMAE: H-Política, S. Sede 2658. La prensa radical como el Don Pirlone silenciaba las invitaciones provocativas a la fuga: ¿Se han largado ya? Porque si se han vestido, como dicen, de lacayos para escapar a las indagaciones, es señal de que creen que un lacayo debe ser más respetado que ellos", BALLERINI, *Le prime pagine ...* (trad. cast. 204); GHISALBERT, *Intorno ...* 121 y SPELLANZON, V, 298-299.

- 152 MARTINA, 298-299.
- 153 Así lo presenta Ghisalberti: "*È chiaro che il colloquio era stato provocato al solo fine di conoscere se fosse trapelato qualcosa della fuga ormai organizzata*", GHISALBERTI, *Intorno alla fuga ...*, 122.
- 154 SPELLANZON, V, 966. Martínez de la Rosa fué encargado de la preparación de los pasaportes, Martínez de la Rosa a Pidal, s. n., Civitavecchia 26/11/1848, AMAE: H-Corresp., S. Sede 1733 (Ap. Doc. nº. 36).
- 155 SPELLANZON, V, 966.
- 156 PIRRI, *Relazione inedita ...*, 436.
- 157 FARINI, III, 30.
- 158 LIEDEKERKE, 121; INGUANEZ, *Perché Pio IX non si rifugiò a Montecassino dopo l'assassinio del Rossi*, en *Osservatore Romano*, a. LXXX, 11/10/1940.
- 159 Martínez de la Rosa a Pidal, idem a nota 90.
- 160 MARTINA, 299.
- 161 Spaur confiesa que fué el enviado ruso Santini quien le aconsejó contara con D'Harcourt, SIMEONI, *La fuga di Pio IX a Gaeta ...*, 259.
- 162 DE CHAMBRUN, *Un projet de séjour en France du Pape Pie IX ...*, 332.
- 163 Sobre la figura de Gonzalez de Arnao en el 2.1. El representante holandés Liedekerke lo juzga como altamente valioso, muy activo y entusiasta en su labor. Hábil (adroit) y dúctil. En otro momento lo califica de flexible y astuto (souple et rusé), LIEDEKERKE, 146. El embajador belga Príncipe de Ligne atribuye al secretario español un gran influjo sobre Martínez de la Rosa, DE LIGNE, Princesa Ch., *Souvenirs de la princesse de Ligne née princesse Lubomirska ...*, 180.
- 164 Martínez de la Rosa a Pidal, s. n., Civitavecchia 26/11/1848, AMAE: H-Corres., S. Sede 1733 (Ap. Doc. nº. 36).
- 165 Gonzalez de Arnao a Martínez de la Rosa, Gaeta 3/12/1848, carta autógrafa y aneja al despacho de Martínez de la Rosa a Pidal, Gaeta 3/12/1848, AMAE: H-Correspondencia, S. Sede 1733 (Ap. Doc. nº. 38).
- 166 Forbin-Janson a Bastide, Roma 24/11/1848, A-AAEE, ROME: Corresp. Polit. 988, ff. 150-152.
- 167 Martínez de la Rosa a Pidal, s. n., Civitavecchia 26/11/1848, AMAE: H-Correspondencia, S. Sede 1733 (Ap. Doc. nº. 36).
- 168 Ibidem.
- 169 SPELLANZON, V, 967.
- 170 Gonzalez de Arnao a Martínez de la Rosa, idem a la nota 165.

171 LIEDEKERKE, 120.

172 Alusión a la fracasada huída de Luis XVI en 1791, sorprendido y cazado en Varennes. El Papa habría de aludir varias veces a la incerteza del destino del viaje; dos ejemplos, el primero lo dicho a su muy apreciado colaborador Mons. Corboli Bussi: "*La Provvidenza mi ha qui condotto senza preventivo concerto, anzi un'idea totalmente diversa, che non potté realizzarsi*" (se refiere al parecer a la venida a España); el segundo ejemplo, lo manifestado al presidente del ejecutivo francés general Cavaignac: "*Se la provvidenza mi ha per vie mirabili condotto nel luogo, ove ora temporaneamente mi trovo, senza premeditazione o concerto ...*", cit. por MARTINA, 299. Por lo que se refiere a las explicaciones de Antonelli se conservan lo dicho al Nuncio en París: "*Il nostro arrivo in Gaeta è stato veramente casuale, perchè tutt'altra era la direzione che ci eravamo proposti di prendere al partire di Roma. Il Signore però ha disposto che ci mancassero varie intelligenze che erano state precedentemente stabilite e così ci siamo dovuti fermare in questa città ...*", Antonelli a Fornari s. n., Gaeta 10/12/1848, ASV, AN Madrid 71 (FATICA, I, 408) cit. por PASZTOR, *La Segreteria di Stato di Pio IX ...*, 340.

173 " ... hasta bigotes y barbas postizas ...", en traducción castellana, PIRRI, *Relazione inedita ...*, 438.

174 SIMEONI, *La fuga di pio IX a Gaeta ...*, 261.

175 El Papa queriendo mostrarse complaciente con todos los colaboradores de la fuga pensó en la conveniencia de repartir entre ellos sus objetos personales; sabemos que Martínez de la Rosa fué depositario de algunos de ellos; en la última entrevista del embajador con S. Santidad en el Quirinal, al ofrecerle el español cierto dinero, el Papa agradecido le respondió que no necesitaba pero que le "*confiaría su corto peculio y sus pobres alhajas, como lo ha hecho, teniéndolas yo en mi poder*", Martínez de la Rosa a Pidal, s. n., Civitavecchia 26/11/1848, AMAE: H-Correspondencia, S. Sede 1733 (Ap. Dpc. nº. 36). A su vez al embajador francés D'Harcourt le fueron confiados para el traslado de Roma a Civitavecchia Mons. Stella y un ayuda de Cámara, Gonzalez de Arnao a Martínez de la Rosa, idem a nota 165.

176 SIMEONI, *La fuga di Pio IX a Gaeta ...*, 261.

177 IBIDEM.

178 PIRRI, *Relazione inedita ...*, 441; las descripciones de la colocación en el carruaje ofrecida por el P. Liebl y la Condesa de Spaur (SPAUR GIRAUD, *Rélation du voyage de Pie IX ...*, 21-22) no coinciden plenamente.

179 PIRRI, *Relazione inedita ...*, 261.

180 SPAUR GIRAUD, *Rélation du voyage de Pie XI ...*, 28.

181 Gonzalez de Arnao a Martínez de la Rosa, idem a nota 165.

182 SPELLANZON, V, 976 cit. por GHISALBERTI, *Intorno alla fuga ...*, 126.

183 Gonzalez de Arnao a Martinez de la Rosa, idem a nota 165.

184 IBIDEM.

185 IBIDEM. Como confirmación de la seriedad con que fué considerado entre los colaboradores del Papa el plan español de traslado de Pío IX a las Baleares están las palabras significativas de uno de sus colaboradores más íntimos Mons. Corboli Bussi escritas al Pontífice el 29 de noviembre cuando aquél ni siquiera sabía dónde había recalado el fugitivo: "*Non so togliermi di mente le isole Baleari*" (ASV., Arch. Pío IX, Varia nº. 502, cit. por MARTINA, 321).

Sin embargo, conviene valorar con más modestia que la de Gonzalez de Arnao su protagonismo y en general la idea de la solución española como única fórmula, no sea que se ponga a riesgo la credibilidad de su reconstrucción de los hechos; como atenuante habría que recordar que su informe efectivamente estaba elevado a su inmediato superior el embajador; por ejemplo, resulta sorprendente que Pío IX por encima del Conde Spaur brindara inicialmente al español la misión de traslado de la carta al rey de Nápoles y que la interferencia de Antonelli fuera lo que cambiase el plan, alegando éste el mayor servicio que el español prestaría esperando a la llegada de la nave española. No obstante, el hecho de que el secretario de la legación española pudiera copiar el texto de la carta de Pío IX a Fernando II - copia idéntica en todos sus detalles a la oficial enviada a Nápoles y por tanto auténtica - revela que estuvo en el centro mismo de graves decisiones y por consiguiente que éstas se adoptaron en un clima de urgencia y de solidaria espontaneidad del grupo, muy lejos de las distancias y ritos de la Curia y Corte romanas.

186 MARTINA, 303-304.

187 El texto decía así: "*Le Ténare part à l'instant avec M. D'Harcourt. Il m'a chargé de saisir la première occasion pour vous annoncer le départ du Pape de Rome, hier à cinq heures du soir, et son intention de se rendre en France. Il a pris la direction de Gaëte, lieu convenu pour son embarquement sur le "Ténare". Ce bateau y sera rendu cette nuit. Le temps est magnifique ...*", cit. por DE CHAMBRUN, 339.

188 Las palabras desencajadas de D'Harcourt: "*Je pensais que le Pape comme il m'en avait plusieurs fois manifesté le désir*", D'Harcourt a Bastide, Nápoles 30/11/1848, A-AAEE, ROME 988 Corresp. Polit. f.154, cit. por MOLLAT, *La fuite de Pie IX à Gaëte ...*, 276.

189 Demostración clara del secreto mutuo en que se desenvolvían las ofertas de los respectivos embajadores; Martinez de la Rosa desconoce por lo visto que las ofertas de naves francesas para la fuga son anteriores a la española: "*la craint de l'avenir, font qu'on tourne les yeux de notre côté, on me parle même quelque fois à mots couverts de la possibilité de chercher un refuge en France, si les circonstances devenaient plus graves. Quoiqu'il en soit, c'est sur nous que le Pape fonde ses espérances et nous aurions ici quelques moyens de lui plaire et par conséquent d'acquérir des droits à sa confiance et à sa déférence. Le premier consisterait à mettre de temps en temps et dans des besoins pressants un de nos bateaux à vapeur à sa disposition, soit pour transporter des Suisses d'Ancone à Civitavecchia, si le cas s'en*

- présentait, soit même pour témoigner par leur seule présence à Civitavecchia de l'intérêt que nous prenons aux affaires de ces pays", D'Harcourt a Bastide, Roma 4/8/1848, A-AAEE, ROME 988, Corresp. Polit. f. 89.
- 190 Martinez de la Rosa a Pidal, s. n., Civitavecchia 26/11/1848, AMAB: H-Correspondencia, S. Sede 1733 (Ap. Doc. nº. 36).
- 191 El texto de la carta de Pío IX a l rey Fernando II en Gonzalez de Arnao a Martinez de la Rosa varias veces citado, idem a nota 165.
- 192 Expresión salida de la pluma de Gonzalez de Arnao en su informe, idem a nota 165.
- 193 IBIDEM.
- 194 La narración de Gonzalez de Arnao recoge detalles muy pintorescos y hasta cómicos describiendo las peripecias para ocultar la presencia del Papa de la vigilancia de las autoridades militares, IBIDEM.
- 195 IBIDEM.
- 196 IBIDEM,
- 197 IBIDEM.
- 198 IBIDEM.
- 199 QUAZZA, *La questione romana ...*, 38.
- 200 Gonzalez de Arnao a Martinez de la Rosa, idem a nota 165.
- 201 Texto del Manifiesto pontificio, Martinez de la Rosa a Pidal, nº. 5, Gaeta 2/12/1848, AMAB: H-Correspondencia, S, Sede 1733. También en FARINI, III, 10-13.
- 202 Los embajadores véneto y piomontés en Roma y Nápoles respectivamente, Castellani y Colombiano, le confesaban claramente; el primero, temiendo acertar en el pronóstico de la fuga papal, decía: "*Il Papa uscirà dallo stato, e egli evviva della nuova Repubblica risponderanno i cannoni di un esercito invasore!*", citado por CESSI, *Il mito di Pio IX*, 80; el segundo comentaba: "*Cette affreuse circonstance (la fuga) si énormément épouvantable par les accessoires de l'iniquité et des démonstrations publiques, donne à cette phase un caractère tout à fait particulier, et l'événement politique qui n'aurait dû avoir qu'une importance locale se présente comme un catastrophe qui frappe et intéresse l'univers entier*", cit. por QUAZZA, *La question romana ...*, 39.
- 203 El embajador francés decía: "... je pensais que le Pape prendrait toute de suite son parti de venir en France comme il m'en avait plusieurs fois manifesté le désir, et que l'apparition de nouveaux personnages sur le scène pourrait bien supporter des modifications à la situation", citado por DE CAHMBRUN, *Un projet de séjour en France du Pape Pie IX*, 349. A su vez Martinez de la Rosa comentaba melancólico apenas llegado a Gaeta: "*No se le ocultará a V. E. las dificultades de esta nueva*

situación, así como los opuestos intereses, miras y pasiones que habrá que contrarestar", Martínez de la Rosa a Pidal, nº. 1, Gaeta 3/12/1848, AMAE: H-Correspondencia, S. Sede 1733.

- 204 No sólo el embajador francés cuyas observaciones podrían ser calificadas de interesadas denuncian el clima de revanchismo que surge entre los consejeros del Papa; un hombre más neutral como Liedekerke comentando sobre las posibilidades de una nueva política fundada en la reconciliación con los súbditos - que la juzga improbable - dice: "*... je ne doute pas que si le Saint-Père n'écoutait que ces propres inspirations, les inspirations de son coeur généreux et tout disposé à étendre le voile de l'oubli sur les fautes du passé, cette voie pourrait être pratiquée avec succès: mais pour autant que j'ai pu jusqu'à présent en juger, l'air que l'on respire autour de lui m'a semblé bien réactionnaire. (...) Du reste, je crois, et je serais même bien disposé à l'affirmer, que, si un auguste personnage avait été laissé à ses seules inspirations, aux élans de son coeur bon et généreux et à son entente de notre époque les choses n'auraient point été poussées à un point si extreme, mais ses conseillers aussi bien du dedans que de dehors, profitant, disons mieux, abusant de son trop peu de confiance dans ces propres lumières et des scrupules, respectables sans doute puisqu'ils tiennent au intérieur d'une conscience qui voudrait repousser toute responsabilité, ont toujours cherché à le détourner des voies de la conciliation ...*", LIEDEKERKE, 130 y 134.
- 205 El embajador sardo junto al Papa Pareto a Perrone di San Martino, nº. 1, Gaeta 5/12/1848, cit. por VAUDI DI VESME, *La diplomazia del regno di Sardegna ...*, II, *Relazioni con lo Stato Pontificio ...*, por IDEM, 130.
- 206 Pareto a Perrone di San martino, s. s. , y nº. 3, ambos despachos del 8/12/1848, cit. por VAUDI DI VESME, *La diplomazia del Regno di Sardegna ...*, II, *Relazioni con lo Stato Pontificio*, por IDEM, 313-314.
- 207 Forbin-Janson a Bastide, Roma 24/11/1848, A-AAEE, ROME: Corresp. Polit. 988, f. 150.
- 208 Cfr. notas 187 y 188.
- 209 El gobierno francés procedió inmediatamente a regular un meticuloso protocolo de recibimiento al Papa en Marsella: número de salvas de honor, presencia del Ministro de Cultos en el instante de la llegada, cardenales franceses en dicha ciudad portuaria, etc ...LEFLON, *La mission de Claude Corcelle auprès de Pie IX ...*, 394-400. El embajador español en París no daba muestras de gran destreza interpretativa al comentar las impresiones que en Francia producía la huida del Papa quizás fruto de su demasiada reciente incorporación a la legación, ya que comentando la huida de Pío IX a Nápoles o a la isla de Malta, extremo todavía no confirmado, decía: "*... desde ayer en que se ha empezado a poder juzgar que tal vez S. Santidad se haya dirigido al reino de Nápoles o a Malta se han tranquilizado los ánimos. Si S. Santidad se ha dirigido a aquella isla, en efecto, no tendrá en ello la mayor satisfacción este gobierno, según creo; pero tampoco me parece le pese de que no venga a Francia en este momento por el recelo de que fuese tal el entusiasmo y las demostraciones por S. Santidad, que le ocasionase otro nuevo embarazo entre tantos como le rodean*", Duque de

- Sotomayor a Pidal, nº. 86 bis, París 5/12/1848, AMAE: H-Política, S. Sede 2658.
- 210 LIEDEKERKE, 127; SPELLANZON, V, 992.
- 211 D'Harcourt a Bastide, Nápoles 30/11/1848, A-AAEE, ROME: Corresp. Polit. 988, ff. 154-155.
- 212 D'Harcourt a Bastide, a bordo del Ténare 7/12/1848, A-AAEE: ROME, Corresp. Polit. 988, ff. 170-174.
- 213 Los gritos de "Viva el Papa" y "Viva el Rey" se alternaban para mejor sellar la alianza absolutista de ambos. Lo que en la mente del Papa sólo pretendían ser gestos de cortesía agradecida al anfitrión de su exilio, la prensa y el gobierno napolitano los convertían en comprometida colaboración política; pero ¿podían ser las cosas de otro modo? Debe reconocerse que el mismo Pío IX a la hora de ensalzar al ejército napolitano lo hacía sin reservas: *Figli miei, voi siete fedeli al vostro Sovrano; continuate a esserlo fino alla morte*"; cuando tras la visita de un Santuario de ambos Soberanos, Pío IX concluyó la jornada con el acto religioso de la bendición del Santísimo Sacramento; la prensa oficial comentaba: *"Il cielo era puro; (...) e il Papa s'è poi compiaciuto di ricordar questo splendore di cielo, dicendo ch'egli vi videva come un simbolo della fedeltà senza macchia dell'esercito napoletano per il suo bene amato Sovrano"*, cit. por SPELLANZON, V, 970. Nada extraño que el gobierno napolitano dirigiéndose a su guarnición militar le presentase su misión en términos de cruzados de los valores espirituales y religiosos: *"L'Europe vous contemple et la Providence vous a réservé de glorieuses destinées. Vous étiez les fidèles gardiens de l'ordre et du trône et voici qu'aujourd'hui vous êtes devenus les défenseurs de la foi de nos pères ... Que rien ne vienne obscurcir la gloire que vous avez conquise et qui vous est réservée!"*, cit. por DE CHAMBRUN, 353.
- 214 Martínez de la Rosa a Pidal, nº. 5, s. n., 13/12/1848, AMAE: H-Política S. Sede 2658.
- 215 D'Harcourt a Bastide, a bordo del Ténare, 7/12/1848, A-AAEE: ROME, Corresp. Polit 988, ff. 170-174.
- 216 En entrevista del embajador español con el Papa se hizo mención a la audiencia concedida por éste al embajador inglés en Nápoles Lord Temple y al Almirante Parker con el objeto de ofrecerle al Papa la isla de Malta como punto de refugio. Es natural la curiosidad de Martínez de la Rosa por conocer de boca del mismo Pío IX el tenor de la respuesta pontificia que sin duda fué de cortés agradecimiento; poco necesitaba nuestro embajador para mostrar sus sentimientos ante para él disparatada oferta u hipótesis inglesa: *"como yo indicase al Santo Padre que sería (Malta) el último lugar que en las circunstancias actuales podría escogerse, por razones fáciles de adivinar, me dijo S. Santidad sonriéndose: "Esté Vd. tranquilo". (...) Al despedirme de S. Santidad, le rogué no echase en olvido que la Reina de España fué la que primeramente con suma previsión y plenísima voluntad le había ofrecido un asilo en sus estados y S. Santidad me respondió con el tono*

más expresivo: "si llega el caso únicamente iré a España", Martínez de la Rosa a Pidal, nº. 15, Gaeta 22/12/1848, AMAE: H-Política, S. Sede 2658.

217 DE CHAMBRUN, 494-496.

218 "Pendant que Pie IX - comentaba el bávaro - tournait le dos aux usurpations libérales, la cause du droit s'est raffermi dans toutes les parties de l'univers et ce sera ma mission d'éloigner de lui les personnes et les idées qui cherchent la liberté de l'église dans le désordre et veulent détruire le patronat des rois et des gouvernements", cit. por SPELLANZON, V, 970.

219 La sesión parlamentaria más sonada fué la del 30 de noviembre al comunicar el gobierno a la Asamblea Nacional la decisión de enviar un corto contingente militar a aguas del Mediterráneo. El duelo oratorio Ledru-Rollin frente a Montalembert fué sólo el primer round de los muchos que se sucederían sobre la cuestión romana en los meses siguientes; resumen de la jornada parlamentaria que comentamos en DE CHAMBRUN, 357-359.

220 "L'Inghilterra aveva manifestato quindi la sua decisa opposizione a un intervento francese a Roma, pur preoccupandosi di dare alla sua presa di posizione un carattere moderato, da potenza amica che desiderava trattenere la Francia da una decisione imprudente", BARIÉ, *L'Inghilterra e il problema italiano nel 1848-1849*, 285-286 y BOYER, *La Second République ...*, 333.

221 El punto central de las instrucciones estaba determinado del siguiente modo: "Vous ordonneriez le débarquement de ces forces, si vous jugiez cette mesure nécessaire pour garantir la sûreté personnelle du Saint-Père. Vous n'avez point d'ailleurs à vous immiscer dans les questions intérieures du gouvernement des états de l'église", cit. por LEFLON, 387.

222 DE CHAMBRUN, 359-360.

223 El pasaje de la correspondencia del embajador ante el Papa que no había sido publicado era el siguiente: "Je dois vous dire que dans cette situation, je ne doute pas que tôt ou tard le Pape ne veuille quitter Rome, si la chose lui est possible, et que, dans ce cas, il serait assez probable qu'il irait à Marseille; cependant c'est là une chose qu'il ne faudrait pas ébruiter pour ne pas compromettre sa situation", D'Harcourt a Bastide, nº. 25, Roma 17/11/1848, A-AAEB: ROME, Corresp. Polit. 988; también en CHAMBRUN, 360-61.

224 El hecho de la oferta de un contingente naval no cambió las cosas en Gaeta, D'Harcourt a Bastide, a bordo del Ténare, 7/12/1848, A-AAEB: ROME, Corresp. Polit. 988, ff. 170-174; también en LEFLON, 394.

225 Las prescripciones descritas en LEFLON, 393.

226 DE CHAMBRUN, 481.

- 227 Duque de Rivas a Pidal, nº. 666, Nápoles 4/12/1848, AMAB: H-Correspondencia, S. Sede 1733.
- 228 Fornari a Antonelli, nº. 1465 y 1468, París 27/11 y 8/12/1848, ASV SdS 165 (1848-50) fas. 28, ff. 6-7 y 18-19 respectivamente (FATICA, I, 392-393 y 405-406).
- 229 La Curia tuvo buen cuidado en no emitir oficialmente reserva alguna sobre la eventual elección de Bonaparte a la presidencia francesa aunque Corcelle en carta privada al obispo de Marsella Mons. Mazenod no ofrezca duda sobre la posición pontificia al respecto, recibida de labios del mismo Papa: "*Il a réfléchi aussi, m'a-t-il dit, que la présidence de L(ouis) B(onaparte) pourrait lui offrir des dangers, la famille de Lucien lui a été très nuisible dans ses états et il prie Dieu pour la candidature du général Cav(aignac)*", cit. por LEFLON, 397.
- 230 El 7 de diciembre escribía el candidato Luis Napoleón estas expresivas palabras al Nuncio Fornari: "*Je déplore de toute mon âme qu'il n'ait point senti que le maintien de la souveraineté temporelle du Chef vénérable de l'église était intimement lié à l'éclat du catholicisme comme à la liberté et à l'indépendance de l'Italie*", Fornari a Antonelli, nº. 1468, París 8/12/1848, ASV SdS 165 (1848-50) fasc. 28, ff. 18-19 (FATICA, I, 406-407).
- 231 D'Harcourt a Bastide, a bordo del Ténare, 7/12 y s.l. 10/12/1848, A-AAEE: ROME, Corresp. Polit. 988, ff. 170-174 y 181-182.
- 232 Texto de la carta pontificia al general Cavaignac en italiano en ASV Fornari a Antonelli s. n., Gaeta 7/12/1848, ASV, AN París 71, Anejo (FATICA, I, 402-403) y resumen en traducción francesa en DE CHAMBRUN, 496.
- 233 La frase más expresiva del general Cavaignac en su misiva: "*la République, dont l'existence est déjà consacrée par la volonté réflexive, persévérante et souveraine de la nation française, verra avec orgueil Votre Sainteté donner au monde le spectacle de cette consécration toute religieuse*", ASV, Arch. Pio IX: Francia, part. (1-100) nº.5 (FATICA, I, 397).
- 234 D'Harcourt a Bastide, s.l. 10/12/1848, A-AAEE: ROME, Corresp. Polit. 988, ff. 181-182, cit. por LEFLON, 400.
- 235 DE CHAMBRUN, 489. Transcurrido ya un mes de la presencia del Papa en suelo napolitano, el cardenal Antonelli encarga al Nuncio en París explore la opinión que la estancia en Gaeta le merece al gobierno francés y al Cuerpo Diplomático acreditado en París (Antonelli a Fornari, s. n., Gaeta 28/12/1848, ASV AN París 71 (FATICA, I, 451-452). La respuesta del representante pontificio es tranquilizadora en cuanto a la voluntad de Francia de emplearse en ello a fondo; de todas formas París y Londres prefieren la elección de suelo francés mientras la mayor parte de los miembros del Cuerpo Diplomático se inclinan por "*o le isole Baleari o un'altra città del continente spagnuolo sul Mediterraneo ...*", Fornari a Antonelli, nº. 1503, París 15/1/1849, ASV, SdS 165 (1848-1850) fasc. 28, ff. 107-108 (FATICA, I, 485-486).

- 236 DE CHAMBRUN, 489-490.
- 237 FARINI, III, 65-66.
- 238 QUAZZA, *La questione romana* ..., 52-53.
- 239 LIEDEKERKE, 145 (Ap. Doc. nº. 64).
- 240 Martínez de la Rosa a Pidal, nº. 6 Gaeta 13/12/1848, AMAE: H-Política, S. Sede 2658.
- 241 Martínez de la Rosa a Pidal, nº. 1, Gaeta 3/12/1848, AMAE: H-Correspondencia, S. Sede 1733.
- 242 Martínez de la Rosa a Pidal, nº. 2, Gaeta 3/12/1848, AMAE: H-Correspondencia, S. Sede 1733.
- 243 El embajador español muestra una euforia natural por la llegada de la nave española a Gaeta; el Papa se muestra agradecido manifestando con "*las expresiones más sentidas y las lágrimas en los ojos*", en el acto de presentación de los oficiales; "*hasta el modo como estaba concebida la orden dada al primero de dichos buques de ponerse a disposición de S. Santidad si yo no me encontrase en el mismo paraje...*", Martínez de la Rosa a Pidal, nº. 8, s.l., 13/12/1848, AMAE: H-Política, S. Sede 2660.
- 244 Martínez de la Rosa a Pidal, nº. 5, s. 1., 13/12/1848, AMAE: H-Política, S. Sede 2658.
- 245 Pareto a Perrone di San Martino, nº. 3, Gaeta 8/12/1848 cit. por VAUDI DI VESME, *La diplomazia del Regno di Sardegna...*; vol. II: *Relazioni con lo Stato Pontificio...*, por IDEM, 314.
- 246 Martínez de la Rosa a Pidal, nº. 6, Gaeta 13/12/1848, AMAE: H-Política, S. Sede 2658.
- 247 Martínez de la Rosa a Pidal, nº. 5 y 14, s. 1., y Gaeta 2 y 22/12/1848, AMAE: H-Política, S. Sede 2658; en el último despacho el Anejo con la respuesta del embajador al cardenal Antonelli.
- 248 LIEDEKERKE, 145 (Ap. Doc. nº. 64).
- 249 Pidal al Duque de Sotomayor, s.f., Madrid 5/12/1848, AMAE: H-Política, S. Sede 2658 y 2659.

ABRIR TOMO II (CONTINUACIÓN CAP. 2º)

